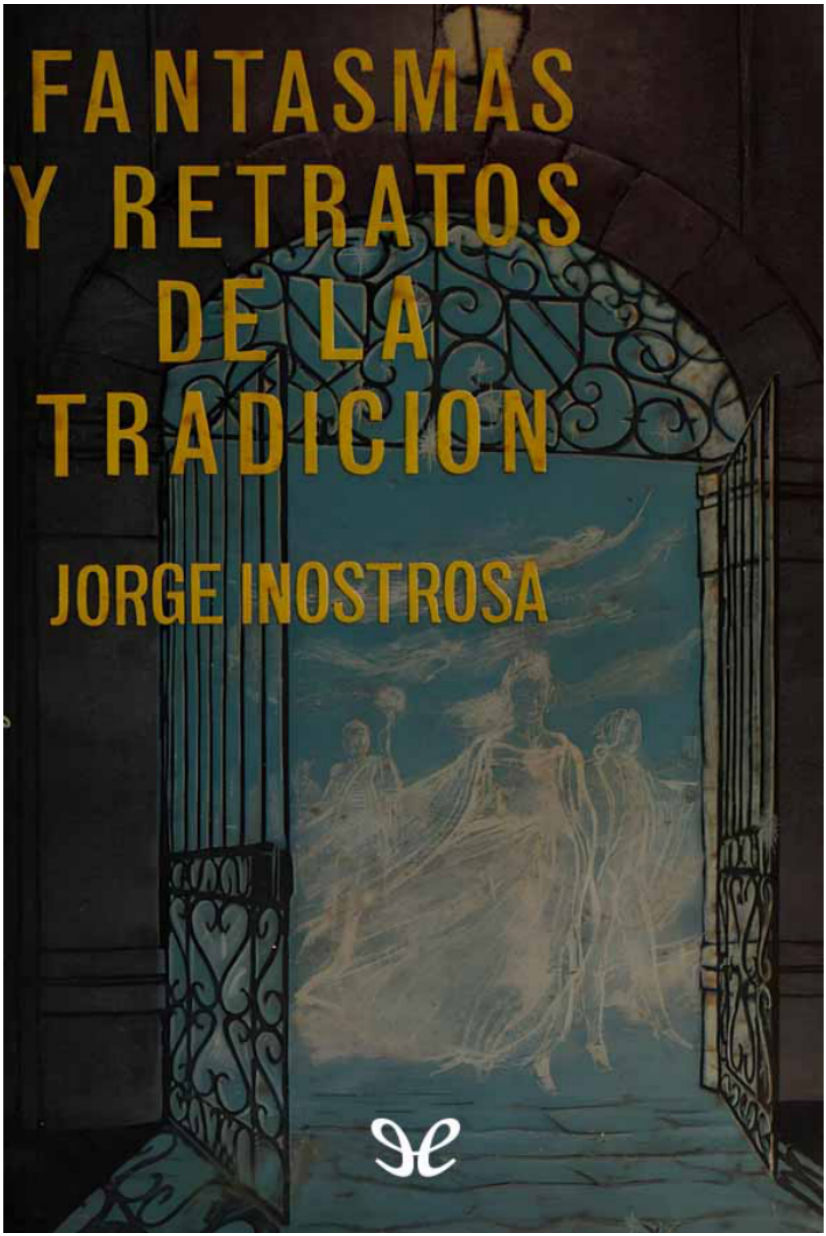
FANTASMAS
Y RETRATOS
DE LA
TRADICION
JORGE INOSTROSA

Este libro recopila leyendas, mitos y relatos popularmente transmitidos a lo largo de la historia de Chile, presentados como «fantasmas» simbólicos que habitan la memoria colectiva. Inostrosa emplea un estilo evocador y accesible, que combina lo histórico con lo imaginativo, invitando a descubrir facetas poco conocidas del pasado cultural chileno. Es una obra ideal para quienes buscan explorar la identidad nacional a través de la tradición oral y la narrativa sentimental.

Jorge Inostrosa Cuevas

Fantasmas y retratos de la tradición

ePub r1.0
Titivillus 07.08.2026

Título original: *Fantasmas y retratos de la tradición*
Jorge Inostrosa Cuevas, 1963
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1
Aa
OCR Digitalización y OCR para Epublibre

De Indios y Conquistadores

El Potro «Morcillo» de Hernán Cortés

«Porque, después de Dios, debimos la victoria a los caballos», es la expresión que usualmente se encuentra en las crónicas de los conquistadores españoles de estas tierras de América. Sin la ayuda poderosa, noble y fraternal de estos abnegados brutos los españoles quizás nunca habrían podido conquistar imperios tan vastos como el de México, el de Tierra Firme, el del Perú y el lejano y agresivo territorio de Chile, confín del mundo. Estatuas que perpetúan la memoria de todos los grandes hombres de la conquista existen a través de la pródiga geografía de este continente, pero del caballo, que fue el compañero fiel y su máquina de guerra, sólo se erigió una en tiempos muy lejanos; y ella fue destruida por el fanatismo de los hombres.

Si los conquistadores, después de Dios, debieron sus conquistas a sus nobles animales, fue porque existió entre ellos un íntimo compañerismo, que hoy es difícil de comprender, aunque fácil de imaginar. El orgulloso afecto que los conquistadores sentían por sus caballos no sólo alcanzaba a los jinetes guerreros, sino también a graves y venerables eclesiásticos, que solían estallar en elocuentes panegíricos sobre las bestias que montaban. Por ejemplo, fray Luis de Granada, el docto dominico y escritor ascético, decía en su obra *De contemptu mundi*: «El caballo es un animal generoso, de buena casta y altivo. Parece comprender la belleza de sus jaeces y se siente obligado a mostrar su energía y destreza».

Por su parte, Pedro Conde en su obra *Albeitería* describe al noble bruto como un ingeniero de motores podría hablar de una máquina perfecta. Dice: «El caballo de guerra, el más noble entre los animales, y útil en muchos sentidos para el servicio de la humanidad, es defensa y baluarte de reyes y príncipes; es el más

hermoso, el más veloz y el de mayor coraje de los animales domesticados. Su larga crin y su cola le adornan y embellecen. Tiene una naturaleza ardiente, pero buen temperamento, obediente, dócil y de buenos hábitos».

Esos tremendos hombres de acción que se arriesgaron en la empresa de posesionarse del Nuevo Mundo siempre hicieron relatos de sus experiencias, contando hechos curiosos y en ocasiones patéticos de sus caballos.

Así lo hizo, en sus cartas al emperador, Hernán Cortés, que fue el primero en desembarcar con su caballería en el Nuevo Mundo. Nacido en la ciudad de Medellin, en esa Extremadura de donde surgió la mayoría de los conquistadores, sus padres eran nobles por los cuatro costados, siendo su progenitor caballerizo mayor de Su Majestad. Aunque criado para que estudiara leyes, su predilección eran los caballos árabes que se cuidaban con mimos en los establos paternos; caballos traídos de la morería de
Gibel-Muza.

La expulsión de los moros de España se hizo a caballo, de ahí que naciera una nueva Orden, la de los jinetes que montaban las nobles y veloces bestias, jinetes a los cuales se denominó con la distinción de «caballeros».

Los corceles embarcados en España para la conquista perecían en gran cantidad en la larga travesía, de modo que fue preciso criarlos en las primeras islas que ocuparon los españoles: Cuba, Jamaica, Santo Domingo y algunas de las Antillas; y ya que los reyes y sus gobernadores no daban a los temerarios dineros o armas para sus empresas, puesto que esperaban de ellos les ganaran imperios, sí les proporcionaban caballos y negros; primero los corceles, que valían diez veces más que los obscuros congoleses, ya que, al decir de los jinetes, las almas de sus cabalgaduras eran más inmortales que las de los esclavos.

Las cartas y crónicas de los arrojados españoles venidos a América están salpicadas de frases de gratitud hacia sus caballos y de prolijas descripciones de sus habilidades y pelajes; ya fueran ellos tostados, negros, alazanes, overos, blancos, bayos de cabos y crines negros, obscuros, calicos, pintos, pangarés, lobunos, grullos, cebrunos, malacaras, picazos, gateados, zainos, tordillos, melados, doradillos, moros, barrosos, ruanos, rosillos, etc.

Cuando la hueste de Hernán Cortés se tomó la capital del imperio mexicano, Tenochtitlán, una grave duda los asaltó. Debían enviar un regalo al emperador Carlos V, a quien todos llamaban «Príncipe de la Caballería Ligera»; y su duda estribaba en el hecho de que el capitán Gonzalo de Sandoval había logrado enlazar un potro cerril, nacido en libertad, hijo de corceles que quedaron vagabundos en combates anteriores. El tal potro fue llamado «Morcillo» y era sobresaliente, veloz como el viento, y tan obediente a la rienda que giraba hacia un lado o al otro sobre un palmo de terreno. Su pelaje era colorado requemado, lucía una estrella blanca en la frente y tenía también blanca la mano del lado de montar. La duda de los que escogían el regalo del emperador consistía en enviarle o el sol de oro de Guatimozín, la luna de plata del templo azteca, las esmeraldas y capas de pluma de los príncipes indios o el caballo «Morcillo». Pero el amor de Hernán Cortés por estos bellos ejemplares prevaleció y él se guardó para sí la noble bestia.

Enjaezado como para una justa en palenque caballeresco, lo montó al emprender su marcha hacia el sur en conquista de las tierras de Yucatán.

Cabalgaba a su diestra sobre esbelta yegua cuatralba la hermosa doña Marina, princesa azteca, botín recibido por don Hernán, su amante y esclava, y a su siniestra, el príncipe de México, Guatimozín o Cuauhtémoc, como se denominaba en su lengua nativa, a quien el conquistador arrastraba consigo para dejar al imperio indio sin jefe que pudiera revolucionarlo. Durante aquella marcha el príncipe fue ejecutado, tras acusarlo falsamente dé traición.

La expedición marchaba hacia lo inexplorado, tan intrépidamente como lo hicieron todos los españoles. Cortés no disponía nada más que de una pequeña «aguja de marear» o brújula y su instinto infalible para orientarse entre bosques y serranías.

Pero era tan grande el terror que sentían los indios de las comarcas que atravesaban ante la visión de estos centauros piafantes, envueltos por lustroso acero en su parte superior y por gualdrapas coloreadas en la inferior, que, habiéndose arrancado una noche dos o tres caballos del campamento, galopando y relinchando por los contornos, se dieron a la fuga abandonando sus caseríos, como si fuesen asaltados por mitológicos dragones.

A través de los bosques infectados de insectos venenosos, de víboras y vampiros, cruzando ríos cuajados de caimanes, la hueste española seguía su marcha. La ruta hacia lo desconocido los hacía pasar bosques de enormes árboles tupidos de lianas y con espesos doseles de musgo, en los cuales bullían multicolores colibríes, bandadas de papagayos que ostentaban en sus plumas todos los colores del espectro solar y loros que parloteaban en los claros, mientras los monos hacían acrobacias entre las ramas alertando con sus chillidos su presencia.

Después de largas semanas de afanes y luchas, los conquistadores llegaron al lago Petén Itzá, situado no lejos de las ruinas del gran templo de Chichén Itzá, enterrado en la selva. Las llanuras que rodeaban al lago estaban pobladas por venados, que no habiéndose topado jamás con la crueldad de los blancos, eran mansos como deben haber sido los animales del Paraíso.

Cortés y sus caballeros, que llevaban en la sangre el deporte real de la caza, como correspondía, al decir de entonces, «a caballeros y lores que pueden hablar un poco de latín», alancearon de inmediato a los ciervos, ignorando que los indios los consideraban animales sagrados.

Fue en aquella cacería frenética, en que se desbordó el instinto atávico de los españoles, que el potro «Morcillo», que montaba Hernán Cortés, hundió su mano blanca en un hoyo del terreno y se la tronchó. Jamás el conquistador, que había presenciado la muerte tantas veces cara a cara sin que se le estremeciera un músculo, sintió tanto desconsuelo. Llevando a su corcel de la brida hasta orillas del gran lago, hizo aprisionar a todos los caciques de los contornos y dirigiéndose al principal de ellos, que era el que tenía su tribu en una isla central del lago, llamada Tayasal, le encomendó su potro de guerra con estas palabras, que fue traduciendo solemnemente la princesa Marina:

—Dejóte aquí lo que más precio en esta vida. Has de cuidarlo y respetarlo con todo esmero hasta mi regreso. Me respondes por él con las vidas tuya, de tus hijos y de toda tu gente.

Pero Hernán Cortés no regresó jamás en busca de su caballo herido. Habiéndolo abandonado en el lago Petén Itzá en 1525, retornó a México por otra ruta y no volvió a saber de su apreciado corcel. Transcurrió más de un siglo antes de que otros españoles

emprendieran la verdadera conquista del Yucatán. Durante aquel largo lapso nadie siguió las huellas de Cortés, y hasta el recuerdo del gran conquistador pasó a convertirse en algo así como una leyenda homérica. Sólo en el año 1697 partió una nueva expedición bajo las órdenes de don Pedro de Urzúa, personaje profundamente religioso, que incluyó en su hueste a una docena de frailes franciscanos, para que fueran predicando el Evangelio, y a un cronista, Villa Gutierre, para que registrara sus hazañas.

Navegando en canoas por el río Tipu, llegaron por casualidad, ya que ese río tiene ciento noventa canales, hasta el lago Petén Itzá. Sin saberlo, habían arribado al lugar donde Cortés dejara su caballo hacía ciento cincuenta y tantos años. Varios de los misioneros que integraban la expedición hablaban la lengua maya y comenzaron rápidamente a ejercer su ministerio, descubriendo que los indios eran ignorantes del conocimiento de la verdadera fe, pero adoraban a un ídolo cuyas formas no podían describir, porque en su lengua no existían las palabras precisas.

Habiendo sido apresado un cacique de nombre Isquin, éste «casi enloqueció de alegría y de asombro al contemplar los caballos, y colocando sus manos en el suelo, brincaba e imitaba los relinchos. Cuando supo que a esos misteriosos animales se les llamaba caballos, de inmediato renunció a su nombre propio adoptando para sí el de “Caballito”; y habiendo sido bautizado, con el óleo y crisma, recibió el nombre de Pedro Caballito».

Por él se enteraron los españoles de que los indios del lago adoraban a un ídolo con forma de corcel en un templo situado en el centro de la isla principal. Los franciscanos intentaron de inmediato conocer aquel extraño ídolo, pero los indios entraron entonces en cólera, y cuando el padre Orbieta se trasladó en una piragua a la mencionada isla y desembarcó en ella, un nativo lo agarró por la garganta y casi lo estranguló, abandonándolo en el suelo sin sentido. No le desollaron el cráneo, como era su costumbre, porque el buen fraile era calvo, pero en cambio lo apedrearon nutridamente cuando huyó en su canoa.

No obstante, ya hemos dicho que los misioneros de entonces eran hombres de armas tomar; y así fue como el padre Orbieta con el franciscano Fuenzalida y numerosos hombres armados volvieron a la isla Tayasal y, por espacio de doce horas, se dedicaron a

quemar y destruir ídolos menores a medida que fueron trepando al montículo central de la isla. Allí se alzaba un templete de piedra sobre una redonda meseta, y fue gran motivo de sorpresa para los frailes y su escolta observar que en el centro de él, sobre una plataforma que tendría la altura de un hombre, se exhibía la estatua de un caballo, groseramente tallada en piedra. El animal estaba sentado en los garrones, con las manos estiradas ante sí.

Según el cronista Villa Gutierre, «esos bárbaros infieles adoraban al abominable y monstruoso animal bajo el nombre de Tziunchean, y lo consideraban el dios del trueno y del relámpago. Pero lo curioso del caso era que aquel caballo lucía en la frente una estrella blanca y su mano izquierda era también de ese color».

Interrogados los indios más viejos sobre el origen de esa deidad, se llegó a saber que correspondía al caballo de Hernán Cortés, el mismo «Morcillo» que un cacique recibió con el encargo de cuidarlo como prenda sagrada, so pena de su vida, y que el indio cobijó en un templo para atenderlo de su herida. Pese al celo reverencial que los nativos pusieron en mejorarlo, el caballo había sobrevivido corto tiempo, ya que los alimentos poco apropiados que le dieron, como ser almendras y uvas, frutas y pollos, terminaron por hacerlo perecer.

Los indios, aterrorizados y temiendo que Cortés a su regreso tomara venganza contra ellos, antes de sepultar al célebre potro «Morcillo» esculpieron su figura en piedra y lo conservaron así, convertido en estatua sagrada, dentro del templo de la laguna.

Este hermoso y único monumento a un caballo levantado en América fue destruido a golpes de grandes piedras por el furioso celo monoteísta que arrebataba a los franciscanos Orbieta y Fuenzalida.

Los Quince Caciques del Mapocho

¿Se han detenido ustedes a pensar alguna vez cómo serían estas tierras de Chile antes de la llegada de los españoles?… ¿Qué gente las habitaban?… ¿Quiénes eran y de dónde provenían?… Poco dicen los historiadores y aun los investigadores de la prehistoria. Pero los cronistas contemporáneos de los conquistadores algo nos hablan del asunto.

Se sabe que el inca Túpac Yupanqui, «el glorioso resplandeciente», emprendió la conquista del territorio de Chilli o Chille en 1471 enviando diez mil guerreros aimaraes como avanzada, luego otros diez mil como ejército y trayendo enseguida consigo diez mil más como su escolta personal. Todos estos guerreros iban al mando de un general o jefe militar llamado Sinchiruca. Durante cinco años mantuvo sus tropas en lucha de conquista, aumentándolas hasta el número de cincuenta mil hombres. Pese a su armamento, organización y disciplina, el ejército incásico tuvo que ir venciendo mil dificultades en su avance hacia el lejano sur. Primero, el traspaso de la cordillera nevada, en cuyos senderos suspendidos sobre precipicios y batidos continuamente por vientos pavorosos quedaron regados los cadáveres de millares de llamas y de indios del servicio o «mitimaes», que en lengua aimará quiere decir «trasplantados». Luego tuvieron que enfrentarse con las nutridas tribus atacameñas esparcidas en los contornos del río Loa, las más antiguas de todo el sur de América, raíz remota del Imperio de Tiahuanaco y del Incásico. Más tarde, debieron dominar a los úlmenes o señores de Copayapu, hoy Copiapó, que en lengua de los incas quiere decir «Valle de la Posesión».

Prosiguiendo su penetración en la tierra inhóspita del «Confín helado», que eso significa el término Chilli en aimará, el ejército se enfrentó con los caciques de Cuquimpu, hoy Coquimbo, en donde el

inca Túpac Yupanqui dejó establecido a uno de sus jefes, el curaca Huayllullo. Curaca era el título correspondiente a los gobernadores del incanato. Más al sur, Yupanqui se estrelló con la resistencia de los guerreros de un jefe de guerra establecido en el valle de Conconcahua, el cual se llamaba Chilli, Chili o Thili. El pueblo principal de este toqui era denominado Concunicahua.

El inca Yupanqui no logró vencer a estos guerreros del valle que posteriormente los españoles denominarían Aconcagua y fue preciso que su sucesor, el inca Huayna Cápac, prosiguiera la guerra. Éste avanzó su ejército, por sobre Aconcagua, hasta el valle del río de los mapuches. Este nombre se compone de dos partículas: «mapu», que quiere decir tierra o lugar, y «che», que significa gente; o sea, gente del lugar. Por deformación, los españoles llamaron Mapocho a este río.

El inca logró extender su conquista hasta muy al sur, siendo detenido en el río Maulli o Maule por un pueblo de gran capacidad guerrera, indomable, llamado los promaucaes, promaucas, raucas y posteriormente araucanos.

Inútiles fueron los esfuerzos de Huayna Cápac y de su hijo Pachacútec por vencerlos. Éste último, en su afán de dominio, llegó hasta construir el Camino del Inca o la Calzada Real, que aún subsiste en los portezuelos cordilleranos. Jamás los guerreros incas lograron penetrar en el territorio de los promaucas; sin embargo, en las tierras anteriores que dominaron dejaron esparcidos fuertes, templos y gobernadores. Así fue como en el valle de Copiapó y de Coquimbo quedaron reinando los curacas Gualimia y Galdiquin, respectivamente; en Quillota se estableció el tambo real, donde alojaban los personajes del incanato en sus viajes hacia el valle del Mapocho; y en este último lugar los incas establecieron cinco curacas y un sumo sacerdote.

En realidad, no expulsaron a los habitantes del lugar, sino que los envolvieron con sus fuertes y pueblos. En las laderas cordilleranas al oriente del valle gobernaron dos curacas; un tercero se ubicó en el pequeño cerro levantado aisladamente en el centro, el cerro Huelén, nombre que significa «tristeza». Al poniente se asentó un templo o huaca, donde los delegados del incanato adoraban al dios Pachacámac, y el que estaba regido por un sumo sacerdote llamado Quilacante. Ese templo estaba ubicado en el lugar que hoy

se conoce como las termas de Colina. Dependía de este templo una caverna de sacrificios abierta en una de las laderas de la cuesta de Chacabuco. Vecinos a estos lugares, en la cordillera Poangue, estaban los fuertes de Caren y Lampa, el último de ellos comandado por el cacique Painelonco.

Por el costado del sur se estableció un curaca en la mitad del camino que conducía a la costa, en donde posteriormente regiría el curaca Talagante.

Al mismo tiempo, en el interior del valle del Mapocho existían innumerables cacicatos mapuches y en el llano donde hoy se halla el centro de Santiago vivía una tribu de más o menos treinta mil almas, la que se mantenía en pacífica vecindad con quince tribus o rehues que la contorneaban y que tenían distintos orígenes: los incásicos ya dichos, los atacameños que habían descendido del desierto y los mapuches.

Tratemos de situarnos en 1540, cuando las huestes de don Pedro de Valdivia bajaron desde el Cuzco, la capital de los incas, hacia Chile. Vencidos los desiertos, los españoles pasaron a través de las tribus de los úlmenes de Copiapó y Coquimbo y fueron a chocar con las numerosas tribus del toqui Michimalongo, descendiente del toqui Chili y señor del valle de Aconcagua. El señorío de este jefe indio alcanzaba hasta las cumbres que espaldean el valle del Mapocho por el oeste, deslindando con los úlmenes mapuches. En el tambo real de Quillota mandaba un tío de Michimalongo, el úlmen Tagolongo.

Michimalongo recibió a las tropas de don Pedro de Valdivia en aparente son de paz, escarmentado ya por los encuentros que había tenido con la hueste del Adelantado Diego de Almagro. Pero cuando ya le había dado paso hacia el valle del Mapocho, hizo correr la flecha de la guerra y cortó la retirada a los españoles.

Don Pedro de Valdivia al descender al valle de los mapuches se encontró con un extenso llano prolijamente cuadriculado por las chacras y maizales de los aborígenes. En el centro del valle estaba establecido el úlmen Loncomilla, viejo cacique que mandaba sobre treinta mil indios. También recibió a los conquistadores en son de paz, pero éstos, temerosos de su poderío, lo hicieron degollar.

Establecidos al pie del cerro Huelén, fundaron la ciudad de Santiago el 12 de febrero de 1541. Solamente entonces giraron los

ojos en torno y se preocuparon por averiguar quiénes eran sus peligrosos vecinos. Decimos peligrosos porque la noticia de la triste suerte corrida por el venerable cacique Loncomilla se había esparcido por los contornos y ya resonaban sordamente los cultrunes bélicos. La flecha que había hecho correr Michimalongo iba levantando en son de guerra a los quince úlmenes del valle central. Por otra parte, los tambores araucanos respondían desde lejos, batiéndose en las riberas de un río situado veinte leguas al sur del Mapocho, en los rehues del toqui Cachapoal.

Los prisioneros hechos por los exploradores de Pedro de Valdivia, interrogados por un intérprete mitimae, fueron dando noticia al capitán extremeño de las poblaciones indígenas que existían en el valle, junto a las aguas de los ríos Mapocho y Maipo. Como ya lo hemos dicho anteriormente, éstas eran alrededor de quince, entre mapuches, atacameños e incásicos. En el año de la conquista, según el cronista Rosales, las quince tribus estaban gobernadas por los siguientes úlmenes y curacas:

Los mapuches por: Janjalongo, Chincay Mangue, Mayponolipillán, Painelongo, Melipilla, Poangue, Poemo y Macul.

Los atacameños por: Pomaire, Putupur y Butacura.

Y los incásicos por: Apoquindo, Talagante, Quilicante, Vitacura y Huelén Huara.

Estos últimos eran los curacas o gobernadores designados por los incas. Los cinco eran parientes cercanos de los incas Atahualpa y Huáscar y, en su calidad de príncipes, usaban el símbolo real de un sol entre dos pumas rampantes. El otro símbolo que los caracterizaba era que tenían los lóbulos de las orejas perforados y alargados por medio de cuñas circulares de madera o jade. Eran los más poderosos de la región y los más cercanos al campamento español.

Apoquindo era viejo y tío del inca Huáscar. Su nombre se pronunciaba Apu Kintu, que significa «Señor del ramillete de flores», por ser sus tierras las más hermosas y floridas de la ladera cordillerana. Sus posesiones se extendían desde la cordillera de los Andes, por el oriente, hasta el cerro Huelén por el poniente; y desde el cerro Cayumanque y los campos que hoy se llaman La Dehesa, por el norte, hasta él cajón del río Maipo, por el sur. Su hijo Huelén Huara defendía el límite del poniente del territorio de Apoquindo

montando guardia con un grupo de guerreros en el cerro Huelén, hoy Santa Lucía.

El curaca establecido en el camino a la costa, llamado Talagante, tenía su rehue en el mismo lugar donde actualmente existe el pueblo de ese nombre. Talagante significa «lazo del hechicero»; de ahí viene la tradición de hechicería que envuelve a ese lugar.

Más hacia la costa estaba el caserío del cacique atacameño Pomaire, vecino del cacique mapuche Melipilla.

Quilacante era el sumo sacerdote del templo del dios Pachacámac levantado en los cerros de Colina. Su vecino era el cacique mapuche Painelongo, que tenía una fortaleza en el llano de Lampa.

Vitacura era sobrino del inca Atahualpa y su nombre original fue Füchakura, que significa en aimará «piedra grande». Sus posesiones se extendían desde el espolón del poniente del cerro Cayumanque, siguiendo las riberas del río Mapocho por las cumbres del cerro Manquehue, hasta la puntilla oriental del cerro San Cristóbal. Por el sur limitaba con las tierras de Apoquindo y con el cerrillo San Luis.

El curaca Vitacura era un hombre de paz y de trabajo. Había traído consigo desde el Cuzco diez mil indios mitimaes.

Con ellos labraba la tierra no sólo de su territorio, sino también las que existen al otro lado del portezuelo trasero del San Cristóbal, en la rinconada de Conchalí.

Cuentan los cronistas antiguos, Oviedo, el Padre Rosales y Huaman Poma de Ayala, que necesitando agua de riego para sus sementeras de Conchalí, el curaca Vitacura hizo excavar a fuerza de brazos un canal que, desprendiéndose del Mapocho, corría por un costado del San Cristóbal para ir a derramarse sobre los campos de Conchalí formando una cascada que hoy se llama El Salto. Dicho canal existe todavía y sigue prestando los servicios para los cuales fue proyectado. Pero en torno suyo se recuerda una siniestra historia. Según los cronistas mencionados, el curaca Vitacura había fijado a los capataces de esta monumental obra un día preciso para que hicieran escurrir las aguas del canal, y como terminara el plazo y su deseo no fuera cumplido, hizo correr por el cauce la sangre de cinco mil de los indios que trabajaban en esa faena, a los cuales ordenó degollar frente a su principesca morada. Vitacura fue quien introdujo en Chile el ají, la quinua y el maíz.

Triste fue la suerte de los quince úlmenes indios que poblaban el valle del Mapocho a la llegada de los conquistadores conducidos por Pedro dé Valdivia. Ya hemos visto cómo fue asesinado Loncomilla. Pues bien, cuando los cultrunes indígenas redoblaban proclamando la guerra y Pedro de Valdivia comprendió que se estaban jugando no sólo la suerte de la recién fundada ciudad de Santiago de Nueva Extremadura, sino también las vidas de todos sus soldados y de él mismo, tomó una iniciativa temeraria. Ordenó que diversos destacamentos de sus soldados fuesen a capturar a los principales úlmenes indios. Así fue como aprisionó a cinco de ellos, entre los cuales estaban Apoquindo y su hijo Huelén Huara.

Esta medida fue la que colmó la tolerancia de los otros úlmenes, quienes, incitados por Michimalongo, asaltaron la ciudad después de haberla cercado por todos sus contornos.

Don Pedro de Valdivia se encontraba fuera de ella, en las minas de oro de
Marga-Marga,
con la mayoría de sus soldados, y en la ciudad sólo quedaban cincuenta. Éstos se defendieron desesperadamente en el interior de una empalizada que habían levantado en torno a la plaza. Pero viendo arder las casas tan trabajosamente edificadas y sintiéndose en riesgo de perecer todos ellos, surgió como heroína una mujer. Ésta fue doña Inés de Suárez o Inés Juárez, como la designaban los cronistas, manceba de Pedro de Valdivia.

Ella resolvió usar el recurso más pavoroso para espantar a los indios atacantes. Arrebatando su espada al soldado que vigilaba a los cinco caciques cautivos, les fue cortando las cabezas, una tras otra, y cogiéndolas por los largos cabellos las borneó en el aire y las arrojó por encima de la empalizada sobre los atacantes. Esta sangrienta medida hizo huir a los asaltantes y Santiago se salvó.

La mayor parte de los úlmenes, temerosos de las represalias que tomarían los españoles, se retiraron hacia el sur, refugiándose en el territorio de los promaucas, que mandaba el toqui Cachapoal. Y Vitacura, solitario en sus posesiones, se vio forzado a regresar al Perú cruzando la cordillera por el cajón del río Putagán, no sin antes haber perdido a su hija, que le fue robada por Alonso Monroy.

Esta es la historia de la tierra donde se alza ahora nuestra capital; la historia fiera y noble de los primitivos habitantes de ella,

de sus pueblos y jefes, y de su triste final.

Aparición de Santiago Apóstol

Voltejeando añejos infolios en la búsqueda paciente del pasado, nos topamos de improviso con esta vieja interrogante: ¿por qué se llamó Santiago a la capital de Chile? ¿Qué impulso sentimental o muestra particular de fe en el santo tradicional de los gallegos llevó al fundador a denominar así a la primera ciudad que su recio espadón delineara en las faldas del cerro Huelén?

Para poder conocer exactamente lo que ocurrió y lo que se pensó en los albores de la Conquista sólo podemos acudir a los honrados testimonios de los cronistas, frailes o soldados, que actuaron en esa época o inmediatamente después de ella. Todos ellos escribieron en forma veraz y henchidos de fe mística y de singular amor por esta tierra. Así, vemos en los cronistas más primitivos, Alonso de Góngora y Marmolejo y Pedro Mariño de Lovera, cómo su ruda pluma no puede contener el tono al destacar con fruición las maravillas del país, las costumbres de sus naturales y las durísimas guerras de Araucanía.

No se conoce el texto primitivo de las crónicas de Pedro Mariño de Lovera sino a través de la refundición hecha por el jesuita Bartolomé de Escobar. Él fue el único que tuvo ante su vista la embrollada caligrafía del soldado historiador. Según el relato de Mariño, a Santiago se la denominó así por un milagro. Sí, por un milagro, como vamos a comprobarlo examinando la narración de este historiador en su propio y florido lenguaje. En los párrafos pertinentes, dice:

> «Y llamamos al valle de Copayapu "Valle de la Posesión". Desde el principio habíamos tenido que sostener los más rudos combates con sus habitantes, quienes, decididos a defender su suelo, no hacían caso alguno de las dádivas con

> que trataba de atraerlos el capitán don Pedro de Valdivia, ni menos aún de los requerimientos que les hacía por boca del escribano Luis de Cartagena, de los cuales requerimientos trataba de darles copia escrita en papel oficial».

Pero mientras el escribano intentaba cumplir su absurdo propósito de hacer leer en castellano difícilmente caligrafiado los deseos del rey, don Pedro de Valdivia, con criterio más práctico, comprendía que de no proseguir rápidamente hacia el sur, tras las avanzadas exploradoras a cargo de Francisco de Aguirre y Pedro Gómez, se verían embotellados por los indios y sin tener dónde asentar sus reales.

—¡Dejaos de papeles, señor escribano, que la ocasión no es para bromas! —observó, definitivamente fastidiado, al señor Cartagena —. Esto es un atolladero y debemos salir de él cuanto antes. Ahora se trata de avanzar y nada más. ¡Así, pues, adelante, señores!

Y llegaron los conquistadores al valle del Mapuche, en las riberas de cuyo río se extendían floridas praderas de abundantes pastos y mieses naturales. Atraídos por la fertilidad y «sanos aires deste valle, que es de los mejores de las Indias e aún de toda la cristiandad», determinó el capitán Valdivia dar traza y fundar una ciudad lo más brevemente que pudiese y, para llevar a cabo su idea, tomó consejo del gobernador peruano Vitacura, que era el representante de los incas en Chilli.

—Hermosa tierra es ésta, ¡oh jefe!, pero no se entrega sin trabajos —le observó el viejo curaca—. Mi amo el inca no ha podido jamás doblegarla ni pasar un río a pocas jornadas hacia el sur, que separa este valle de la tierra de los promaucaes. Ese río es el Mauli y no te aconsejo que te acerques a él siquiera.

El extremeño alzó la voluntariosa testa con desdén.

—Descuida, Vitacura —le replicó a través de su intérprete—. Conozco a los indios y no les temo. De todos modos, pienso asentarme desde luego aquí. Más tarde veremos adonde nos llevan nuestros pasos.

Pero, sabida por los indios la determinación de Valdivia, resolvieron alzarse en armas y, obedientes a las órdenes del toqui Michimalongo, se fueron en primer lugar contra Vitacura, «a quien no habiendo hallado le mataron su hijo, como traidor y facineroso».

En tal evento, resolvió Valdivia reunir a todos los úlmenes del

valle, «acomodándolos en sillas y procuró darles a entender el provecho que les venía a hacer y la obligación que los dichos indios tenían de admitirlo en su tierra, y les hizo requerimientos y les dio dádivas e presentes».

«Pero el jefe Michimalongo se guardó las dávidas y rechazó los requerimientos. A los pocos días después presentóse ante los cristianos con un ejército muy grande y muy ordenado, marchando a toda priesa hacia el valle del Mapuche, con grande orgullo y lozanía, cantando victoria como si ya la hubiesen conseguido».

Al oír el clamoroso chivateo, don Pedro, que apenas tenía un desguarnecido campamento en la ladera del cerro Huelén, tendió la vista en torno y señaló los indios que avanzaban a doña Inés de Suárez, que lo acompañaba.

—Como veis, mi señora doña Inés, tenemos batalla y grande —le dijo—. Está visto que no llegaremos a acuerdo alguno con los naturales, que son de suyo rebeldes y no nos quieren admitir. ¡En fin, sea como ellos desean! Que miedo no les tenemos, y con la ayuda de Dios y de nuestro santo apóstol Santiago, hemos de salir con bien del trance.

Después de una oración colectiva que formularon de hinojos los guerreros, echáronse a campo raso. Se carearon los dos ejércitos y vinieron a las manos, lanzando los indios una lluvia de flechas tan espesa como el granizo que cae del cielo en día de temporal y con tan formidable chivateo que parecía se iban a comer a los cristianos.

Erguido sobre los estribos de su piafante potro de batalla, don Pedro de Valdivia desenvainó su espada y, señalando con la hoja desnuda hacia el lugar donde se veía a los jefes indios, gritó a los suyos:

—¡Santiago y a ellos!… ¡Santiago y viva España!

Hincando espuelas a su corcel, se lanzó temerariamente contra la masa india, seguido por su escasa hueste.

Cargaron los españoles atropellando furiosamente a sus enemigos y desbaratándolos a filo de espada y punta de lanza. Pero como los indios eran tan numerosos, nunca dejaba de estar el campo cuajado de ellos, entrando a cada momento escuadrones de

refresco, lucidos a maravilla por la mucha plumería de diversos colores que traían en sus cabezas y por la diversidad de las armas que tenían en las manos, como dardos arrojadizos, porras con púas de extraño artificio, lanzas cortas, picas y macanas fuertes. Era tal su impetuosidad que el campo español empezó a ceder.

Doña Inés de Suárez, que observaba la batalla desde el cerro Huelén, comprendió que iban a ser vencidos sus compatriotas; vio que el cansancio los agobiaba ya.

—Nada sacan los pobres con hacer prodigios de valor y con matar y matar. Por cada indio que cae, lo reemplazan tres. ¡Virgen del Rosario, favorece a los míos!

Un soldado que llegaba retrocediendo, herido en mala forma, aunque todavía jinete sobre su caballo, le gritó:

—¡El caso está perdido, sepa vuestra merced! Mi señor don Pedro deberá ordenar retirada y formar parapetos aquí para guarecernos aunque sea hasta mañana. No queda otro camino.

Pero doña Inés lo fulminó con su mirada iracunda.

—No digáis eso, soldado, sino más bien volved a la lucha. Corred hacia don Pedro de Valdivia y don Francisco de Aguirre y decidles que soporten aún algo más, que yo quedo aquí invocando con toda mi alma la protección y ayuda de Santiago Apóstol.

El soldado cumplió la comisión, pero al oírlo don Francisco de Aguirre, mezclando una carcajada con un mandoble que dio sobre la cabeza de un indio, comentó con don Pedro, que estaba a escasas varas:

—¿Oís? Doña Inés nos encomienda a Santiago Apóstol. Mala ocasión escogió, ya que el santo estará en estos instantes asaz ocupado apoyando a don Francisco de Pizarro en el Perú.

Valdivia lo miró severamente, a tiempo que apartaba una lanza y propinaba un tajo.

—¡No hagáis chanzas, capitán Aguirre! —le replicó a gritos—. ¡Más bien afirmaos en los estribos y vámonos contra estos bellacos, que están más ensoberbecidos!

Intentaron una nueva carga, pero la avalancha de salvajes amenazaba romper el centro de la caballería y ésta fallaba visiblemente.

> «Estando la pelea en su mayor furia —agrega el cronista Mariño de Lovera—, a tiempo que los indios iban

> acometiendo con mayores bríos para beber la sangre de los cristianos, cuando tenían la victoria sobre el hito y a toda priesa iban blandiendo las lanzas para descargarlas con ímpetu sobre los cristianos, veis aquí que, de repente, todos los bárbaros a una vuelven las espaldas y dan a correr por el campo raso, agazapándose para huir de algo que súbitamente se les había aparecido».

Pedro de Valdivia y Francisco de Aguirre quedaron en medio del campo, jadeantes y estupefactos sobre sus caballos temblorosos de fatiga. Ninguno de los dos lograba entender la razón de la súbita fuga de los indios.

—Quédome en suspenso ante caso tan raro que nos da esta fácil victoria —musitó Valdivia, desconcertado—. ¿Por qué huyeron estos bárbaros hace poco rato tan fieros?

Aguirre abrió los brazos y se encogió de hombros, sin atinar a encontrar una respuesta valedera.

—Propiamente, corrieron como si hubieran visto una aparición —aventuró sin convencimiento.

Proponiéndose averiguar la razón del extraño acontecimiento, los capitanes regresaron junto al cerro Huelén. Valdivia, apenas hubo recuperado los alientos, hizo traer a su presencia a varios de los indios principales que habían caído prisioneros y los interrogó separadamente, con gran recato y diligencia. Ante su creciente asombro todos estuvieron contestes, sin que hubiese uno que discrepara, en afirmar lo siguiente:

> «Cuando estábamos más seguros de la victoria, vimos venir por el aire un guerrero de brillante armadura, montando un caballo blanco con la espada fulgurante, como si fuese de fuego, amenazando a nuestro bando; y pronto comenzó a hacer tal estrago en él, que todos quedamos pasmados y despavoridos. Por eso, dejamos caer las armas de las manos, ya que nunca habíamos visto cosa parecida».

Tal revelación de los indios, confirmada por doña Inés de Suárez, condujo a tener por cierto que el apóstol Santiago había descendido del cielo para socorrer a los afligidos conquistadores, como ya en otras ocasiones lo hiciera en defensa de la cristiandad, en España, en la guerra contra los moros. Por ello, dando gracias a Dios, Valdivia y sus compañeros se aprestaron a corresponder al

favor del apóstol, estampando en un acta solemne lo siguiente:

> «Y por tanto, declaramos abogado y patrón del pueblo cuya fundación intentamos al glorioso Apóstol Santiago, en cuya resolución ponemos luego manos a la obra a los doce días del mes de febrero de mil quinientos cuarenta y un años».

Así tenéis, pues, como de acuerdo con lo que relata Marino de Lovera, el nombre de la ciudad de Santiago se debió al primer milagro que la divina disposición del Altísimo permitió se produjera en estas tierras de Chile.

Los Catorce de la Fama

En la carta que los tesoreros de Concepción enviaron al rey de España el 1.º de Enero de 1554 escribían con compungido ánimo y trémula letra lo siguiente: «En el dicho día de enero 1.º de 1554 finó el señor gobernador don Pedro de Valdivia en manos de los indios alzados en Tucapel». Pero lo que no podían narrar los tesoreros y cabildantes de Concepción, porque no tenían palabras suficientemente dolorosas para ello, era la forma horrible en que «finó y pasó desta vida» el capitán extremeño conquistador de Chile.

La astucia natural del hijo de cacique llamado Lautaro entre los suyos y Felipe o Alonso entre los españoles y las estratagemas de guerra aprendidas por él precisamente cuando servía de paje y palafrenero a don Pedro, fueron la causa de la ruina y muerte de las esforzadas huestes del gobernador.

Habiendo acudido éste a rescatar al capitán Martín de Ariza y cinco soldados, que estaban cercados por miles de indios en el viejo fuerte de Tucapel, fue atacado por las bandas de mocetones del toqui Caupolicán. Éstos, cargando por batallones sucesivos, agotaron a cabalgaduras y hombres, hasta que llegó Lautaro con fuerzas de refresco y les dio el golpe de gracia.

Todos los españoles murieron y don Pedro de Valdivia, sin más acompañantes que su confesor, el capellán Pozo, y su intérprete, el indio Agustinillo, desnudos, fueron sometidos a tormento por espacio de tres días y luego devoradas sus carnes vivas mientras ellos permanecían atados a firmes postes. Tal fue el trágico fin del gran conquistador.

Pero don Pedro, antes de partir a la liberación del fuerte Tucapel, había enviado un mensajero a La Imperial, ordenando que veinte hombres partieran de allí para reforzarlo en su empresa. Mas

el capitán de las fuerzas de La Imperial, don Juan Gómez de Almagro, sólo consiguió reunir a trece temerarios que lo acompañaron en la riesgosa aventura de cruzar el territorio araucano.

Con ellos cabalgó día y noche hasta llegar, por fin, al fuerte de Purén. Allí encontró a Martín de Ariza y sus cinco compañeros, quienes se hallaban tal maltrechos y agotados que no pudieron secundarlo en su viaje hacia Tucapel. El grupo de Ariza había realizado su fuga de Tucapel hacia el norte por los llanos, de modo que no encontró en su camino al destacamento de don Pedro de Valdivia. Por esta causa, tampoco había podido enterarse de la triste suerte corrida por la hueste del extremeño; solamente supo informar al capitán Gómez de Almagro que se estaba produciendo un alzamiento general en la región y que millares de indios recorrían en son de guerra los alrededores del fuerte Tucapel.

Gómez de Almagro, hombre sin tacha ni miedo, absolutamente leal a don Pedro de Valdivia, despreció el peligro que significaba adentrarse en la comarca revolucionada y, reuniendo en consejo a sus hombres, les dio la libertad de escoger entre acompañarlo o quedarse con la gente de Ariza en el fuerte de Purén.

Sus trece soldados, incluso un clérigo que con igual convicción usaba la cruz y la espada, dieron un paso adelante y se ofrecieron para partir en la temeraria empresa.

En parejas, alargando la línea, pero sin perder contacto entre ellos, se adentraron por el culebreante sendero que faldeaba la cordillera de Nahuelbuta, en dirección hacia el sur. Mientras marchaban, una grave duda atormentaba al capitán Gómez: conociendo las proyecciones de la insurrección, ¿habría el gobernador Valdivia continuado su marcha hasta Tucapel o quizás prefirió volver a Concepción para reunir más gente y sofocar el alzamiento en mejores condiciones?

Por lo que pudiera haber ocurrido, el experimentado oficial envió como explorador a un indio yanacona, para que tomara ojos de la situación del fuerte y participara a Valdivia el refuerzo que le llegaba, en caso de encontrarlo.

Pero la astucia de Lautaro, ensoberbecido por la victoria que había obtenido sobre la tropa española, lo hizo concebir un proyecto diabólico. Centenares de sus hombres, reptando como

culebras por las crestas de los desfiladeros o escabullándose igual que zorros a través de las espesuras, fueron viendo marchar a los catorce soldados de La Imperial. Sin un ruido que delatara su presencia, los dejaron pasar.

Ignorantes por completo de la trampa en que entraban, Gómez y los suyos fueron penetrando directamente hacia el centro del peligro. Pero Lautaro cometió un error propio de su soberbia. Pocas leguas antes de llegar a la hondonada de Tucapel, el soldado que encabezaba la columna se vio en riesgo de ser desmontado por su caballo que relinchaba nervioso y espantado. En mitad del sendero se veía un brazo arrancado de cuajo del cuerpo al cual perteneció. Era ése, sin duda, un resto del indio yanacona que Gómez lanzara en exploración. No obstante, no bastó aquel macabro detalle para detener a los catorce intrépidos. Por el contrario, aferraron más firmemente sus armas y prosiguieron la marcha. Poco más allá, en las alturas primeras de Nahuelbuta, asomó un grupo de indios blandiendo lanzas y cachiporras y uno de ellos les gritó en castellano:

—¿Adonde vais, cuando hemos muerto a vuestro gobernador?

Los españoles descargaron sobre ellos sus arcabuces y continuaron adelante.

El capitán Gómez se obstinaba en pensar que los indios mentían y que no era posible que el invencible don Pedro hubiese perecido en sus manos despreciables.

Pero poco antes de llegar al asiento del fuerte, otros centenares de araucanos asomaron al lado opuesto de un río para gritarles lo mismo. Los catorce españoles apretaron los dientes y reanudaron su porfiada marcha, hasta que, finalmente, un horripilante espectáculo los detuvo. Al borde del sendero, cruelmente empalado, al uso de los araucanos, estaba el explorador yanacona. Agonizaba, pero alcanzó a narrarles el desastre de Tucapel y las espantosas muertes del gobernador Valdivia y sus ciento cincuenta hombres. No tuvieron tiempo para reflexionar, ni siquiera para sacar al desventurado yanacona de su martirio, porque en ese instante una furiosa multitud de indios se descolgó desde todos los cerros vecinos. Venían ordenadamente distribuidos en grupos, cada uno de los cuales era mandado por un cacique. Y el primero de los batallones, que se acercaba con gran gritería, lucía al frente suyo la

figura inconfundible de Lautaro.

La celada tendida por el cacique a los catorce españoles no alcanzó a culminar de inmediato, porque éstos, acostumbrados a la guerra de sorpresas, reaccionaron al instante. Lanzando sus caballos al galope comenzaron a desandar el camino de regreso al fuerte de Purén. Fue una fuga espantosa. Los ágiles mocetones de Lautaro les pisaban los talones y sus flechas y lanzas rebotaban en las armaduras como una granizada brutal. Al mismo tiempo las humaredas encendidas en los cerros iban anunciando a las demás tribus que interceptaran el paso a los intrépidos soldados. Una, cinco, diez veces tuvieron éstos que abrirse camino a tiros y mandobles, y agotadas sus municiones, siguieron luchando con sólo sus espadas. Por último, varios caballos gastados por la guerra no fueron capaces de continuar aquella extenuadora galopada, cayendo tumbados en el camino. Además, casi todos los esforzados guerreros llevaban heridas que les dificultaban la marcha. A mitad de camino, de los catorce sólo proseguían siete y en los momentos en que se aprestaban a remontar la cordillera de Nahuelbuta para acortar la distancia que los separaba de Purén, un grupo compacto de araucanos los rodeó. Durante largos minutos pelearon como leones acosados, espalda contra espalda. Un indio gigantesco acertó a uno de ellos, llamado Juan Moran de la Cerda, un lanzazo tan feroz en un ojo que se lo dejó colgando sobre el rostro. Sus compañeros lo creyeron perdido, pero el español, en un rapto de coraje inigualable, con sus propias manos se arrancó aquel pingajo para que no le estorbara al pelear.

—¡Aunque tuerto —gritó—, soy suficiente contra estos bárbaros!

Y era tan horroroso su aspecto y tan desaforada la furia con que arremetió contra los indios, que éstos se abrieron para dejarle pasar.

Cuando volvieron a quedar solos, apenas restaban cuatro y el jefe Juan Gómez de Almagro. Afortunadamente, declinaba el día y una pavorosa tormenta de viento y lluvia protegió su desamparo. Durante aquella noche, en que los campos fueron totalmente anegados, los sobrevivientes de la hueste se refugiaron bajo un árbol y conversaron.

—Vosotros, que estáis montados, aún podéis salvaros —razonó

estoicamente el capitán Gómez—. Yo a pie constituiría solamente un estorbo. A vos —dijo al clérigo que los acompañaba— os confío las vidas y las almas de estos compañeros. Llevadlos a través de la noche hacia Purén y que Dios os guíe. —Y sin esperar la reacción de sus hombres se metió en la espesura y desapareció de la vista de ellos.

Exponiéndose a la furia de la tempestad, los cuatro hombres buscaron a tientas la dirección del fuerte Purén y lograron llegar a él cuando clareaba la brumosa aurora. En el fuerte sólo estaba el capitán Martín de Ariza acompañado por dos de sus hombres; los otros habían sido enviados a Concepción en busca de socorro. Al juntarse los dos pequeños grupos se pensó en abandonar de inmediato el fuerte, pero prevaleció en ellos el orgullo español, y, avergonzados por haber pensado en huir, determinaron volver a introducirse en las selvas araucanas para dirigirse a La Imperial y pedir auxilios con los cuales recuperar la zona y restablecer los fuertes de Tucapel y Purén.

Uno de los soldados españoles tuvo la ocurrencia de preparar con dos cueros de cabra una gran pantalla, en la cual abrieron agujeros para asomar por ellos las bocas de tres arcabuces. Y la estratagema les salvó la vida. En esta defensa o escudo gigantesco rebotaban las flechas y las lanzas indias. Así fueron cruzando la comarca araucana. Pero eran demasiados los enemigos y no sólo los atacaban por el frente. Uno tras otro fueron cayendo los españoles hasta que no quedó en pie de los catorce sino él clérigo que los reconfortaba, el cual fue encontrado cerca de La Imperial, con las ropas hechas jirones y semienloquecido, por una partida de doce hombres a cargo del capitán Pedro de Avendaño, que había salido en exploración. La misma partida halló poco después al intrépido capitán Juan Gómez de Almagro, que a pie había logrado abrirse paso entre los indios. Marchaba descalzo para que las huellas de sus botas no denunciaran su paso.

En esta forma, de los catorce bravos que partieron de La Imperial no salvaron sino dos; y su hazaña fue tan pregonada, que desde entonces en adelante se los ha denominado «Los Catorce de la Fama».

Corolario final de esta sangrienta aventura fue un misterioso mensaje que por medio de invisibles «chasquis» indios llegó hasta el

virreinato del Perú. Escrito con torpe letra, tal vez por la mano del propio Lautaro, que siendo paje de Pedro de Valdivia había aprendido a escribir, decía: «A Pedro de Valdivia y a ciento y cincuenta lanzas que con él iban se los tragó la tierra».

El Romance de Lautaro

A la muerte de don Pedro de Valdivia en Tucapel saltaron al escenario ensangrentado de Arauco dos personajes cuyas figuras encarnaban lo más característico de su raza, cuanto de temerario, de viril y de heroico existió en el pueblo araucano. Éstos fueron Lautaro y Caupolicán.

Aun cuando la historia tiene una sola faz y un rígido devenir cronológico, existen ciertos detalles referentes a los hechos que se desdeñan por su aparente intrascendencia, pero que, al sacarlos a luz, ponen a la vista, un nuevo aspecto, más humano, de los personajes que fueron protagonistas de los mismos.

Por ejemplo, se sabe que don Pedro de Valdivia había manifestado en numerosas ocasiones que, a la hora de su muerte, designaría como su sucesor en el mando al capitán Francisco de Villagra. Su testamento estaba depositado en Santiago junto con el tesoro real en una caja de tres llaves. Pero, en previsión de los posibles alzamientos indios, don Pedro había hecho depositar un duplicado de este testamento en Concepción. Llegado el momento de abrirlo, Francisco de Villagra sufrió una terrible decepción. Su jefe y constante compañero de penurias designaba como futuros gobernadores del reino, en primer lugar, a Jerónimo de Alderete; en segundo, a Francisco de Aguirre, que estaba en La Serena, y sólo en caso de muerte o imposibilidad de los dos primeros, a Francisco de Villagra.

Pero don Francisco era un hombre de gran prestigio, especialmente en las llamadas «ciudades de arriba», es decir, las del sur; y los vecinos principales, así como los jefes y tropas militares, resolvieron que Villagra fuese designado Capitán General y Justicia Mayor.

Encendíase esta querella por el hecho de estar Alderete en

España y de haber tenido que marchar Aguirre a Tucumán justamente cuando se produjo el más organizado y poderoso de los levantamientos indios. Los lugartenientes de Villagra tuvieron que despoblar las ciudades de Angol y Villarrica por no poder defenderlas contra la marejada araucana que lanzaban sobre ellos el toqui Caupolicán y los caciques Lautaro y Galvarino. Esta arrolladora ola de guerreros rodaba hacia el norte amenazando arrasar Concepción.

Don Francisco de Villagra intentó contenerla en la cuesta de Marigüeñu, escarpada serranía vecina al mar, que, según Ercilla, «se levantaba hasta los cielos». El sólo trasmontar aquella empinada montaña fue suficiente para agotar a los caballos y a los jinetes españoles, de modo que cuando la hueste araucana, guiada por Lautaro, cayó sobre ellos, la defensa era casi imposible.

Por otra parte, los indios usaron en tal ocasión un nuevo elemento de guerra: el lazo. Esto fue discurrido por Lautaro, quien había enseñado a sus mocetones a lacear a los españoles, derribarlos de sus cabalgaduras y ultimarlos a lanzadas o porrazos.

La batalla de Marigüeñu duró cinco horas y finalmente Lautaro consiguió que sus hombres lacearan los cañones, arrebatando en consecuencia la principal arma a los españoles.

Fue una terrible derrota para aquellas tropas habituadas a vencer siempre. Villagra y los suyos, huyendo en desbandada, se refugiaron en Concepción; y era tan lamentable el espectáculo que ofrecían los otrora orgullosos caballeros del rey de España, magullados y cubiertos de heridas, con los cascos y corazas abollados, los jubones y las calzas desgarrados, que la consternación más profunda cundió por toda la ciudad. El temor de que la horda india entrase a Concepción trastornó los ánimos y, aunque Villagra ordenó que tomaran armas hasta los niños y los ancianos, los pobladores no se atrevieron a arriesgarse en una defensa. Se dio la voz de partir y el pueblo entero emprendió la fuga. Era un cuadro lastimoso el que ofrecía aquella población cargando sus enseres más indispensables en caballos, mulas y carretas. Era como el éxodo del pueblo castigado por Dios. Los pencones dejaban tras de ellos sus minas y encomiendas, sus tierras y sus casas, sus riquezas y comodidades.

Inútil fue que surgiese en esa oportunidad una heroína, doña

Mencia de los Nidos, quien, plantada en medio de la plaza, entre el caos de carretas y caballerías que huían, apostrofara a Francisco de Villagra, diciéndole:

—«Señor capitán, si vuesa merced desea retirarse a Santiago por provecho personal, váyase en buena hora. Pero deje siquiera que las mujeres defendamos nuestras casas y haciendas, y no nos obligue a solicitar asilo en las ajenas, sin motivo para ello, y sólo por las voces que hombrecillos apocados han echado a correr de que vienen los indios, a quienes, sin embargo, hasta ahora no hemos visto».

Pero el espanto se había generalizado y el vecindario entero llenó el camino hacia Santiago.

Lautaro entró victorioso a Concepción, saqueó e incendió las casas que los maldecidos «huincas» se habían atrevido a levantar en el salvaje corazón de Arauco y lo redujo todo a escombros, incluso la soberbia y lujosa morada que Pedro de Valdivia para su regalo había hecho construir y adornar con ricas tapicerías y suntuosos muebles.

La victoria obtenida no pareció, sin embargo, definitiva al ambicioso Lautaro, quien, comunicándola a su toqui Caupolicán, le sugirió un plan de mayor envergadura. Consistía éste en expulsar para siempre a los españoles de todo el territorio de Chile. Con este fin, Lautaro marcharía sobre Santiago, en tanto que Caupolicán se dirigiría contra La Imperial con su poderosa hueste.

Lautaro se había dejado contagiar por la lujosa ostentación de los españoles, a cuyo servicio había estado, y montaba en un magnífico caballo, luciendo sobre su cabeza un bruñido yelmo. Al mismo tiempo había aprendido a tocar una corneta con la que guiaba a sus hombres. De gran voz y verba convincente, avanzó hacia el norte arengando a las tribus picunches extendidas en las riberas del Maule.

—«Vosotros tenéis libres los pies y las manos —les decía—; tenéis cuerpos tan grandes como nosotros los araucanos. En la antigüedad todos hemos sido uno; vosotros sois parientes inmediatos nuestros, ¿por qué no habéis de poder vencer a los cristianos como nosotros los hemos vencido? Enviad mensajeros a todas partes para que todos con una sola voluntad corran a la guerra».

El alzamiento fue propagándose como un devorador incendio en

dirección al norte.

Corría el 5 de noviembre de 1556 y era tan inminente el peligro en que se encontraba la capital, que el Cabildo ordenó que se repartieran gruesas sumas de pesos de oro a los principales vecinos a fin de que enrolaran y armaran a los hombres de su servicio, así como también obligó a cada familia a entregar a uno de sus hijos para la defensa de la ciudad. Jefe de ésta fue nombrado don Diego García Altamirano, quien, al frente de veinte jinetes, salió hacia el sur y encontró a Lautaro en el valle de Peteroa. El talento guerrero del cacique se manifestó una vez más, pues su rehue había sido rodeado con profundos fosos que los caballos no podían saltar.

—Los españoles son valientes —había advertido Lautaro a los suyos—; pero sólo son temibles a caballo, pues andan tan cargados de armas que a pie son perdidos.

Uno solo de los españoles se arriesgó a atacar y pagó no sólo con su vida, sino que los indios le arrancaron el cuero y rellenándolo de paja lo expusieron en el camino como humillante trofeo.

El orgullo de los españoles estaba herido en lo más sensible. Francisco de Villagra, que se encontraba enfermo, envió a su hermano Pedro, al frente de un cuerpo de jinetes castellanos, contra el burlón Lautaro. Pero era tal el temor que el jefe araucano había infundido ya a los conquistadores que, pese haber llegado éstos a media legua del campamento indio, no se atrevieron a atacarlo. Y aquella noche, Lautaro, para acumular burla sobre burlas, les envió un caballo español lujosamente enjaezado, que había pertenecido al propio don Francisco de Villagra, el cual llevaba escrito en una corteza este mensaje:

«El que está aquí soy yo: Lautaro».

Afrentados, los españoles atacaron al venir el alba. Los indios simularon una fuga, pero de repente resonó la corneta de Lautaro, que observaba la escena desde un promontorio, y la hueste giró organizadamente y dio cara a los españoles, envolviéndolos por completo. Pedro de Villagra y los suyos salvaron en forma milagrosa, pero perseguidos y humillados por las injurias de los salvajes.

Aquella noche, Villagra no durmió, consumido por la vergüenza y forjando planes para aniquilar al día siguiente a su enconado enemigo. Pero cuando, al amanecer, volvió al sitio del combate, se llevó la sorpresa de no encontrar ni rastros de su adversario. Lautaro se había esfumado por la fragorosa montaña, desviando de paso el curso de un río, que fue a inundar el lugar donde habían pernoctado los españoles.

Aliviado de su dolencia, don Francisco de Villagra decidió dirigir personalmente la campaña, tratando, en primer lugar, de poner a salvo la ciudad de La Imperial, amagada por las hordas de Caupolicán. El toqui no tenía el talento de Lautaro y hubo de retirarse ante las tropas españolas, las que pudieron cruzar el territorio araucano de sur a norte, aproximándose al Maule. Encontrábanse en marcha, cuando Villagra se enteró por un prisionero de que Lautaro se encontraba en las orillas del río Mataquito.

El magnífico jefe araucano estaba desprevenido, confiado en que Caupolicán habría rechazado a los «huincas» en La Imperial, de modo que ni siquiera se percató de la proximidad de Villagra. Aún más, disfrutaba de un merecido descanso y de horas de amor junto a su esposa Guacolda, en el tolderío levantado junto al río.

Pero entre sus jefes existía un traidor, el cacique Catirai. Éste se hallaba locamente enamorado de la hermosa Guacolda y, desde hacía tiempo, esperaba la ocasión de asesinar a Lautaro para arrebatársela.

Justamente aquella noche, en que otro indio traidor conducía a las tropas de Villagra por un sendero ignorado hacia el campamento indígena en Peteroa, el cacique Catirai se había apostado entre las sombras, cerca de la tienda del jefe araucano, armado de arco y flecha para ultimarlo en el momento en que asomara. Palidecía la noche y ya Catirai perdía las esperanzas de consumar su infame propósito, cuando los españoles cayeron como una tromba sobre el rehue.

A los estampidos y el estruendo de las caballerías que arrollaron las tiendas, Lautaro abandonó los brazos de Guacolda y salió al exterior, desnudo el pecho y con su corneta en la mano para dar la alarma a su gente.

Los indios auxiliares que acompañaban a Villagra habían

invadido el campamento, de modo que fue fácil a Catirai mezclarse entre ellos y con toda calma apuntar con su arco a la erguida figura de Lautaro. La traidora flecha le dio en mitad del corazón, aquel que don Alonso de Ercilla denominó «el corazón más duro y fuerte que jamás se encerró en humano pecho».

Cubriendo a su amado con su propio cuerpo, encontraron los españoles a Guacolda y, concluida la batalla, diezmado el ejército de Lautaro, uno de los lugartenientes de Villagra la hizo su manceba y la arrastró consigo de regreso a Santiago.

Catirai, loco de pesar, se constituyó en prisionero voluntario con la remota esperanza de lograr algún día raptar a la hermosa india, pero su castigo estuvo en que jamás pudo lograrlo y que, además de convertirse en un esclavo, tuvo que soportar durante largo tiempo ver a su imposible amada como concubina de un aborrecible «huinca», de quien ella alcanzó a tener un hijo antes de morir de pena, de irremediable nostalgia por su perdido ídolo, que quedó entregado a los buitres, allá, en las riberas del Mataquito.

La Soberbia del Mestizo Alejo

La vieja ciudad de Angol, fundada por don Pedro de Valdivia en 1553, se vio arrasada hasta sus cimientos cuatro veces consecutivas por obra de terribles alzamientos de los indios. Introducida en el punto más avanzado del territorio araucano, Angol o Los Confines fue escenario de episodios espeluznantes, y al mismo tiempo, de extraños romances, frutos de los cuales fueron los hombres que hoy constituyen nuestro pueblo. El más famoso caso de estos entronques forzados entre española e indio fue el del mestizo Alejo.

Después del alzamiento de los indios en 1600, la sufrida villa mencionada subsistió penosamente, desangrada y deshecha, al amparo de su desmoronado fuerte y de los cañones que se trajeron de reemplazo. En tan precarias condiciones, el valeroso jefe de la guarnición española, capitán don Alonso de Villanueva y Soberal, vivía con el arma al brazo, temeroso de los asaltos indios, comandados por el temible cacique Puante. Éste contaba con más de mil guerreros y, escarmentado ya por las modalidades defensivas de los españoles, usaba una estrategia nueva. En lugar de presentar batalla a las fuerzas castellanas, les cedía el paso en las desesperadas salidas que éstas hacían, diseminando a sus guerreros entre las quebradas y matorrales, y luego las atacaba por sorpresa. El cacique se había jurado destruir, a sangre y fuego, el fuerte y la ciudad.

Por su parte, el capitán Villanueva sabía que los indios intentarían realizar su propósito antes de que comenzaran las primeras lluvias. La única forma, de impedir una nueva destrucción de Angol estribaba en obtener pronto auxilio de las tropas de Concepción.

Era segundo comandante en el fuerte el capitán Francisco Gutiérrez, padre de la joven más hermosa de la ciudad, doña Beatriz. Por designio del destino se encontraba en Angol en aquellos días el alférez real de la ciudad de Concepción, teniente Juan de Matta Quiñones, quien había viajado a la apartada villa para contraer matrimonio con Beatriz Gutiérrez.

En aquellas horas de apremio el capitán Villanueva se decidió a conversar con el capitán Gutiérrez y a exponerle lo que él consideraba la única medida salvadora.

—He llegado a la conclusión, don Francisco, de que debemos solicitar urgentes auxilios a Concepción —le dijo—. Y me parece que nuestro enviado no puede ser sino un hidalgo de figuración e influencia en ese partido. Por eso he pensado en el teniente don Juan de Matta. Él es de Concepción y estará interesado más que nadie, por anhelo de su corazón, en que esta villa se salve de la terrible amenaza araucana. Por otra parte, la comisión que deseo darle apenas retrasará unos días su matrimonio.

El capitán Gutiérrez pesó largamente la sugerencia de su jefe y terminó por aceptar.

El alférez real tampoco pudo negarse a cumplir la riesgosa misión y se preparó a partir diciendo a su hermosa novia, doña Beatriz, ya con el pie en el estribo:

—Sé que correré peligros, adorada mía; sin embargo, mi conciencia me indica que debo ir a Concepción. Si no contamos con oportunos refuerzos, Angol está perdida. El cacique Puante intentará un último y feroz asalto que no podremos resistir.

Efectivamente, en aquellos mismos días en que el Alférez Real cabalgaba solitario en busca de Concepción, el formidable jefe araucano reforzaba sus huestes para el asalto decisivo. Había echado a correr la flecha ensangrentada y esperaba que con la próxima luna estarían con él las tribus de los chiquillanes, de los puelches y de los pehuenches.

—Angol caerá y nuestros bravos guerreros tendrán mujeres blancas, mujeres de los «huincas» —había ofrecido como botín a sus aliados.

El 5 de mayo de 1637, antes de que las primeras luces de la aurora iluminaran las cumbres de la cordillera de Nahuelbuta, una inmensa gritería hizo saltar de sus lechos a los habitantes y

defensores de la ciudad y fuerte de Angol; y una horda incontenible invadió al campamento por los cuatro costados. Los centinelas que estaban apostados en las colinas próximas habían sido sorprendidos y muertos por las silenciosas avanzadas indígenas y sólo dos de ellos lograron descargar sus mosquetes antes de caer aplastados por las terribles mazas.

El ataque había sido dispuesto de tal manera que, aunque las tropas castellanas hicieron prodigios de valor, fueron arrasadas por la indiada y no pudieron impedir que los asaltantes capturaran una gran cantidad de mujeres, con las que partieron hacia sus impenetrables montañas, llevándolas atravesadas sobre la cruz de sus caballos.

Las hordas salvajes se perdieron en medio de una loca gritería de triunfo, mientras que en el destruido fuerte, sembrado de cadáveres, se producían las más terribles escenas de desesperación entre los sobrevivientes que observaban impotentes el rapto de las bellas jóvenes de la villa, entre las cuales estaba la hija del capitán de Lanzas don Francisco Gutiérrez de Albornoz, la tierna muchacha de dieciocho años, prometida del arrogante Alférez Real que viajaba en esos momentos hacia Concepción.

Más de treinta mujeres españolas fueron distribuidas entre los jefes araucanos. El orgulloso Puante dejó para sí a la bella Beatriz, la que fue llevada a su ruca con las aparatosas ceremonias nupciales consagradas por la costumbre. Luego, los sueños de amor de la doncella quedaron brutalmente destrozados por la salvaje pasión del cacique.

El humillante sufrimiento minó el organismo de la bella joven y una fiebre maligna la postró durante más de cien días, durante los cuales Puante no se separó de su lado. Cuando, por fin, la enferma pudo levantarse y salió con paso leve de la ruca, el jefe indio la sostuvo tiernamente y le dijo:

—Florcita del campo ya está buena. Si quiere irse de aquí, la llevaré a donde desee.

Y el temible indio se echó a sus pies. Beatriz se quedó espantada, luego dio un grito desgarrador y se desplomó inconsciente. Una terrible lucha interior se desarrolló en el alma de la joven cuando volvió en sí.

—¿Para qué fuiste a decir esas palabras, Puante? —balbuceaba

—. ¿Para qué me ofreces ahora esa posibilidad en la que había dejado de pensar? ¿Cómo voy a desear volver junto a los míos cuando voy a tener un hijo tuyo?

Transcurrido el tiempo, la joven española tuvo un día en su regazo a la criatura que iba a alejarla definitivamente de sus pasados afectos y de sus familiares. Con su propia mano, en las aguas del Malleco, lo bautizó con el nombre de Alejo, y al contemplarlo acurrucado junto a su pecho, se abrían en su espíritu los manantiales incontenibles del amor maternal y Beatriz juró no volver más a tierras españolas.

La guerra de Arauco se renovaba año tras año con mayor crueldad. El cacique Puante arrasó las posesiones españolas desde el Malleco hasta el
Bío-Bío.
Terminadas las campañas de otoño, cuando las lluvias paralizaban a los ejércitos, Puante volvía a su refugio en las hondonadas selváticas e invernaba junto a su esposa y su hijo Alejo, que lo recibían amorosamente. Éste último crecía, más corpulento y ágil que los otros mocetones y nadie lo ganaba en el manejo del caballo y de la lanza. Estaba predestinado a ser un toqui famoso al que llamarían en lengua araucana «Botumpuante», es decir, «el hijo de Puante».

La llegada de un nuevo gobernador a Chile vigorizó la defensa española; y éste, que había traído grandes refuerzos del Perú, quiso sorprender a los indios, dándoles una batida antes que estuvieran preparados para la campaña de primavera.

Puante se instaló con sus huestes en las márgenes del
Bío-Bío
a esperar a los invasores; pero, como pasaran varios días sin que aparecieran, se decidió a levantar el campo para regresar a su refugio.

Después de caminar dos días a orillas del Malleco, resolvió pernoctar en una ribera, para atravesar la corriente en la mañana próxima y llegar de alba a su ruca, con lo que esperaba dar una agradable sorpresa a su esposa y a su hijo. La ausencia aparente de enemigos lo hizo descuidar la vigilancia esa noche fatal, y en la

madrugada un batallón de doscientos españoles emboscados en la ciénaga del Malleco cayó sobre su dormida indiada.

En medio del estruendo de los mosquetes y de la caballería al galope, sobresalía la voz del jefe español azuzando:

—¡Santiago y a ellos! ¡Matad al cacique Puante!

El victorioso toqui fue uno de los primeros en sucumbir, acribillado por las balas y las lanzas de un grupo de soldados que habían recibido la misión especial de ultimarlo. Enseguida, los españoles se dirigieron a destruir el rehue del cacique, situado al otro lado del río. Una partida llegó hasta la ruca de Puante, la arrasó hasta sus cimientos y tomó prisioneros a todos sus habitantes, incorporándolos a un numeroso grupo que llevaron hasta el fuerte de Nacimiento.

Beatriz, con su hijo tomado de la mano, marchó adelante, sin protestar, sin decir una palabra, pero con los ojos llenos de lágrimas. El mismo destino que la arrancara de su hogar, diez años antes, la restituía ahora al seno de los suyos.

Allá por el año 1650 ingresó a las filas del ejército español un arrogante muchacho de catorce años llamado Alejo Gutiérrez de Albornoz, el que hizo una asombrosa carrera, conquistando los galones de caporal al año siguiente y las charreteras de sargento dos años más tarde, por haber dado muerte en singular duelo con lanza al temible cacique Roncomira.

Con tal auspicio, el bizarro soldado esperaba fundadamente su pronto ascenso a oficial, pero el tiempo pasaba y éste no se producía.

—Bien merecida tiene el sargento Gutiérrez una alferecía, ya que es bravo e hidalgo como pocos —decían sus compañeros.

Pero algunos de ellos sabían cuál era el impedimento. Alejo Gutiérrez llevaba sólo el apellido de su madre, sospechándose que su padre había sido un indio.

Un día, en un juego de sortijas, para la fiesta del apóstol Santiago, el sargento Gutiérrez tuvo un altercado con el alférez Bartolomé de Mojica y la discusión se encrespó hasta que el mestizo, más impulsivo, tiró de su espada. Pero su adversario se cruzó de brazos despectivamente.

—No penséis que voy a batirme con vos —exclamó—. A un hombre de limpio linaje como yo no le es permitido cruzar sus armas con un guacho.

El insulto hirió al sargento en mitad del corazón. Pese a que el alférez Mojica fue castigado con el destierro a Concepción, el mestizo se sentía deshonrado ante todo su regimiento.

Fue su madre, doña Beatriz, quien le devolvió los ánimos, diciéndole:

—No tienes por qué sentirte deshonrado, hijo. Tu padre fue un príncipe y un valiente como pocos. Tu padre fue el cacique araucano Puante.

En aquel preciso momento Alejo tomó una doble decisión. Primero, dar muerte a su ofensor; luego, no luchar más contra sus hermanos de Arauco. Ese mismo día, apretando los ijares de su caballo, se hundió en la tenebrosa selva araucana. ¡Había nacido un nuevo cacique, Botumpuante, el que llegaría a ser famoso con el apodo de Mestizo Alejo!

Recibido jubilosamente por los hermanos de raza de su padre, antes de dos años organizó un soberbio batallón de caballería de más de mil mocetones, a los que instruyó personalmente de acuerdo con las mejores tácticas de la guerra. Al frente de él, hizo tabla rasa del ejército español. En 1657 estaba ya al mando de todas las huestes araucanas y el eco siniestro de su fama hacía temblar a los conquistadores en sus casonas de Santiago, creyendo ver repetirse con él las hazañas de Lautaro. En las cercanías del frente Conuco, inmediato a Concepción, un día el mestizo Alejo sorprendió, por fin, a una partida comandada por el alférez Mojica, y lanzándose sobre él lo traspasó con su lanza. Así vengó la ofensa recibida años antes.

No obstante, la estrella luminosa del mestizo Alejo no estaba destinada a brillar mucho tiempo. En uno de sus rehues, en los alrededores de Yumbel, por una obscura cuestión de celos, el arrogante cacique fue asesinado por una de sus dos esposas indias, las que tenían los musicales nombres de Llancareu y Calicai, pero los feroces instintos de la mujer de Arauco.

Así se hundió en la nada una de las más firmes esperanzas de los naturales de recuperar su libertad y sus tierras, marcándose una vez más el trágico destino de la guerrera raza. Los grandes toquis de Arauco, como los dioses, estaban destinados a morir jóvenes.

La Cautiva de Pelantaru

A comienzos del siglo XVII se produjo en la reglón de Valdivia una terrible revuelta araucana, que se ha llamado «El alzamiento de las siete ciudades», por haber sido siete las poblaciones que fueron arrasadas por las huestes del feroz cacique Pelantaru. Ahora bien, próximo a Valdivia existe un río denominado Tornagaleones. ¿De dónde viene ese nombre?… De los corsarios holandeses del comandante Herckmans, cuya nave capitana encalló en ese río al alejarse de Valdivia en octubre de 1643. Uno de los tenientes de las naves corsarias escribió unas memorias que vale la pena recordar.

El teniente Wilhem van Groote, de la expedición corsaria del comandante Herckmans, narra sus impresiones sobre su permanencia en el puerto fluvial de Valdivia y el pavoroso acontecimiento que fue su destrucción. Comienza diciendo:

> «Valdivia fue una sucesión de fuertes construidos por los españoles hace unos ochenta años, pero el principal de ellos, el que acogió a mayor número de pobladores, pasó a ser ciudad en las riberas del
>
> Calle-Calle.
>
> Todos ellos fueron destruidos por los indios de la región y de Mariquina en 1599. A los soldados los ultimaron a palos, excepto al gobernador, a quien aprisionaron e introdujeron oro fundido en la boca y las orejas. Después hicieron de su cráneo un vaso, y de los huesos de sus piernas, flautas, que ellos llaman pifilcas».

El macabro comienzo de esta historia se continúa en lo que narró a los corsarios, años más tarde, una de las principales

protagonistas del crudelísimo hecho, nada menos que la hermosa hija del propio gobernador a quien mataron con oro, porque era oro lo que él apetecía por sobre todo en el mundo. Ella se llamaba Esperanza Valenzuela.

El relato que el oficial de corsarios recogió de labios de doña Esperanza, tiene un inicio turbador y vago, que resulta difícil de entender. Según él, a mediados de 1598 llegó a Valdivia un fraile mercedario de nombre fray Andrés de las Eres, que pertenecía a esa legión de iluminados que, al igual que fray Luis de Valdivia, pretendían que era posible domesticar a los indios por medio de los Evangelios. La narración escrita por el corsario holandés en su propio idioma, mal redactada y peor traducida, parece dar a entender que este fray Andrés de las Eres tenía un aspecto extraño y que su comportamiento era el de un místico con muchos ribetes de loco. Recorría las difíciles selvas de la región y sus ríos a pie y en canoa, introduciéndose, impertérrito, con su figura quijotesca, en las tribus indias. Posible es que sus prédicas o su llameante mirada de paladín del cristianismo a macha martillo fuera una de las causas de la revuelta. El caso es que justamente en el día de la Navidad de 1599 se produjo el hecho luctuoso que todos temían.

Un mes atrás, el gobernador del fuerte de Valdivia, capitán Pérez de Valenzuela, había recibido la trágica noticia de que el gobernador del reino, don Martín García Oñez de Loyola, había sido muerto en una emboscada tendida por los indios en Curalava, cerca de la ciudad de Los Confines. Sólo salvó de aquella sorpresa el sargento Bernardo de Pereda, quien llevó la noticia a Valdivia.

De inmediato todos los capitanes de los fuertes establecidos entre Niebla y la ciudad misma se pusieron en alerta. Comprendían que el toqui Pelantaru avanzaría arrogantemente hacia el sur, para arrasar todos los fuertes y ciudades.

El gobernador de Valdivia llamó a su maestre de campo y le dijo:

—Capitán Gómez Romero, debemos tomar de inmediato medidas de defensa. Desde hoy seréis servido de poner guardias dobles en las atalayas del río y particularmente en los castillos de mi isla.

El gobernador se refería a la isla que se llamaba entonces de Valenzuela y posteriormente Teja. Pero las precauciones fueron

todavía mayores. Se dictó una orden que en su párrafo principal rezaba: «Nadie sea osado de salir fuera de la plaza pasadas las oraciones, ni de los límites del fuerte durante el día».

Esta medida, puesta en práctica por el alcalde don Juan de Roza y vigilada en su cumplimiento por el alguacil Manuel Coronado, fue seguida de una reunión en cabildo abierto, en la que los vecinos aportaron sus ideas para la defensa y el reemplazo de las instrucciones del Capitán General, que ya no habrían de llegar por haber éste fallecido. Entretanto, el gobernador tomó en sus manos todo el poder.

Pero no era fácil mantener durante mucho tiempo encerrados dentro de la plaza a hombres, mujeres y niños, siendo muchos de los primeros personajes notables y de riqueza. Su desagrado fue haciéndose más notorio a medida que pasaban los días sin que los indios se dejaran ver, aunque se notaban movimientos sospechosos en los alrededores.

A mediados de diciembre los murmullos de protesta se convirtieron en clamores. El propio alcalde don Juan de Roza llegó a decir que el gobernador Pérez de Valenzuela era un tirano, y que los tenía encerrados sin fundamento alguno dentro de las empalizadas y paredes del fuerte. Uno de los regidores, don Joseph Almonacid, hasta pensó en embarcarse y viajar por mar a Concepción para presentar la protesta de todos los vecinos al gobernador militar de esa plaza.

Tan fuertes y fundadas eran las recriminaciones, inclusive de las señoras, que la propia hija del gobernador, doña Esperanza, se decidió a hablarle.

—Ocurre, señor padre, que las demás señoras de esta ciudad se quejan de la severidad de vuestra merced y encuentran insoportable que ellas, sus niños y sirvientes deban vivir dentro de la plaza en una promiscuidad con los soldados que ya en varias ocasiones ha puesto en riesgo sus honras.

El capitán Pérez de Valenzuela comprendía la incomodidad de la situación, pero al mismo tiempo medía su responsabilidad; de él dependían la seguridad y las vidas de todos los habitantes de Valdivia. No obstante, ablandado por los requerimientos de su hija, decidió aflojar el rigor de sus disposiciones. Coincidiendo con una visita que le hicieron esa misma tarde el cura párroco, don Luis

Bonifacio, y el mercedario fray Andrés de las Eres, que también le llevaban el clamor de los asilados, determinó devolver la libertad de acción a los vecinos, permitiéndoles el regreso a sus hogares y la reanudación de sus labores en los campos vecinos.

En realidad parecía que la calma había vuelto a la tierra. Ni en la primera, la segunda o la tercera noche sucedió nada que pudiera ser motivo de alarma. Hasta el gobernador aparentaba confianza. Pero pasado el crepúsculo del 24 de diciembre, cuando terminaba de cenar en compañía de su esposa y de sus cuatro hijas, dijo con una sombra de tristeza en la mirada:

—Esta noche es Navidad; y mientras todo el mundo celebra el nacimiento del Salvador en la paz y alegría de sus hogares, nosotros, lejanos de nuestra patria, debemos permanecer con las almas en suspenso en esta ciudadela, junto a las selvas cuajadas de peligros, sin saber siquiera si el día de mañana alumbrará para nosotros.

—Señor padre —le replicó doña Esperanza—, no tenga vuestra merced tan negros pensamientos en una noche como ésta. No importa en qué rincón del mundo nos hallemos, si estamos juntos. Siempre será ésta una noche buena para nosotros, una noche de paz.

Pero no contaban con la perfidia de los indios. Esa noche, después de las oraciones con que santificaron la Navidad, cuando todos los vecinos y soldados reposaban tranquilamente en sus lechos y los centinelas se adormilaban también en sus puestos, un ejército de cinco mil indios, al mando de Pelantaru, en el mayor silencio, cruzó a nado el río por todos los contornos de la ciudadela. Diseminados después por las riberas y bosques, avanzaron hasta ocupar la salida de las calles y tocar las empalizadas. Justo a la medianoche, a una señal del toqui, despertaron a los pobladores con una gritería infernal, a tiempo que derribaban las empalizadas y saltaban luego sobre los techos de las casas.

Los vecinos arrancaron de sus lechos, sin armas, y corrieron despavoridos por las calles, yendo incautamente en busca de la muerte a manos de los indios. Así comenzó una horrorosa matanza.

Durante hora y media él gobernador luchó por organizar una resistencia, pero al fin, viéndose impotente, se dispuso a salvar siquiera a su familia. Echó por delante a su esposa, hijas y sirvientas

y les protegió la retaguardia con algunos soldados. Pero la negrura de la noche, la confusión y el estruendo hicieron que se disgregara el grupo.

—«No supe más qué fue de mis padres y de mis hermanas —prosigue el inconexo relato de doña Esperanza Valenzuela—. Un horrible indio se abalanzó sobre mí y, entre el horrendo tumulto de la horda que se apoderaba de los míos, me sacó arrastrando hacia un lado. Luego ya no supe más de mí hasta que me encontré en la isla de Valenzuela frente a una inmensa hoguera alrededor de la cual los salvajes destrozaban a los prisioneros».

No hubo socorro alguno, ni del cielo ni de ninguna parte. Y la terrible matanza llegó hasta el final. El último número de este horrendo drama fue espeluznante. Los indios ebrios colgaron de una rama, de un roble corpulento a un hombre flaco, mal cubierto con rasgadas vestiduras, con las manos y los pies atados. Al son de un cuerno, comenzaron a girar alrededor del mártir y de las mujeres cautivas y, resonando otro trompeteo estruendoso, todos al mismo tiempo apuntaron sus arcos contra el cuerpo del infeliz y una nube de flechas lo acribilló, arrancando también ramas del
árbol-cadalso,
cuyas hojas formaron un verde sudario para el agonizante.

Momentos más tarde, su cadáver era descuartizado y comido en medio de alaridos de triunfo. Se trataba de fray Andrés de las Eres, el extraño misionero mercedario. Aún cuando se encontraba lejos de la ciudadela al producirse el ataque, había vuelto a ella en un bote, por su propia voluntad, para servir de guarda, como había expresado, a las mujeres cautivas.

La crónica del corsario holandés Van Groote termina diciendo que más le valió a la infortunada Esperanza Valenzuela no conocer la triste suerte que corrió su padre, el gobernador, ya que, como dijimos al comienzo, su cráneo sirvió de vaso para las bárbaras libaciones de los salvajes. En cuanto a ella, después de largos e inenarrables meses de cautividad, fue finalmente rescatada y terminó sus días como reclusa en las monjas agustinas de Santiago.

Tal fue la suerte de la fortaleza de Valdivia en el terrible alzamiento de las siete ciudades.

Travesuras Coloniales

Los Fantasmas del Puente de Calicanto

Aunque parezca antojadizo asegurarlo, también forman parte de la historia de un pueblo sus supersticiones, sus creencias y los factores sobrenaturales que intervienen en su folklore, porque el amasijo de todos estos ingredientes aliña la idiosincrasia de los habitantes de cada país o región.

¿Desde cuándo y hasta cuándo reinaron en las noches santiaguinas las ánimas, los duendes y los fantasmas?… El comienzo de su reinado no puede, naturalmente, precisarse: los mapuches tenían sus duendes propios desde los comienzos de su raza, y los españoles, por su parte, trajeron junto con sus armaduras toda la gama de ánimas y aparecidos que la imaginación popular, la superstición y la ignorancia habían sido capaces de crear en la Península desde épocas inmemoriales. En cambio, sí podemos precisar la fecha exacta en que comenzó a resquebrajarse el reinado de los nocturnos seres sobrenaturales. Esto ocurrió en Santiago justamente el 17 de septiembre de 1857. ¿Cómo es que osamos hacer una afirmación de tal naturaleza? ¿Qué tiene que ver esa fecha con la primera retirada de las ánimas y los fantasmas? Es sencillo. El 17 de septiembre de 1857 fue inaugurada oficialmente la iluminación de las calles del centro de Santiago a base de gas hidrógeno, que, según las crónicas de la época, «trasformaba la noche en día».

Ya pudieron los medrosos vecinos transitar por las calles sin temor a los diablos que se amparaban en la obscuridad y sin que uno o dos criados les precedieran alumbrándoles con antorchas las calles encharcadas.

Quienes conozcan la cercana y pintoresca villa de Alhué, en donde no existe aún alumbrado público y se conservan los antiguos faroles octogonales plantados sobre postes en las esquinas, podrán

formarse una idea de lo que fue Santiago en otros tiempos. Allí, en Alhué, todavía imperan los duendes y las ánimas. No hace mucho, una niña enfermó de mal desconocido y bien pudo su padre, de nombre Sebastián Sepúlveda, darse cuenta de que estaba poseída por los duendes. Estos diminutos personajes rebullían bajo la cama de la enferma haciendo un ruido como el de un saco lleno de gatos. Inútilmente, Sebastián Sepúlveda usó todas las «contras» que se recomiendan para espantar a los duendes; éstos consumaron su obra y la pobre niña murió. Pero lo grave del caso fue que cuando llegaron los «cuerperos», que así se llaman los que cargan el ataúd sobre sus hombros, los duendes se ensañaron con ellos y fueron torturándolos a latigazos hasta el cementerio mismo, ante la mirada atónita de todos los vecinos que veían a los portadores retorcerse bajo los golpes de las infernales «huaracas».

En igual forma, en Santiago colonial los fantasmas y los duendes fueron amos y señores de las noches, especialmente en los alrededores del otrora famoso puente de Calicanto. Que los escasos transeúntes que se veían forzados a cruzarlo de noche oyeran escalofriantes gemidos bajo sus once arcadas y ruidos de cadenas y de cinceles sobre las piedras canteadas, no era nada excepcional. Todo el mundo sabía que el temible corregidor don Luis Manuel de Zañartu había usado a presidiarios y a indios cautivos en la construcción y que las piedras que conformaron sus arcos y su superficie fueron pegadas con una argamasa en la que entraron quinientas mil claras de huevos de gallina y sangre, mucha sangre de pobres desdichados que, encadenados, murieron bajo los golpes de los caporales. Era lógico que las ánimas de esos desventurados siguieran gimiendo en el obscuro cauce.

Pero, después, la gran avenida del río, en 1888, que derribó el puente y puso término a su vida, trajo un nuevo fantasma a la Cañadilla y a las márgenes del Mapocho; éste fue el del propio corregidor Zañartu, a quien la gente sentía llegar en su tétrico forlón negro arrastrado por dos mulas; espectro que muchos aseguraban haber visto, envuelto en su capa retinta con solapas rojas, elevar los brazos al cielo, protestando rabiosamente por la destrucción de su gigantesca obra.

Naturalmente, fueron muchos también los ladrones y bandidos que se aprovecharon del gran temor que las ánimas y fantasmas

imponían a los nocturnos transeúntes para asaltarlos, disfrazados de tales.

Pero el asunto de fantasmas que hizo mayor noticia fue el que se produjo durante el gobierno eclesiástico del obispo Alday, que, como de muchos es sabido, fue uno de los jefes de la Iglesia que demostró mayores energías en esto de combatir a los seres del otro mundo que se complacían en divertirse a costillas de los vivos.

Un día llegóse hasta él un grupo de atribulados vecinos que tenían sus moradas en la calle del Puente y también en la Cañadilla. En resumen, lo que expresaron al obispo fue algo así como esto:

—Ilustrísimo Monseñor, ya nuestra vida no es vida. No pasa noche en que no veamos interrumpido nuestro sueño por las apariciones más aterradoras.

—¿Cuáles son esas apariciones? —quiso saber el obispo, que era bastante crédulo en estos asuntos sobrenaturales.

—Vemos, Ilustrísimo —dijo un vecino de la Cañadilla—, al corregidor Zañartu que llega, en espectro, montado sobre una mula y cruza el puente en toda su anchura.

—¡No, que no es el espectro del corregidor! —le corrigió un morador de la calle del Puente—. Es el mismísimo diablo, Satanás, con perdón del Ilustrísimo Monseñor.

—Es posible que sea el diablo —aventuró un tercero—. Pero a mí más me parece que es un horrendo dragón que cruza el puente al trote largo y pesado, haciendo estremecerse sus machones.

El obispo Alday no se conformó con las mencionadas declaraciones y ordenó al párroco de la iglesia de la Estampa, situada en la Cañadilla, que realizara más acuciosas averiguaciones. Y ese sacerdote, habiendo interrogado al vecindario y a casi toda su feligresía, corroboró el espantable suceso.

El obispo meditó largamente, pero no vino a resolverse sino cuando una nutrida comisión de honorables vecinos acudió al obispado a decirle:

—Ilustrísimo Monseñor, os rogamos que enviéis un sacerdote al puente, al cerrar la noche, para que espante a las molestas ánimas por medio de un buen exorcismo, de conjuros y asperges de agua bendita.

—¡Sea! —aceptó el obispo Alday—. Realizaremos una procesión en forma, para espantar no sólo al ánima del corregidor Zañartu,

sino también a todas las otras, ya sean duendes o espectros o Satanás en persona. La dicha procesión será practicada el próximo 7 de junio, que por caer en día viernes es más adecuado para el objeto.

Tal como se estableció se hizo. El viernes 7 de junio partió la solemne procesión desde la iglesia de Santo Domingo, encabezada por un sacerdote elegido entre los más elocuentes, ornado con estola y sobrepelliz, seguido por varios acólitos que llevaban caldereta y matracas, instrumentos los más indicados para espantar a los engendros del otro mundo. También marchaba una cofradía de cucuruchos del barrio del Zanjón de la Aguada, portando un estandarte blanco y grandes velones encendidos. Poco antes de llegar a la plazuela en que nacía la rampa ascendente del puente de Calicanto se plegaron a ellos los vecinos de la Cañadilla, que habían tenido cuidado de cruzar el río de día claro. Pero cuando llegó el momento de iniciar el paso del puente, para, en su centro, realizar el oficio del exorcismo y demás conjuros, los que marchaban en la vanguardia de la procesión comenzaron a retacarse.

El sacerdote quiso que fueran los portadores de antorchas los que marcharan adelante; éstos argumentaron que era preferible que lo hicieran los vecinos que conocían bien el lugar; los designados quisieron que fueran algunos guardias; los guardias dijeron que no entraba en sus funciones combatir a los difuntos…; en fin, nadie se arriesgaba a movilizarse.

Para darse alientos, el sacerdote ordenó a sus acólitos que comenzaran su serenata de caldereta y matracas y ahí fue donde principió el espanto. Los golpes en el caldero y el remoler de las matracas pusieron a todos los pelos de punta, y menos quisieron avanzar. El sacerdote, en un rapto heroico, agitó los brazos e inició el cruce del puente. Pero no había avanzado muchos pasos cuando, repentinamente, tal como se esperaba, pero no se deseaba, se oyeron unos espantables pasos en el otro lado del río, y allá, en la rampa opuesta, pasando de la obscuridad a la luz movediza de los velones, apareció una enorme masa blanca, que se agitaba como en una danza infernal. El presbítero, desesperadamente, comenzó a entonar el «Magnificat anima mea», pero el pavoroso aparecido apagó su voz lanzando dos sonoros bufidos y enseguida un sonido estruendoso, horrible, que a los de la procesión les pareció

exactamente como la trompeta del Juicio Final.

Nadie fue capaz de dominar sus piernas. Vecinos, cofrades, acólitos, guardias y el propio sacerdote dieron vuelta la espalda y arrancaron literalmente como almas que persigue el diablo, dejando botados los velones, las matracas y la caldereta.

La confusión en que huyeron fue tanta, que muchos cayeron atropellados por los más corpulentos y, por ende, hubo varios contusos y hasta algunos con heridas visibles y dolorosas. Corriendo por la calle del Puente, fueron sembrando pavor y alarma hasta la misma plaza mayor. Pero varios de ellos, creyéndose perseguidos por los demonios, tal era el ruido de pies que sentían correr tras ellos, se refugiaron en una cantina que estaba abierta en la calle Atravesada de Santo Domingo, y allí, después de atrancar la puerta, pidieron al cantinero que los ayudara a reponerse con un trago de aguardiente. Tocó la coincidencia de que en la taberna en cuestión estaban bebiendo desde hacía varias horas cuatro gañanes, que trabajaban en la vecina recova, quienes al oír la versión del extraordinario suceso se pusieron de pie con ademanes resueltos.

—¡Oigan, compadres! —exclamó uno apretándose la faja.

—¡Vamos nosotros a cazar a ese diablo revoltoso que icen los caballeros que anda por el puente!

—¡Ya está, *pus*, vamos! —aceptó el segundo.

—¿Y qué nos demoramos? —preguntó el tercero.

Y el cuarto, por no ser menos, agregó:

—¡Vénganme con Satanases a mí! ¡Con esta «quisca» me traigo al mandinga *ensartao* como si *juera* un picarón! —y sacó del cinto un cuchillo como para partir a una res en dos.

Ante la estupefacción de los fugados de la procesión, los cuatro rotos se lanzaron a la calle y se encaminaron al puente, tambaleándose y profiriendo bravatas.

Los que se habían refugiado en la cantina los siguieron a prudente distancia, y así fue como los vieron llegar hasta el puente. Uno de ellos se envalentonó entonces y los alcanzó. Pero en ese preciso momento el entonado veguino que iba adelante dio un formidable tropezón con la caldereta que había quedado abandonada y ésta saltó rebotando con ruido ensordecedor. Y en respuesta a tal estruendo, volvió a oírse el sonoro trompeteo que tanto había asustado a la procesión.

—¡La trompeta del Juicio Final! —gimió el vecino que, acompañaba a los cuatro gañanes. Pero uno de éstos, que había oído muchas veces en su vida un ruido semejante, le respondió reventándose de risa:

—¡Qué trompeta ni que cuatro cuartos! ¡Ese es el relincho de un caballo viejo!

Y como confirmando sus palabras, asomó por el otro lado del puente la misma masa blanca que habían divisado antes los de la procesión.

—¿Que no es el caballo de don Pedro del Villar? —aventuró entonces otro de los de la comparsa, y los cuatro al unísono prorrumpieron en sonoras carcajadas. Porque el diablo, ánima o espectro que tanto susto había metido a la procesión no era otra cosa que un jamelgo que tenía en su quinta de la Cañadilla un tal Pedro del Villar, dueño de casi todas las chicherías de San Pablo; caballo aquerenciado que todas las noches se arrancaba de la quinta y, cruzando el puente parsimoniosamente, se iba a la pesebrera que tenía su amo en su casa de la calle de las Agustinas.

Éste fue uno de los últimos fantasmas que metieron miedo en las noches santiaguinas antes de que el alumbrado de gas viniera a disipar el reinado de las sombras tenebrosas.

La Extraña Porfía de Fray Juan

Las crónicas del Santiago antiguo tienen como escenarios tres lugares aparentemente antagónicos: los cuarteles militares, los decorados salones de los saraos y, especialmente, los sombríos corredores de los conventos. La mayor parte de los protagonistas de los sucesos más sabrosos lucieron hábitos o sotanas, ya que llegó un momento en que más de la mitad de la población santiaguina vivió en los claustros. Este relato, que no pretende ser irrespetuoso, refiere ciertas andanzas de un fraile llamado Juan de la Concepción.

Tal vez deberíamos comenzar esta narración en la antigua Chuquisaca, que fuera en un tiempo la capital de Bolivia y que después de las guerras de la independencia pasó a llamarse Sucre. Pero, en mejor acuerdo, vamos a hacerlo desde el Santiago del siglo XVII, lugar y época en que comenzaron las andanzas del fraile carmelita Juan de la Concepción, fundador del monasterio de las Carmelitas Descalzas, que existió hasta hace algunos años en la esquina de la Alameda con la calle Carmen, y que se llamó el convento del Carmen Alto.

Era el combativo fray Juan de la Concepción un sacerdote extraordinario, de esmirriada figura, que recorría las calles al paso rápido de sus sandalias polvorientas. Nadie hubiera dicho que en un cuerpo tan enteco cupiera tanta energía. Porque el padrecito de marras era emprendedor y andariego como un gitano. Vivo como el azogue, no sabía estarse quieto jamás en un sitio. Fray Juan era de nacionalidad portuguesa y había venido a Charcas a cobrar una herencia que en realidad no existía, por lo que decidió regresar a Portugal. Pero al llegar a Buenos Aires no se le permitió embarcarse, pues se había declarado la guerra entre España y su patria. Ante esta emergencia, el arzobispo de Buenos Aires lo ocupó en su diócesis, y como pronto se percatara de que el frailecito tenía

especiales disposiciones para obtener limosnas, le propuso que pasara a Chile a solicitarlas para su Orden, mientras durara su forzada permanencia en América.

—¡Encantado, Su Ilustrísima! —aceptó fray Juan—. Tengo las mejores y más felices informaciones de ese reino. Según se dice, su gente es espléndida. Iré a Chile y, entre mis andanzas de limosnero, veré si puedo hacer algo de provecho allá.

El frailecito portugués no tardó en captarse en Santiago la voluntad de mucha gente, pues tenía un tremendo poder de convicción. Y como andaba siempre lleno de ideas nuevas, se le ocurrió establecer en esta tierra un monasterio de la Orden de Santa Teresa o Carmelitas Descalzas. La idea era loable pero ¿cómo realizarla? El fraile era pobre como una cabra; daba lástima ver su cerquillo deshilachado y sus trajinadas sandalias. Pero el padrecito tenía una fortuna en su verba. Hubiera sido capaz de convertir al mismísimo demonio. Conoció en Santiago al capitán don Francisco Bardesi, hermano de fray Pedro Bardesi, un santo fraile a quien llamaban «el siervo de Dios», que murió en olor de santidad en la Recoleta Franciscana. Muy poco le costó a fray Juan convencer al piadoso capitán de que le regalara la casa en que vivía con su esposa, doña Barnaba de la Cerda. Dicha casa estaba en la esquina de la Alameda con Carmen. Allí, el activo carmelita se aprestó a construir un monasterio. Pero mientras se obtenía del rey la licencia respectiva, él, que no podía estar mucho tiempo sin viajar, decidió partir al Perú, con el fin de recolectar limosnas con las cuales levantar su obra.

En efecto, recorrió velozmente el virreinato repletando sus alforjas con tostones de oro. Estaba en Huamanga, cuando le llegó la noticia de que el rey había despachado la licencia para la fundación del monasterio, por lo cual emprendió de inmediato el regreso a Chile, trayendo consigo la suma de 24 000 pesos, amén de cuantiosas limosnas en alhajas.

Satisfecho quedó el carmelita al llegar a Santiago, viendo que ya estaban avanzadas las obras del convento con las limosnas que él había dejado; pero no contento con eso, su espíritu práctico lo indujo a aprovechar una circunstancia accidental. Ladino y humilde se presentó ante el obispo y le expuso que venía terriblemente contristado por la noticia del saqueo de La Serena por los piratas

ingleses, que habían asolado hasta los templos.

—Tal ultraje ha llenado de horror al piadoso sentimiento de los santiaguinos, reverendísimo señor —dijo al prelado—, y ha hecho crecer en sus corazones el temor a una posible extensión a Santiago de la avaricia de los piratas. Las multitudes repletan los templos para rogar a Dios que salve a la capital de ese peligro.

El obispo enarcó una ceja y lo contempló con recelo. Demasiado bien conocía la rapidez con que corría el fraile y ya le estaba despertando sospechas su actitud contrita.

—¿Adónde quiere ir a parar vuestra paternidad? —le preguntó mirándolo de soslayo.

Fray Juan no pudo ocultar una sonrisa maquiavélica y le respondió en tono melifluo:

—¿No le parece a Vuestra Ilustrísima la oportunidad ni que pintada para autorizar una colecta extraordinaria para mi fundación? Los santiaguinos se sentirán inclinados como nunca a dar su limosna para un objeto pío que les facilite el amparo divino.

El obispo prorrumpió en una carcajada, que le hacía bailotear su gruesa barriga.

—¡Andad, andad, fray Juan! Sois incorregible. Y yo que estaba ya convencido de vuestra preocupación por La Serena. ¡Sea, hombre de Dios! Aprovechad la ocasión para vuestra limosna.

Fray Juan anduvo todos aquellos días de pláceme, saltarín sobre sus gastadas sandalias. No sólo obtuvo una atrayente suma en su colecta, sino que el 18 de abril de 1687 vio dictado el decreto de la Real Audiencia para el establecimiento del monasterio; decreto en el cual se lo autorizaba también para buscar e instalar en él las monjas fundadoras correspondientes. En el acto decidió partir a Chuquisaca a reclutarlas en un convento de Carmelitas que allí había; y no lo arredraron las objeciones que le hizo el capitán Bardesi de que tendría que escoltar a las monjas por más de quinientas leguas.

Tiempo después se supieron en Santiago los extraordinarios sucesos del azaroso viaje de fray Juan. En aquella misma época se encontraba también en Chuquisaca el corregidor de Santiago don Gaspar de Ahumada, caballero de los más ricos y honorables de Chile, a cuyo padre debe la calle Ahumada su nombre. Pues bien, allá en Chuquisaca, sin intención alguna de ambos, debieron

relacionarse por disposición del arzobispo de esas tierras, quien después de otorgar el permiso para que se trasladaran a Chile las monjas fundadoras del monasterio, dijo a fray Juan:

—Ellas serán: sor Francisca Teresa del Niño Jesús, como priora; sor Catalina de San Miguel, como vicepriora, y la madre Violante, como maestra de novicias. ¡Ah, en cuanto a esta última, debo agregaros que, unida a sus múltiples virtudes, tiene la particularidad de ser de vuestra propia nacionalidad! La madre Violante es también portuguesa.

Aparte el deslumbramiento que le produjo saber que podría marchar con una religiosa de su misma lengua, fray Juan recibió una noticia que lo hizo encabritarse. El arzobispo dispuso que el corregidor Ahumada se hiciera cargo de la dirección de la caravana.

—¡Pues, no, señor, esto es un despojo! —masculló, iracundo, el frailecillo cuando se encontró a solas—. ¿Por qué voy a aceptar que un profano, por más empingorotado que sea, me arrebate la dirección de una empresa que es mía? ¡De ninguna manera! ¡Renuncio y se acabó!

La altisonante y atrevida carta con que le expuso su renuncia provocó la indignación del arzobispo, quien de inmediato le mandó, en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión mayor *ipso facto incurrenda*, que fuera asistiendo a las madres fundadoras hasta Santiago, suspenso de decir misa, acompañado de otro capellán, fray Antonio de Céspedes, y bajo las órdenes del corregidor Ahumada.

La expedición se puso en marcha por la vía de Potosí y Atacama, en el larguísimo viaje a Chile. La caravana marchaba lentamente por las irregulares sendas del altiplano hacia el desierto; las monjas en un pesado carromato y los hombres en mulas.

Ya al salir de Potosí estalló el primer conflicto. Fray Juan amenazó a fray Antonio de Céspedes de darle de golpes, acusándolo de haberle cambiado su mula.

—¡No es verdad, señor corregidor! —protestó horrorizado el segundo capellán ante el señor Ahumada—. ¡Os lo juro por la Santísima Virgen que no es verdad! ¿Cómo puede su paternidad acusarme de un hecho semejante? —Y como fray Juan,

encorajinado, siguiera cubriéndolo de denuestos, determinó con rostro lacrimoso—: ¡Oh, no puedo soportar estas cosas, señor corregidor! Me vuelvo a Chuquisaca; no soy capaz de seguir adelante.

Fray Juan quedó como único capellán de las monjas y siguió viaje, al parecer, satisfecho. No obstante, no podía conformarse con que las madres no vinieran entregadas en todo a su voluntad; y así fue que comenzó a hacer tenaces exigencias a don Gaspar de Ahumada para que se las entregase, y como el corregidor se negara rotundamente, resolvió:

—Pues, os abandono, señor Ahumada. Proseguiré mi viaje por distinta vía. Componeos vos solo para arribar a Santiago.

El voluntarioso padre carmelita se apartó de la caravana en Lípez, pueblo de la sierra boliviana. Pero dos meses después, cuando el corregidor llegaba con su gente a Atacama, apareció sorpresivamente, pues se había venido por la vía de Salta, y una vez más enfrentó al corregidor:

—¿Estáis dispuesto a entregarme la dirección de la empresa y las monjas? —insistió, y ante una nueva negativa del señor Ahumada, volvió a torcer bridas—. Entonces me voy otra vez —dijo amenazante—. Ya os encontraré en otra parte.

Tras de larguísimos días de camino, los viajeros arribaron a Copiapó, y a la entrada del pueblo ya los esperaba un mensajero, portando una nota de parte del cura y vicario de ese lugar, don Antonio Díaz. En ella se conminaba al corregidor a depositar en el término de seis horas en la casa parroquial a las monjas carmelitas.

—¿Pero el cura de Copiapó está loco? —estalló el señor Ahumada—. ¿Quién le ha metido semejante cosa en la cabeza? Apuesto a que no es ajeno a esta tramoya el padre Juan.

El mensajero inclinó la cabeza asintiendo. Efectivamente, fray Juan de la Concepción estaba alojado en la casa parroquial.

El corregidor, herido en su orgullo, se negó rotundamente a acatar la orden, obteniendo en respuesta una drástica resolución del cura de Copiapó.

—Se comunica a la población de esta piadosa ciudad —pregonó el presbítero Díaz— que, por falta grave de obediencia a la autoridad de que estamos investidos, don Gaspar de Ahumada ha caído en la pena de excomunión mayor *ipso facto o incurrenda*. Y

por lo tanto ordenamos, bajo apercibimiento de igual pena, que nadie le proporcione alojamiento ni víveres.

En tan apurado trance y en medio de la aflicción de las asustadas monjas, el señor Ahumada tuvo que reclamar ante el corregidor del lugar de la severa e injusta medida del párroco y, mediante los ruegos de este alto funcionario, el cura de Copiapó se calmó y tuvo a bien levantar la excomunión, pero exigiendo que las monjas salieran inmediatamente de la ciudad.

Se encontraban el corregidor y sus protegidas alojados en la hacienda de don Pedro Cortés, cuando se supo que fray Juan de la Concepción había revolucionado al pueblo de Copiapó y lo estaba incitando para ir a la hacienda a apoderarse de las monjas esa misma noche. En vista de lo cual el señor Ahumada debió solicitar auxilio de tropas al corregidor del lugar y partir así protegido hacia el sur.

Con inusitada prisa continuó su marcha la caravana hasta llegar al puerto de Coquimbo, donde, ¡oh milagro de tenacidad!, ya lo estaba esperando el fraile carmelita con un nuevo alboroto. Había convencido al cura de Coquimbo, don Manuel Castillo y Flores, de exigir al señor Ahumada la entrega de las monjas.

Afortunadamente, alcanzó a llegar a ese puerto una orden del obispo de Santiago en el sentido de que no se molestara al corregidor en su viaje. El prelado santiaguino había sido avisado por el capitán Fernando de Agama, enviado del corregidor, quien le informó detalladamente de las disparatadas actuaciones del viandante carmelita.

Sólo así pudieron llegar las monjas a Santiago, guiadas y amparadas por el esforzado caballero Ahumada, quien por su parte arribó agotado por el interminable trayecto de quinientas leguas y el incesante ataque del irascible fraile portugués.

¿Dónde estaba el secreto del empeño de fray Juan? ¿Era simplemente su vanidad ofendida? ¡Quién lo sabe! Lo curioso del caso reside en una nota de puño y letra del obispo de Santiago, escrita al margen de una comunicación recibida del arzobispo de Charcas, en que se trataban estos incidentes. Sin pronunciarnos en ningún sentido, ni faltar al respeto a nadie, la repetimos. La anotación escrita por el obispo decía lo siguiente: «Madre Violante, portuguesa».

La Calle del Cornudo Oviedo

La historia de nuestro país no está constituida solamente por el eslabonamiento de hechos serios y trascendentales. Ayer, como hoy y como siempre, de todo hay en esta viña del Señor. Y antaño, en la austera época colonial, la gente no sólo se preocupaba de rezar y de asolear patacones de plata en pellejos de ovejas; también sabía reír y amar. Prueba de ello existe en ciertas sabrosas crónicas que recuerdan picarescos romances ocurridos en plena y mística Colonia.

Por real orden de Su Majestad, Santiago tuvo un día sus armas propias, consistentes en «un escudo, que haya en él un león de igual color, con su espada desnuda en la mano, en campo de plata; y por orla ocho veneras de oro en campo de azur».

Importante asunto era poseer un escudo de armas, pero grave cosa era que las calles de la ciudad no tuvieran nombre. Por ello fue preciso que la fantasía popular les diera sus denominaciones. La calle Ahumada se llamó así porque la familia de ese apellido tuvo su casa solariega en ella, propiamente en la esquina con la calle de los Huérfanos. Se denominó callejón del Chirimoyo a la calle de La Moneda en su tramo desde el cerro Santa Lucía hasta Ahumada porque en la chacra de las monjas clarisas, que cerraba esa vía, asomaban varios árboles de esa dulce fruta. La que hoy se denomina 21 de Mayo llevó el nombre de calle de la Nevería, porque en ella existía el único negocio en donde se fabricaban helados con nieve traída en burros desde la cordillera. La calle Amunátegui se denominaba calle del Peumo o también de las Cenizas. Y la actual Bandera tuvo tres nombres anteriores. Primero se la llamó de Bernardino Morales, porque en ella tenía su tienda un mercader de ese nombre. Después llevó el curioso título de calle «del Cornudo Oviedo», y por último, el de Atravesada de la Compañía.

Pero ¿cuál fue la razón de que se la humillara con aquel nombre «del Cornudo Oviedo»? ¡Ah!, ésta es una pintoresca historia galante que puede que les haga sonreír.

Todo ocurrió allá por 1660. En esa época instaló su pulpería en la calle de Bernardino Morales un tal Pedro de Oviedo, que al casarse con la sabrosa morena doña Inesita Vega y Pérez García, pasó a ser considerado el marido más bobalicón del país. Resulta que la niña había sido siempre algo casquivana. Se recordaba, por ejemplo, que cierta noche, varios años antes, su padre la había descubierto en susurrada plática a través de la reja de su balcón con el capitán de Caballos Ligeros y Lanzas don Juan de la Finojosa y Castañón, quien tenía tal prestigio de burlador de mujeres, que el padre de la apasionada niña no discurrió mejor arbitrio para librarla del peligro que tal oficial significaba que aplicarle en primer término una soberana paliza, y enseguida casarla, como escarmiento, con el necio pero honrado comerciante don Pedro de Oviedo.

Molida aún por la paliza, la pobre Inesita Vega consideró como una liberación ese matrimonio, que la eximía de la terrible vigilancia de su padre. Pero ¡ay!, su flamante marido ni por su edad ni por su estampa, andaba cerca siquiera del galante capitán de Caballos Ligeros y Lanzas, de quien la muchacha seguía más templada que una guitarra andaluza.

Pero, sin perjuicio de su afición por el capitán, Inesita disfrutaba con todos los requiebros y le gustaba que le soplaran al oído «dulcedumbres», vinieran de donde viniesen. Por eso no es de extrañar que muy pronto la tienda del honrado Pedro de Oviedo se viera merodeada por una turba de galanes que iban «a darle vuelta al charqui», como se decía en el lenguaje doméstico de la época. Entre ellos hubo uno particularmente impulsivo, que hizo tan notoria su inclinación por la atrayente Inesita, que el buen señor Oviedo, por muy honrado que fuera, no pudo menos que parar la oreja y fue a lamentarse ante un compadre suyo.

—Tal como digo a vuestra merced y compadre, me tiene sobremanera preocupado la insistencia con que se da vueltas por mi negocio el señor teniente ejecutor del Cabildo, don Pedro de Urquieta —le expresó—. Por lo menos dos veces al día se presenta en mi tienda. Y a mí ¡maldita la gracia que me hace aquello de que

la autoridad se lleve encima de mi negocio! Cualquiera puede pensar que mis balanzas, pesas y almudes no están en regla y que robo a mis clientes.

El compadre no pudo menos que reírse para sus barbas de la inocencia de su amigo.

—Cuídese, don Pedro —le aconsejó—, mire que hay muchos que adoran al santo por la peana.

El señor Oviedo movió la cabeza, estupefacto, sin entenderle, lo que movió a su compadre a ser algo más claro.

—Por las ramas se llega al tronco o viceversa —le refraneó. Pero como don Pedro siguiera sin comprenderlo, se exasperó y le preguntó a quemarropa—: Decidme, ¿atiende vuestra esposa el negocio?

—Sí, cuando no estoy yo, ella va al mostrador —confesó el incauto.

—Pues allí tenéis la explicación. Y no me preguntéis más, que no quiero pecar de chismoso. Y buenos días os dé Dios.

Don Pedro de Oviedo se fue rumiando lo aprendido. Habiéndose hecho luz en su cerebro, le vino un furor tremebundo. Sin embargo, deseoso de llegar a la comprobación de algo efectivo, se hizo el zorro rengo y esperó la ocasión de que el enamorado teniente ejecutor del Cabildo pasara otra vez por su tienda. Ese mismo día lo vio venir a tranco largo desde la Cañada y de inmediato preparó su plan.

—Inesita, aviso a vuestra merced que debo ir al fondo del sitio a acomodar unos sacos de cereales —dijo apresuradamente a su esposa—. Los pondré en la mediagua, por si llueve. Mientras tanto, servíos quedaros atendiendo el mostrador.

—Vaya no más vuestra merced —le respondió melosamente la señora.

El celoso marido hizo como que salía al patio, mas volvió enseguida en punta de pies a la trastienda y se ocultó tras una ruma de sacos. A todo esto asomó en el negocio el galante teniente del Cabildo, quien viéndola sola le expresó con avidez de lobo:

—¡Por todos los santos, qué suerte tengo, preciosa!

—Excusadme que tenga que atenderos yo —le replicó ella coquetamente—, pero mi marido está ocupado en el último patio, allá muy al fondo. ¿Qué se os ofrece?

—¿Qué se me ofrece? —exclamó el tenorio, relamiéndose—. Pues, ahora mismo os lo voy a demostrar, hermosura.

Y contorneando el mostrador fue a estrecharla vigorosamente entre sus brazos. Ella fingió una débil resistencia, pero por último se dejó besar a todo sabor.

Entretanto, don Pedro de Oviedo, con los ojos salientes de las órbitas y con la vara de medir en una mano, salió de la trastienda con ella en alto y, antes de que su mujer alcanzara a gritar un «Jesús», propinó un formidable trancazo en la cabeza al teniente ejecutor del Cabildo, quien quedó tendido cuan largo era y con una mancha sangrienta en plena crisma.

—¡Dios santo!, ¿qué habéis hecho? ¡Habéis muerto al teniente ejecutor! —gritó ella, tratando de protegerse de futuros palos, pero ello bastó para trastornar a su marido.

—¡Lo maté! ¡Oh, Dios santo! —gimió y emprendió rápida fuga hacia la trastienda.

—¿Adonde vais? ¡No me dejéis sola con el muerto! —le reclamó doña Inés. Pero su marido había recogido su chambergo y su capa y salía a escape hacia la calle, encaminándose hacia el Puente de Palo, del Mapocho.

Una semana más tarde, se embarcaba en Valparaíso, ocultamente, en un galeón que partía hacia Arica.

Así, con la fuga de su tímido marido, doña Inés Vega quedó libre de la noche a la mañana. Por su parte, el teniente ejecutor del Cabildo, que sólo había sufrido una rotura de cabeza, se empeñó en su causa ante la moza, ahora con mayor ardimiento.

—Bella Inesita —le argumentaba—, ya visteis cómo expuse mi vida por el amor que os profeso; y, sin embargo, os obstináis en mostraros esquiva conmigo. Habéis esperado a vuestro marido medio año y eso es ya suficiente decencia. No podéis condenaros para toda la vida a ser viuda sin serlo.

—Todo eso está muy atinado, señor teniente —le respondía ella —, pero vos no reparáis en que tengo un prestigio que defender. Soy una mujer casada y no puedo atender a otros amores sin infringir las ordenanzas severísimas que rigen en el reino. Vos sabéis que el corregidor y justicia mayor, don Pedro Martínez del Prado, ha dictado un bando de buen gobierno en el que ha dicho muy clarito: «Nadie sea osado de andar por las calles después de la

queda, ni entrar por motivo alguno a las pulperías de la ciudad, ni menos en las que gobiernen mujeres, pues a pretexto de compras se reúne concurso de gentes de ambos sexos, que cometen excesos sin ningún temor de Dios».

Naturalmente, el oficial del Cabildo no se tragó así no más lo del temor a la ordenanza y comenzó a sospechar que la decencia era una pamplina y que doña Inesita tenía su amorcillo muy oculto y muy discreto. Púsose a vigilarla y una noche pudo advertir que un hombre se deslizaba sigilosamente por la entreabierta puerta de la tienda. El teniente sintió tan fuertemente el despecho y los celos, como había sentido el garrotazo del marido hacía unos meses; y juró con su mano puesta en su vara de ministro de fe que habría de vengarse. En efecto, pese a que era cerca de medianoche, se dirigió a casa del corregidor a pasarle el chisme.

Esa Inesita Vega burla vuestras órdenes, Excelencia —resumió ante el corregidor—, e incurre en desvergonzamientos. Vuestra Excelencia podrá sorprenderla *in fraganti* si se toma la molestia de ir de inmediato a su casa con un par de alguaciles.

El corregidor frunció su terrible ceño. Siempre había considerado a la esposa del honrado don Pedro de Oviedo una mujer muy decente. Eso le olió a sarcasmo, a burla, y decidió ir de inmediato.

Minutos más tarde, sus alguaciles golpeaban rudamente con los pomos de sus sables en la puerta del almacén, a tiempo que proclamaban con solemnes y engoladas voces:

—¡Abrase a la justicia!

—¿Qué justicia llama a esta hora? —respondió temblorosamente la voz de doña Inesita desde el interior.

—La del corregidor de Santiago, en nombre de Su Majestad —le respondió don Pedro Martínez del Prado con su tono más importante.

Adentro se sintieron algunos trajines, a tiempo que ella contestaba nerviosamente:

—Sea servida Su Excelencia de esperar un momento, que me echo un rebozo sobre los hombros, pues estoy en cama.

—¡Y vaya si lo está! —gruñó por lo bajo el teniente ejecutor del Cabildo.

En ese instante, en el interior se oyeron claramente los ladridos

de un perro y las voces con que lo aquietaba la señora.

—¡Sal de ahí, «Carboncillo», y anda, vete para tu rincón! —Y dulcificando el acento se excusó ante el corregidor—: Perdone, Su Excelencia, pero es mi perro guardián, que me acompaña. Y es muy bravo el indino.

Los ladridos y gruñidos de la bestia crecían amenazantes, lo que movió al corregidor a prevenirla:

—Atad a ese perro, Inés Vega, no sea que me vea en la necesidad de atravesarlo con mi espada.

En ese momento se abrió la puerta y en la profunda obscuridad una sombra poderosa saltó en cuatro patas y se alejó ladrando por la calle.

—¡Maldito perro del demonio! —barbotó el corregidor—. Ha pasado por encima de mí y casi me bota. Os dije que amarrarais a ese animal. En fin, ¡indicadme ahora dónde está vuestro cómplice! Quiero saber quién es el atrevido que osa burlar mis órdenes, para que purgue condignamente su delito.

Como la mujer no articulara palabra, se dirigió a los alguaciles y les ordenó registrar la casa enteramente, echando un lazo pescuecero a cualquier hombre que hallasen. Mientras se realizaba el registro, doña Inesita sollozaba lamentosamente repitiendo:

—Me deshonráis con vuestras sospechas. ¿Por qué me insultáis en esta forma?…

—Nada de lagrimitas —gruñía el corregidor, pero tuvo que mudar de actitud cuando regresaron los alguaciles sin traer a otra persona que a una negra que habían hallado durmiendo a pierna suelta en la cocina.

Ardiendo en cólera por el chasco que había pasado, el corregidor cargó con el teniente ejecutor del Cabildo, a quien, al día siguiente muy temprano, hizo destituir de su cargo «por haber hecho burla de la autoridad», como expresaba en su rescripto.

Pero aún faltaba algo más que sufrir al celoso teniente ejecutor. Esa misma noche unos negros, que lo esperaron cerca de su posada, le aplicaron un acopio tal de garrotazos que lo dejaron inútil por mucho tiempo. Y lo curioso del caso fue que, después, llegó a enterarse de que el que mandaba a esos negros era cierto galante capitán de Cañones que, entre muchas otras gracias, tenía la de imitar con gran propiedad los gruñidos y ladridos de un perro

enojado.

Angelita Moreno, La Panderetera

Como en los dramones antiguos, en los que se contaban casos de robos de niños por tribus de gitanos o de hermosas princesas que desaparecían y aparecían como por arte de magia, en el viejo Santiago también hubo casos que provocaron espectaculares conmociones públicas. Tal fue, por ejemplo, el suceso acaecido en torno a una joven tonadillera que se presentó en el escenario metropolitano en 1693. Se llamaba Angelita Moreno, la panderetera.

¿Quién se acuerda hoy de la calle de las Ramadas? ¿Quién sabe que la actual calle Esmeralda, esa callecita corta cercana al Mercado Central, fue la famosa calle de las Ramadas? El nombre de esa calleja y de una plazuela que allí existía derivó de unas ramadas de paja, con vara para topear, instaladas al costado norte de la plazuela. Pues bien, en esa plazuela de las Ramadas hubo una casa modestísima, de largos corredores, en la que vivió una mujer solitaria. La historia de ella, en lo que se refiere a su permanencia en Santiago, podemos tomarla desde una sesión del Cabildo reunido una semana antes del día del apóstol Santiago en el año 1693.

El Ayuntamiento había concedido su autorización a un grupo de cómicos de la legua para que diera ciertas representaciones dramáticas durante las fiestas del patrono de la ciudad. Pero en el último momento el obispo de la capital, ilustrísimo señor Carrasco, opuso su veto categórico.

Los regidores, que estaban entusiasmados con cierto aspecto de las representaciones dramáticas y además comprometidos con los cómicos, se encontraron ante un dilema. Según ellos, las representaciones no tendían sino a solemnizar mayormente la fiesta del santo apóstol. Según el obispo, la aprobación del Cabildo había pasado solamente porque los regidores querían presenciar los

pecaminosos bailes de una tonadillera ecuatoriana que venía en la compañía.

—¡Todo el barullo que arma el obispo es a causa de Angelita Moreno! —protestaban los cabildantes—. A su Ilustrísima se le ha metido en la cabeza que sus bailes escobillados al son de pandereta son cosa del demonio.

Había algunos regidores que, más sinceros consigo mismos, reconocían que la tonadillera de marras tenía unas gracias que se le derramaban por todos los poros del cuerpo, y sobre todo unas pantorrillas que lucían muy gratamente en los giros de sus danzas o cuando golpeaba la pandereta levantando una pierna.

—¡Es graciosísima la ecuatoriana! —se secreteaban en los rincones de la Sala Consistorial—. ¡Quién diría que sólo tiene catorce años esa hechicera!

—¡Ah, y cuando baila…, por todos los santos!… ¡Cuando baila! —suspiraban los más ardorosos.

La verdad era que los que habían presenciado las representaciones de prueba que rindió la compañía, aguantaron con aire aburrido el desarrollo del drama titulado «El Moro y la Cruz», y sólo vinieron a despabilarse cuando éste terminó y salió a escena Angelita Moreno. Entonces sí que parecía que las sillas de paja en que estaban sentados los regidores se iban a descuadernar y que el tablado sobre el cual bailaba la pandereterа se hundiría al golpe de sus tacones.

Demasiado avisado era el obispo para no comprender que el drama interesaba a los regidores un ardite y que era lo otro, la tentación del pecado, encarnada en la tonadillera, lo que los movía a franquearles el permiso para actuar. Visto lo cual, Su Ilustrísima tomó el toro por las astas y pronunció la conminación extrema: «Pena de excomunión mayor tanto para los que asistan a las representaciones como para quienes las autoricen».

Muy a su pesar, los cabildantes tuvieron que resignarse a no volver a ver los bailes de Angelita Moreno, la pandereterа, y sus divinas pantorrillas.

Sin embargo, el regidor encargado de comunicar la mala noticia a los cómicos quiso sacar algún provecho, aunque fuera con malas artes, de la situación. Para ello, dijo al director de la compañía, que era un truhán de marca mayor, que el permiso le sería concedido en

el año próximo y que entretanto podían dar sus funciones en los pueblos vecinos a Santiago. Enseguida se entrevistó con el sereno encargado de la vigilancia de la calle de las Ramadas y, deslizándole una moneda entre las manos, le preguntó, como quien no quiere la cosa:

—¿No sabéis, por casualidad, si la tal Angelita Moreno ha contraído compromisos? —Aquí carraspeó engoladamente y, como el sereno mantuviera su cara de bobo, lo apremió con un seco—: ¡Vos me entendéis, qué caramba!

Y vaya que el ladino sereno entendía perfectamente cuáles eran las intenciones del regidor.

—Pues bien…, me parece… —comenzó lentamente, en espera de una segunda moneda, que no tardó en llegar a sus manos—. He oído hablar de cierto conocido capitán de Lanzas, cuarentón ya, que ha logrado interesar a la niña y se ve con ella, después de los ensayos, a despecho de los cómicos, que la cuidan como a su capital más precioso; que la mantienen como una prisionera, podría decirse.

—¡Mal haya estas mujeres, todas iguales! —gruñó el despechado regidor, terminando por conformarse con un despectivo—: ¡Bah, agua que no has de beber…!

Aunque no es nuestro propósito meternos en vidas ajenas ni hurgar más profundamente en las relaciones del capitán de Lanzas con la codiciada Angelita Moreno, para la continuación de nuestra historia debemos informar que, de pronto, la muchacha desapareció del bodegón que servía de teatro, se escabulló del poder de sus compañeros de farándula y fue a encerrarse en la casita de largos corredores de la plazuela de las Ramadas. Nadie más volvió a verla, sabiéndose sólo que vivía con una vieja de estampa de bruja, que salía todas las mañanas al mercado a comprar provisiones. Únicamente el sereno estaba enterado de que en las noches se abría la hermética puerta de la morada para dar paso a un embozado oficial.

Este mismo sereno, que logró averiguar el nombre del misterioso visitante, supo también que éste un día debió partir con sus soldados hacia la frontera de Arauco. Era el sereno un hombre sentimental y en muchas ocasiones se le humedecieron los ojos cuando, después, tratando de fisgonear por las hendijas de las

ventanas, oyó adentro de la casa llantos de mujer.

Así transcurrieron los meses. La curiosidad de la gente en torno a la solitaria moradora de la plazuela de las Ramadas se había extinguido casi, cuando en cierta ocasión el alguacil encargado de la vigilancia del barrio durante el día se reunió con el sereno de nuestro cuento.

—¡Por todos los santos, amigo sereno, no sabe usted lo que vengo de descubrir! —le espetó bastante impresionado.

Arrastrado por la misma curiosidad del sereno, se había dedicado durante semanas a espiar hacia el interior de la casa, y esa tarde, al asomarse por sobre la muralla del patio, logró ver…

—No me digáis nada —lo interrumpió el sereno—; visteis a la Angelita Moreno.

—A ella en persona —le confirmó el alguacil, e inflando los carrillos lanzó la noticia que lo tenía a punto de asfixiarse—: ¡A ella y a una criatura de meses en sus brazos; a un verdadero ángel rubio, con bucles de oro!

No necesitó más el romántico sereno para imaginar la totalidad de la historia. El afortunado capitán de Lanzas, sus visitas nocturnas, los llantos oídos a través de las ventanas, la partida sin regreso del oficial y… la criatura de meses en los brazos de Angelita Moreno. Que el buen hombre sufrió por la solitaria muchacha es indiscutible. Pero mucho más sufrió cuando una noche oyó a través de los cerrados postigos la voz de la cuitada que decía a su vieja doncella:

—¡Me engañó, Josefa, me engañó! Su obligación de partir a la guerra de Arauco no fue más que un pretexto para fugarse. ¡Pero algún día volverás a caer en mis manos, capitán! ¡Y entonces, de rodillas, me pedirás que te acepte!

Dos días más tarde, con las primeras luces del alba, cuando el sereno se disponía a terminar sus funciones, vio llegar un enorme carromato que se llevó todos los muebles y ropas de la casa, así como también a la Angelita Moreno y su rubia criatura. Después, no se supo más de ellas.

Quince años más tarde, el padre guardián del convento de San Francisco de Valparaíso se allegaba hasta la posada de don Silvestre

Ochoa para cumplir cierto delicado encargo. Acababa de desembarcar en el puerto doña Rosario Martínez de la Cueva, dama muy principal de Quito, quien llegaba en compañía de su joven sobrina doña María Muñoz de los Prados. Ambas damas venían muy recomendadas por el provincial de los franciscanos de Quito y todos los miembros de la Orden se dieron maña en atenderlas y buscarles alojamiento, mientras el mayordomo de la rica señora les arreglaba en Santiago una residencia definitiva.

Pronto se supo en la capital el arribo de damas tan importantes. En los salones se comentó que la tía era nada menos que la viuda de don Belarmino de los Prados, «Caballero Veinticuatro» de Sevilla, mayorazgo de casa Ruiz y maestre de campo de los reales ejércitos en Ecuador.

Por otra parte, desde la aduana de San Pablo se deslizó la noticia de que las señoras traían cuarenta y tres bultos de equipaje y que habían contratado a toda la tropa de mulas de Juan Gutiérrez Espejo para transportar sus enseres a Santiago. Por último, el mayordomo alquiló para ellas una lujosa casa del conde de Sierrabella, en la calle de las Agustinas, por la cual pagaron nada menos que catorce pesos y seis reales por cada mes. Una de las mejores casas de la capital.

Todo el vecindario, noble y galán, de la villa del Mapocho se agitó con la novedad, impresionado por el boato de las quiteñas y por sus gentilísimas estampas.

—¡Qué pareja de mujeres tan despampanantes! —llegó a exclamar el síndico de Santo Domingo, don Matías Antonio de Zarate—. La tía es la…, bueno, la tía más bizarra que ha caminado por estas calles.

—En cuanto a la sobrina, esa monada de quince años —opinó el corregidor, don Exequiel Zaravia—, debe haberse escapado de un cuadro de ángeles, para desasosiego de los santiaguinos.

En verdad, si la niña causaba desasosiego, la tía provocaba tempestades. Oidores, regidores, abogados, terratenientes, hasta rentistas de gastadas pelucas, se declaraban enamorados como colegiales de la tía o de la sobrina. La situación llegó a su punto culminante cuando doña Rosario Martínez anunció que ofrecería una fiesta en su casa con motivo de cumplir dieciséis años su sobrina y se supo que habían encargado a las monjas clarisas la

preparación de todos los manjares, bebidas y pastelillos que habrían de ofrecerse en el sarao.

Todos los ardorosos admiradores de las damas se prepararon para lanzarse a la conquista de sus esquivos corazones. Sin embargo, no contaron con lo imprevisto, y éste apareció en la noche de la fiesta bajo la forma de un elegante capitán de Lanzas, de cabellera negra y ondeada, surcada por numerosos hilos de plata, que llegó directamente de la frontera de Arauco. Era el capitán don Pedro de Aliaga, quien se presentó al sarao poseído por el más profundo asombro.

—He recibido una invitación perentoria, señores —dijo a los escasos conocidos que encontró—. No me explico por qué me convidan; no sé quiénes son estas señoras. Jamás he estado en Quito.

Comenzaba el sarao, atendido por la gentil sobrina y sin que se presentara la dueña de casa, cuando un negro se acercó al capitán Aliaga y le dijo en voz baja:

—Señor capitán, en el jardín del segundo patio está un caballero que necesita hablar con vos. Es urgente.

Profundamente extrañado, el oficial siguió al negro por la obscuridad de los corredores y, no viendo en el jardín iluminado por las brillantes estrellas a persona alguna, temió una emboscada. Se volvió al negro para averiguarle y notó que éste había desaparecido. Echaba mano a su espada, cuando ante él se presentó una forma humana envuelta en negra capa.

—Pedro, no temáis —le susurró una voz de mujer—. Soy yo. Hurgad en vuestros recuerdos y tratad de reconocer esta mi voz.

El capitán sintió que una ola de tumultuosas remembranzas lo sacudía entero al embrujo de aquella voz única.

—¡No puede ser! —balbuceó—. Sólo una mujer hablaba así. ¿Acaso…?

La sombra que lo enfrentaba dejó caer su capa y ante el oficial se mostró doña Rosario Martínez toda vestida de blanco, en la plenitud de su belleza.

—¡Angelita! —dejó escapar el capitán casi en un grito—. ¡Angelita Moreno!

—La misma de antes, Pedro —le confirmó la señora duramente —. Aquella desdichada Angelita Moreno, a quien, primero, un

grupo de cómicos facinerosos se robó de su casa de Quito, y a quien vos, después, dejasteis abandonada en la triste casa de la calle de las Ramadas; la misma que ahora vuelve como la rica señora Rosario Martínez.

—¡Y vuestra sobrina, doña María Muñoz de los Prados! —le inquirió el capitán, tembloroso, presintiendo la respuesta.

—Es mi hija…, ¡nuestra hija, Pedro! —le respondió fríamente la señora.

Y como el capitán, estremecido de emoción, abriera los brazos para, estrecharla en ellos, lo rechazó con fría urbanidad:

—No, capitán. Habéis entrado a esta casa, pero no volveréis a pisar sus umbrales mientras no lo hagáis con un sacerdote y, puesto de rodillas a presencia de toda la gente, imploréis, junto con mi perdón, mi mano. De lo contrario, nunca más me veréis a mí ni a nuestra hija.

La historia la termina de este modo un cronicón del siglo XVIII. Dice: «Fue extraño el caso de cierto capitán de Lanzas llamado don Pedro de Aliaga que una mañana se presentó con un clérigo ante la casa de una aristocrática quiteña y puesto de hinojos solicitó su mano. Más extraño todavía fue saber que esa dama había sido robada cuando niña por unos comediantes, que son gente ruin y descomulgada; la cual, regresada a Ecuador, recibió una mucha herencia en doblones. Con tal fortuna, casada ya con el capitán Aliaga, para no dar escándalo, se marcharon ambos al Alto Perú, en donde vivieron todavía muchos años, en paz y gracia de Dios y en haz de la Santa Iglesia».

Estampas de Tiempos Nuevos

El Duelo de Manuel Rodríguez

Muchas y muy pintorescas son las aventuras que forman la vida del famoso guerrillero Manuel Rodríguez, pero sin lugar a dudas una de las más interesantes fue la que corrió en 1816, en las serranías próximas a Melipilla, y en donde estuvo al borde de un terrible duelo, que bien pudo haberle costado la vida, de no intervenir su ordenanza Pascual Silvestre Corrales.

En el sombrío período de la Reconquista, después del colapso de la Patria Vieja en Rancagua, Melipilla y sus regiones circundantes fueron senderos de las guerrillas patriotas dedicadas a hostigar al ejército español para facilitar la entrada del Ejército de los Andes.

En diciembre de 1816, habiendo sido sorprendidos Manuel Rodríguez y su ordenanza por las fuerzas del coronel español Quintanilla, tuvieron que huir por los cerros en dirección a Melipilla, pero al llegar a las márgenes del Maipo se toparon con dos jinetes que avanzaban lentamente por el camino. Escondidos tras unos arbustos y dispuestos a carnear a los que se les acercaban, Rodríguez y Corrales esperaron con sus pistolas listas. Afortunadamente quienes venían eran dos huasos de Cauquenes, a los cuales los guerrilleros habían conocido en el fundo Las Pataguas. Se llamaban Edelmiro Galleguillos y Ramón Paso.

—Estos dos compañeros son patriotas y diablos como nosotros —celebró el ordenanza, a tiempo que les estrechaba las manos.

Rodríguez, que había visto diseminada su montonera, consideró de buen augurio este primer encuentro. No olvidaba ni un instante que su misión era despistar a los realistas sobre la verdadera ruta que seguiría el ejército del general San Martín y, al mismo tiempo, obligarlos a dividir sus fuerzas. Por otra parte, tenía a su cargo hacer el mayor perjuicio posible a los realistas, asaltando pueblos y haciendas, y congestionando los caminos. Su satisfacción se vio

colmada cuando el huaso Galleguillos le comunicó que él y su compañero venían de Melipilla, agregando enseguida con los ojos saltones de malicia:

—¿Y sabe, mi coronel? El gobernador del pueblo, que, por orden de Marcó del Pont, les ha cobrado muchas contribuciones a los patriotas, para proveer de armas a su ejército, tiene toda la plata guardada en su casa, porque todavía no han venido los recaudadores de Santiago a buscarla con una escolta de talaveras.

Oír aquella afirmación y pensar de inmediato en apoderarse de esos caudales fue todo uno para Rodríguez. Con pocas palabras logró entusiasmar a sus compañeros y se pusieron rápidamente en acción.

Esa tarde cruzaron el río Maipo por el vado de Naltagua y fueron a pasar la noche en el caserío de Lo Chacón, cerca de El Monte. Allí Manuel Rodríguez tenía un amigo, el capitán José Guzmán, miembro también del servicio de espionaje de San Martín y hombre de coraje insuperable.

Entre ambos discurrieron aquella noche la payasada que iban a hacer a los godos al día siguiente.

De alba galoparon hacia El Paico. En mitad de camino. Rodríguez detuvo a su caballo y procedió a revisar las armas que poseían. Él cargaba dos pistolas, un sable y una daga; Corrales, una tercerola y un cuchillo; Guzmán, un sable y una pistola; Galleguillos, un machete y una penca con alma de fierro; y Ramón Paso, solamente un corvo y su rebenque.

—Peor es nada —reflexionó Rodríguez filosóficamente—. Ahora nos vamos a instalar, aquí en el camino y atajaremos a cuanto huaso vaya o venga de Melipilla, para formar una montonera respetable.

Sin tardanza, los cinco hombres se alinearon a lo ancho de la senda, interceptando por completo el paso.

Antes de dos horas, habían juntado alrededor de ochenta huasos, de todos colores y trazas. Entonces Rodríguez los convidó para ir a apoderarse de Melipilla y repartirse la plata que los «sarracenos» les habían sacado a los chilenos y que tenía guardada en su casa el gobernador. Los huasos se entusiasmaron de inmediato y, al grito de ¡Viva la patria!, emprendieron el galope, armados de palos, picanas, chuzos y hasta hondas con piedras, en dirección a

Melipilla. Manuel Rodríguez cabalgaba a la cabeza, orgulloso de lo que él llamaba «su nuevo ejército». Serían las nueve de la mañana cuando entraron sorpresivamente al pueblo, arrasándolo todo y en medio de un chivateo pavoroso.

Sin detenerse en parte alguna, se encaminaron rectamente a la casa del gobernador, que era un individuo llamado Julián Yécora, a quien el guerrillero tomó preso, haciéndole entregarle al instante la caja con los caudales. Esta contenía solamente dos mil pesos, lo que despertó los recelos de Rodríguez, que se tradujeron en un registro total de la residencia, acto en el cual hasta los muebles y los colchones fueron destripados. Sin embargo, presintiendo que los talaveras podían llegar de un momento a otro, dispuso la aceleración de las acciones.

En el centro de la plaza, el guerrillero hizo formar a los ochenta huasos que lo habían secundado y comenzó a repartir la plata, dando a todos cantidades iguales. Como le sobraran algunas monedas sueltas y la porción que a él mismo le correspondía, las arrojó al aire, «a la chuña» como se dice en Chile, y todo el huaserío formó una batahola, disputándose, entre risotadas y encontronazos, las brillantes onzas o narigonas, como se las denominaba en atención a que en ellas estaba estampada la efigie del rey Carlos III, quien ciertamente tenía una abundante nariz.

Terminado este festivo asalto, el coronel Rodríguez volvió a ordenar a su gente y les dijo:

—Ahora, compañeros, hay que diseminarse. Pónganse a salvo lo más pronto posible, porque es seguro que no ha faltado un traidor que haya llevado el aviso a los talaveras, que deben venir en camino. De manera, niños, que cada uno para su santo y ¡hasta que nos volvamos a ver!

El huaserío no perdió un segundo en obedecer la orden y, poco más tarde, salían todos por los diversos senderos de Melipilla en dirección a los cerros.

Pero Manuel Rodríguez era hombre de una inquietud incontenible. Habiéndose enterado de que en el vecino caserío de Codigua estaba de facción un teniente español, se propuso ir a tomarlo prisionero. Escoltado por sus cuatro compañeros iniciales, llegó hasta ese punto y, valiéndose de la sorpresa, logró apresar al oficial, quien resultó llamarse Manuel Terreros. Era éste un hombre

muy arrogante y aristocrático; a tal extremo que, al verse arrestado, hizo acudir también a su ordenanza, para que lo acompañara en su infortunio y lo sirviera en el camino. Y entonces fue que comenzaron las penurias de Manuel Rodríguez y de sus acompañantes.

Mientras los soldados talaveras enviados por Casimiro Marcó del Pont buscaban afanosamente al guerrillero y sus hombres por los alrededores de Melipilla, para hacerles pagar con sus vidas la fechoría cometida, los cinco hombres con sus dos prisioneros a la rastra vagaban por los montes de las haciendas Culiprán, Santa Rosa y San Vicente, pasando hambres y fatigas.

Un día el huaso Galleguillos logró lacear un cabro en las laderas del monte y tuvieron la esperanza de resarcirse de las privaciones pasadas con un buen asado. Pero la mala suerte los perseguía. El cabro resultó ser un chivato viejo al que no pudieron ni siquiera hincarle el diente. A todo eso, los caballos que los conducían estaban tan maltratados por las caminatas a través de cerros y pedregales, que era una crueldad exigirles mayores esfuerzos. Además los dos prisioneros, que llevaban enancados Galleguillos y Guzmán, pesaban considerablemente. Fue, pues, forzoso apearse en el claro de un bosque y dar suelta a las cabalgaduras; ocasión que aprovecharon también los hombres para echar una siesta que los repusiera del cansancio. Fue ése el momento de imprevisión que habría de acarrearles una consecuencia funesta.

Al despertar, Rodríguez se apercibió de que el asistente del oficial español, pese a hallarse atado, se había fugado. El primer pensamiento del guerrillero fue que éste pudiera haber ido a juntarse con los talaveras que les seguían la pista y les indicara su paradero. Furioso, pensando que el oficial cautivo tenía que haber ayudado a su ordenanza en su fuga, lo enfrentó resueltamente.

—Dígame pronto hacia dónde se ha fugado su ordenanza.

—No lo sé —fue la seca respuesta del teniente Terreros.

Rodríguez echó mano al cinto y sacó su daga con ademán amenazador.

—Sí que lo sabe, y me lo va a decir inmediatamente o pasará usted un pésimo rato —le dijo.

El español se encogió despectivamente de hombros.

—Puede usted hacer lo que quiera conmigo, puesto que estoy en

su poder e indefenso; y no me sorprenderá que me mate cobardemente, pues el asesinato es de uso común en tropas de bandidos como la que usted manda.

El coronel Rodríguez sintió que se le encabritaba la sangre ante la insolencia del prisionero y levantó la daga como para sepultársela en el pecho, pero lo contuvo la voz del español, que agregaba sin inmutarse:

—Agregue a la patria que usted defiende un galardón más ultimando vilmente a un caballero.

Rodríguez bajó el brazo, se echó lentamente ambas alas del poncho sobre los hombros e inclinándose sobre el preso le dijo tranquilamente, a tiempo que le cortaba las ligaduras con su cuchillo:

—Yo también soy un caballero, tal vez más que usted, que no ha procedido francamente. Pero voy a creer en su palabra. ¿Cómo desea usted que lo castigue?

—¿Castigarme?… ¿Y por qué? —exclamó el español.

—Por haber insultado a la patria chilena y a uno de los jefes de su ejército, que soy yo. Teniente Terreros, se encuentra usted delante del coronel Manuel Javier Rodríguez Erdoyza, quien tiene la generosidad de concederle la elección del castigo que merece su complicidad en la fuga de un prisionero y la insolencia de sus palabras.

El oficial, verdaderamente impresionado al saber que se encontraba frente al famoso e inalcanzable coronel Rodríguez, murmuró en tono más mesurado:

—Soy un oficial del ejército real de España y debo enfrentar la muerte como tal. Respondo de mis palabras y de mis actos. Cuando se me provoca o insulta, reacciono como un caballero, si está en mi mano hacerlo.

La actitud resuelta del español despertó en Rodríguez su instinto caballeresco. Haciéndole señas de levantarse, sacó sus dos pistolas y puso una en poder del prisionero.

—Tome distancia de diez pasos y cuando yo golpee mis manos, vuélvase y dispare, que yo habré hecho lo mismo.

Vaciló un instante el español, pero al notar la sonrisa despreciativa que empezaba a insinuarse en los labios del guerrillero, replicó con energía, poniéndose en pie de un salto.

—¡Bien, acepto!

Los cuatro acompañantes de Rodríguez se quedaron impresionados, especialmente el ordenanza Pascual Silvestre Corrales, quien no comprendía para qué su coronel iba a exponerse en forma tan absurda. Quiso decírselo, pero él lo atajó, ordenándole:

—¡Calla y ve a ponerte junto al godo para que no me dispare a traición!

De un par de saltos, Corrales se emparejó al español y comenzó a caminar los diez pasos dichos al mismo compás suyo.

Pero Rodríguez cometió aún una imprudencia más. Habiendo dado los diez pasos, y mientras el teniente Terreros esperaba vuelto de espaldas el ruido de las palmadas, le dijo con voz firme:

—Vuélvase usted de frente y dispare cuando guste, que yo tiraré después que usted.

El español levantó el brazo armado y ya comenzaba a girar su cuerpo, cuando Pascual Silvestre Corrales tomó de pronto una resolución. Él no tenía nada que ver con la generosidad caballeresca. Sólo entendía que el español podía matar estúpidamente a su jefe. Así fue que, con un movimiento brusco, sacó su corvo y se lo clavó enteramente en el vientre al oficial Terreros, quien cayó al suelo retorciéndose, herido de muerte.

Rodríguez contempló la escena con los ojos desorbitados y reaccionando en forma frenética se abalanzó sobre su ordenanza, gritándole:

—¿Qué has hecho, miserable? ¡Asesino!

Y, sin contemplaciones, disparó su pistola sobre Pascual Silvestre Corrales, a boca de jarro, tumbándolo en el suelo con un hombro atravesado.

Un rato más tarde, mientras el ordenanza soportaba el sufrimiento, tratando de contener la sangre que le brotaba de la herida, Manuel Rodríguez y sus otros compañeros dieron sepultura al cadáver del oficial español.

—¡Qué diablos, yo no tenía por qué matarlo! —gruñía en su dolor el ordenanza—. Pero tampoco podía permitir que por una tontera mi patrón fuera a recibir una bala de un godo. ¿Cómo iba a dejar que el otro lo matara «por la pura alverja»?

Así debió comprenderlo después el impetuoso Manuel

Rodríguez, ya que, según cuentan las crónicas, no sólo perdonó a su fiel asistente, sino que se esmeró en curarlo y juntos prosiguieron en sus aventuradas correrías.

La Sórdida Muerte del Coronel Primo de Rivera

Hace algunos años el poderoso y renombrado general español Primo de Rivera, marqués de Estella, diseminó emisarios por Chile y Argentina tratando de encontrar los restos de su tío abuelo paterno, el coronel Joaquín Primo de Rivera, desaparecido en la batalla de Maipú. Su propósito era repatriarlos y darles sepultura en el mausoleo de su antigua familia. Pero jamás pudo encontrarlos.

Don Joaquín Primo de Rivera era un hombre joven y arrogante cuando embarcó hacia el Perú, poco después de la restauración del rey Fernando VII, en calidad de segundo jefe del Regimiento «Infante don Carlos». Apenas llegado a Lima recibió su ascenso a coronel de manos del virrey don Joaquín de Pezuela y Sánchez, quien lo puso al mando del veterano regimiento «Burgos», famoso por sus acciones en la guerra contra Napoleón y uno de los más distinguidos en la batalla de Bailén.

Todavía no adaptado a las costumbres sudamericanas, el coronel Primo de Rivera debió partir hacia Chile en la expedición del brigadier Mariano Osorio, desempeñando el alto cargo de jefe del Estado Mayor. Pero desde el momento de su desembarco en Talcahuano el hilo de su historia comenzó a retorcerse.

La expedición enviada para vengar la derrota de Chacabuco y restablecer en Chile la autoridad del monarca español permitió al coronel Primo de Rivera demostrar su arrojo y acometividad, aunque esto le valió entrar en pugna con las ideas del general en jefe, don Mariano Osorio, partidario de una política prudente. Inútil era que el joven coronel repitiera a su jefe que los miembros del regimiento «Burgos» eran los vencedores de las tropas napoleónicas.

—Sí, si eso ya lo sé —le respondía el brigadier Osorio en forma

reticente—. Pero también conozco las dotes del soldado chileno.

A pesar de todo, la política guerrera del joven coronel tuvo sus éxitos; el combate de Quechereguas y la sorpresa de Cancha Rayada pusieron al ejército patriota en un tris de ser arrollado definitivamente. Sólo el desesperado heroísmo de Freire en Quechereguas pudo evitar el desastre. Aun se cuenta que en los momento en que Freire huía protegiendo la retirada de sus tropas, lo alcanzó Primo de Rivera con un cintarazo que el chileno logró desviar, a tiempo que daba cara a su adversario. Lucharon a sablazo limpio durante algunos minutos, pero acudiendo algunos soldados en auxilio del chileno, el español se vio forzado a abandonar su presa, aunque reteniendo en sus manos el quepis de Freire y un mechón de sus cabellos.

En la sorpresa de Cancha Rayada Primo de Rivera desempeñó un papel brillante y suyos fueron los laureles de la victoria, como lo expresó al virrey del Perú don Mariano Osorio: «Nuestras tropas envolvieron a las del enemigo y las obligaron a huir en desorden, abandonando sus bagajes y más de quinientos muertos. Si no hubiera sido por el arrojo desesperado de algunos jefes enemigos, el coronel Primo de Rivera habría liquidado allí al altivo y orgulloso ejército de
O'Higgins».

Sin embargo, esta brillante trayectoria tuvo su ocaso definitivo en Maipú. Los destacados jefes españoles que se llamaron Ordóñez, Morgado, Latorre, Morla, Berganza, Berroeta y tantos otros, con Primo de Rivera a la cabeza, se vieron obligados a rendir sus espadas a los patriotas. Aprisionados fueron traídos a Santiago y alojados provisionalmente en el palacio del Consulado. A los pocos días, por disposición del general San Martín, el coronel Primo de Rivera, Ordóñez, Morgado y cincuenta jefes más, trasmontaban la cordillera camino de San Luis de la Punta, en la República Argentina, como prisioneros de guerra.

Según cuenta un ilustre historiador, «el caserío de San Luis de la Punta era un presidio aislado y seguro, donde los más ilustres caudillos de España irían a purgar en dura proscripción su noble fidelidad a su rey. Era lo mismo que los virreyes de Lima habían inventado en las islas del lago Titicaca contra los más esclarecidos patriotas del continente; era la represalia que los chilenos

imaginaron contra el presidio de las islas de Juan Fernández».

La primera autoridad del lugarejo tenía el pomposo título de teniente gobernador y era un mestizo de Buenos Aires llamado Vicente Dupuy, hombre cobarde y cruel; el tipo preciso del sayón y carcelero. Al principio se atuvo a las instrucciones precisas emanadas de San Martín, las cuales le exigían guardar en seguridad a los prisioneros, pero dispensándoles un trato respetuoso de acuerdo con su calidad, librándoles de humillaciones innecesarias.

Para esto se les designaron como residencia ciertas casas, y se les otorgó absoluta libertad para movilizarse dentro de los límites del pueblo, para reunirse entre ellos, hacer vida social e incluso conservar sus ordenanzas de servicio.

Pero muy pronto los nobles españoles fueron dándose cuenta de la calaña de su carcelero. Comprobaron que era un hombre de costumbres estragadas y ruines, capaz de cometer las mayores infamias. Se les encendió la sangre de coraje cuando se enteraron de que aquel bruto lascivo había llegado a atentar contra la viuda de Juan José Carrera, fusilado en Mendoza. La hermosa y digna Ana María Cotapos era profundamente respetada por los militares españoles y el saber que Dupuy había intentado violentarla una noche los puso fuera de sí. No obstante, las simpatías de los vecinos del pueblo lograron apaciguar sus ánimos.

Primo de Rivera, en el apogeo de su juventud, de gallarda apostura y de cultura refinada, fue magníficamente acogido en el hogar de don Nicolás Bustamante, cuya hija, Carmencita, de veinte años de edad, era la más hermosa niña de San Luis. No tardó el galante coronel en ser un rendido admirador de la jovencita y en recibir de ésta una afectuosa reciprocidad.

Pero una figura siniestra cayó de pronto en San Luis. Venía en falsa condición de prisionero y era un mestizo de negro, al igual que Dupuy. Se llamaba Bernardo Monteagudo y había sido fiscal y auditor de guerra del Ejército de los Andes.

La explicación que se dio de su relegación en San Luis fue el haber caído en desgracia con
O’Higgins.
Se decía que San Martín había sorprendido en Mendoza una carta firmada por ese individuo y llena de insidias contra el general chileno.

Si Dupuy era despreciable, Monteagudo tenía fama de astuto y perverso. Desde el primer momento se apoderó de la voluntad del teniente gobernador y comenzó a moverse por San Luis como una autoridad.

Una tarde, cuando el coronel Primo de Rivera visitó a Carmencita Bustamante en su casa, ésta le dijo con aire preocupado:

—Ayer ha venido a visitarnos ese señor Monteagudo y, o mucho me engaña la intuición, o ese hombre ha puesto sus ojos en mí. Hay en su mirada el brillo de pasiones perversas. Al notar mi repulsa a sus requiebros, conocedor de nuestras relaciones, Joaquín, se puso a decir que los prisioneros españoles estaban recibiendo un trato demasiado benigno y que él intervendría para modificar eso. Temo, Joaquín, que ese hombre, impulsado por el despecho, buscará la forma de haceros daño.

Efectivamente, el despecho que inundaba el rencoroso corazón de Bernardo Monteagudo lo llevó a convencer al teniente gobernador Dupuy de que a los oficiales españoles, por su calidad de prisioneros de guerra, debía negárseles, por peligrosa, la libertad de que gozaban y sus relaciones con familias del pueblo.

Aquella misma tarde el teniente gobernador prohibió por bando que los desterrados salieran de noche y, de ahí en adelante, se desataron una serie de restricciones en contra de ellos. Se les limitaron las horas de salida de sus habitaciones, se les prohibió formar grupos y visitarse. Hasta que el 8 de febrero de 1819 una última disposición de Monteagudo hizo germinar en los espíritus altivos de los jefes españoles la idea de un levantamiento desesperado. El capitán Carretero se enteró de que se proyectaba dispersarlos por grupos en diversos parajes inhóspitos de la provincia de Cuyo.

Por último, el coronel Primo de Rivera sufrió la venganza del retorcido Monteagudo: la familia de Carmencita Bustamante fue desterrada de San Luis y debió partir al momento, abandonando todos sus bienes.

Aquella misma noche, burlando la vigilancia de los guardias, los españoles se reunieron en la casa del capitán Carretero. El que llevaba la voz cantante era el coronel Primo de Rivera.

—Tenemos que escoger entre morir matando o morir botados como perros en esta pampa solitaria —les susurró—. Yo estoy por lo primero. Si tenemos éxito, trataremos de alcanzar hasta las tolderías de los indios pampas y luego pasar hacia Chile a través de los Andes para solicitar la ayuda de los pehuenches e incorporarnos a las montoneras realistas de Vicente Benavides.

De acuerdo todos, se determinó dar el golpe a la mañana siguiente. Se apoderarían del teniente gobernador, de la cárcel y del cuartel militar. Lamentablemente, sólo disponían de su coraje, de cuchillos de mesa y de garrotes que habían fabricado a escondidas.

Al día siguiente, lunes 9 de febrero, cuando el teniente gobernador Dupuy abrió su despacho, que no era sino una rústica sala provista de una mesa y sillas, se presentaron ante él los capitanes Carretero, Morgado y Morla, encabezados por el coronel Primo de Rivera. Escoltados por sus ordenanzas llegaron en aparente son de paz y se colocaron ante el mestizo.

—Buenos días, señor gobernador —le dijo el capitán Carretero, simulando cordialidad—. Le traemos un memorial escrito con algunas peticiones que deseamos hacerle.

Esgrimiendo un papel, contorneó la mesa y se puso a un costado del teniente gobernador.

—¿Este es el memorial? —alcanzó a decir Dupuy extendiendo su diestra, cuando el capitán Carretero lo golpeó rudamente en la cabeza con un corto garrote que llevaba oculto en una manga. El mestizo no quedó aturdido y comenzó a arrancar por la habitación, suplicando que no lo mataran, siendo perseguido enconadamente por el oficial, que intentaba acallar sus gritos.

En el intertanto, el ordenanza del teniente gobernador se escabullía por la puerta y salía a la calle clamando auxilio y poniendo en alarma a toda la población.

Carretero había logrado arrinconar a Dupuy y enarbolando su garrote sobre la cabeza del mestizo le decía:

—Va usted a firmar de inmediato una orden para que se nos entreguen las armas del distrito. Y nos protegerá. Su vida será nuestra garantía. Nuestros compañeros se apoderan en estos momentos de la cárcel y el cuartel; de modo que es inútil la resistencia.

Pero los militares españoles estaban engañados. Su complot

había sido delatado por un sirviente y Monteagudo alcanzó a prevenir a los guardias y soldados, de modo que, cuando los otros jefes hispánicos intentaron tomarse la cárcel y el cuartel, fueron recibidos a tiros y ultimados sin misericordia.

Luego, terminada la macabra faena, los soldados y el populacho se abalanzaron sobre la gobernación y derribaron la puerta.

Todo el plan, descabellado como era, había fracasado desastrosamente. Los cuatro jefes españoles que estaban en la sala del teniente gobernador defendieron sus vidas con desesperación, pero sucumbieron bajo el número de sus atacantes. Morgado, Morla, Ordóñez y Carretero fueron destrozados a garrotazos; sólo el coronel Primo de Rivera, más afortunado que sus amigos, encontró al alcance de su mano una carabina y, mordiéndola por la boca del cañón, se disparó un tiro en el cerebro, sucumbiendo así por su propia mano, antes que entregarse a sus brutales perseguidores.

La conjuración de San Luis no era un plan político, ni siquiera un motín de cuartel; fue un mero arranque de irresistible frenesí, provocado por el deseo de libertad y por las humillantes medidas que contra ellos se tomaron, medidas astutas y perversamente calculadas por Bernardo Monteagudo para asesinar a los prisioneros, bajo el pretexto de que habían intentado rebelarse.

Así pereció el coronel Joaquín Primo de Rivera, uno de los soldados más nobles y valerosos que España envió a Chile para reconquistar el reino. Su cuerpo, como los de sus compañeros, fue abandonado en la pampa para alimento de los buitres y los perros hambrientos.

La Montonera Bárbara

Existen personajes en la tradición de Chile que, aunque tuvieron una existencia real, han pasado a la historia envueltos en los velos de la leyenda. Este es el caso de los cuatro hermanos Pincheira, que habiendo comenzado como montoneros, terminaron convertidos simplemente en bandidos. Por espacio de quince años, desde 1817 hasta 1832, ellos fueron los amos y señores del distrito llamado La Montaña, que abarcaba desde Linares hasta el
Bío-Bío.
Pero muchas veces, ensoberbecidos de poderío y ambición, llegaron hasta asomarse a las puertas de Santiago. Esta es la leyenda de los Pincheira en lo poco que se sabe desde su nacimiento hasta su muerte.

Culebreando junto a la sonora corriente del río Renegado, se abre paso el camino que asciende a la zona de bosques y barrancos del que en otros años se llamó el distrito de La Montaña, el cual tiene como telón de fondo el impresionante nevado de Chillan. Pasado el caserío de Recinto, el cajón por donde corre el río se amplía en un encerrado valle de precordillera, cuyos montes laterales se cortan en farellones cubiertos de enmarañada maleza.

Al comenzar el valle nace el abrupto cordón montañoso de Las Bravas, que presenta en su costado derecho un paredón de piedra de cuatrocientos metros de altura. Allí, en su base, se abre la gigantesca boca de una caverna; ésta es la llamada Cueva de los Pincheira. Desde lo alto del farellón se descuelga un arroyo tendiendo una bulliciosa cortina de agua sobre una parte de la entrada.

Aquélla fue la primera guarida de los bandidos Pincheira, y la más cercana a la ciudad de Chillán. En los años en que los cuatro bandoleros reinaban en el distrito de La Montaña, una hilera de frondosos árboles se levantaba apegada al paredón haciendo invisible la brecha. Los que conocían el secreto de su existencia entraban a ella por un costado, pasando por debajo de la cascada. Era una madriguera que permitía a la cuadrilla hacerse humo ante sus perseguidores. En sus muros y hasta en el techo tiene numerosas inscripciones practicadas a cuchillo en la roca viva. Son iniciales y fechas que recuerdan el paso de los montoneros alzados contra las tropas patriotas entre los años 1817 y 1832.

No era éste el único refugio de los Pincheira. Poseían varias otras cuevas cordillera adentro, y más allá del nevado de Chillán, pasada la actual frontera, se hallaba su guarida principal. Estaba a dos mil quinientos metros de altura, en el Valle de los Jirones, sobre un elevado promontorio vecino a las dos lagunas de Epulafquén. Los montoneros la llamaban Malal de Malbarco. Era en ese lugar donde guardaban el botín de sus salteos y especialmente las mujeres blancas que cautivaban en los pueblos de la comarca.

Según las crónicas de la época, en los años de mayor poderío de la montonera tuvieron un verdadero poblado en el Malal de Malbarco. Las huestes de los Pincheira llegaron a sumar más de dos mil hombres, y cuando fueron dominados por tropas del ejército mandadas por el coronel Manuel Bulnes, reunían más de mil cautivas y varios millares de niños que los bandoleros habían tenido en ellas. Su toldería de cuero de potro se extendía en una amplia área en torno a las lagunas de Epulafquén y en el resto del Valle de los Jirones pastaban nutridos rebaños de caballos y vacunos.

Actualmente, en las noches que envuelven al valle con su manta negra en la que titilan las estrellas brillando como espuelas nazarenas, las gentes del lugar creen sentir el ruido vertiginoso de cabalgatas que pasan junto al río Renegado para ir a perderse cerca de la Cueva de los Pincheira o en el extremo superior del valle, donde penetran los caminos en la cordillera. Posiblemente son caballos que corren abajo, en el caserío de Recinto, pero el desfiladero encajona los ruidos y no hay quien pueda convencer a los campesinos que no son las ánimas de los Pincheira. Más aún, cuando hay luna, su luz se quiebra contra la cortina de agua de la

cascada y, por un raro fenómeno óptico, se ve allí una mula blanca. Los labriegos afirman que es la mula de José Antonio Pincheira, que, como antaño, está esperándolo frente a la guarida.

Ahora bien, ¿quiénes eran los Pincheira?

El viejo Martín Pincheira, tronco de la sanguinaria familia, fue un honrado inquilino de la hacienda Lloycalemu, en el distrito de Parral, de propiedad del fanático realista don Manuel Zañartu. Allí nacieron los seis hijos, cuatro hombres y dos mujeres. Posteriormente, Martín Pincheira se trasladó a la hacienda montañosa de Cato, del mismo señor Zañartu, donde los muchachos crecieron en contacto estrecho con la cordillera. Por orden de edad, sus nombres eran los siguientes: Antonio, Santos, Pablo y José Antonio.

Poco antes de la batalla de Chacabuco, el mayor, Antonio, se alistó en el ejército realista y al producirse la batalla de Maipú ostentaba las jinetas de cabo. Perseguido por los patriotas triunfantes, buscó refugio en la montaña natal, en compañía de otro mocetón que habría de emularlo en fechorías en los años posteriores. Éste era José María Zapata.

Consumada la derrota del ejército de línea realista, el brigadier Osorio abandonó el territorio chileno por Talcahuano y quedó al frente de los restos de las fuerzas el brigadier Francisco Sánchez, apodado «El Gallego». Éste emprendió una dramática retirada hacia Valdivia arrastrando consigo a gran parte de la población pencona, incluso a monjas y religiosos. Pero hubo un jefe de su tropa, el sargento mayor Vicente Benavides, que se negó a acompañarlo en esa fuga y, rebelándose, formó montoneras entre Chillán y Concepción. Sanguinario y de una brutalidad de insano, Vicente Benavides ha pasado a la historia con el apodo de «La hiena de Quirihue», de donde era oriundo.

A su primitiva hueste de soldados se plegaron todos los bandidos y aventureros de la región y, posteriormente, los indios más belicosos de Arauco y de la cordillera. Entre los jefes de montoneras que lo acompañaban en esta guerra a muerte que declaró a los patriotas, los más famosos fueron el mencionado José María Zapata, Juan Manuel Picó, apodado
«Boca-negra»;
el cura Juan Antonio Ferrebú, párroco de Rere, y los cuatro

hermanos Pincheira. Éstos, encabezados por el hermano mayor, se habían refugiado en la toldería de los indios pehuenches, pasando por el boquete cordillerano de Alico. Allí firmaron alianza con los caciques Martín Toriano, Juan Neculmán y el feroz Chuica. Pero este pacto de sangre fue firmado también por un personaje extraordinario, que alcanzaba algo así como la categoría de toqui cristiano entre los pehuenches, don Antonio Bocardo y Santa María. Conectados con las fuerzas de Benavides a través de desconocidos recovecos de La Montaña, los Pincheira se dispusieron a dar su primer golpe en septiembre de 1819.

Mandaban las fuerzas defensivas de Chillán su gobernador, capitán Pedro Nolasco Victoriano; el capitán Pedro José Riquelme, motejado «El Ñego», que era pariente lejano de Bernardo O'Higgins, y el alférez Manuel Jordán. Estos tres jefes se disputaron durante varios años las palmas de quién mataba más bandidos con menos tiros, es decir, acudiendo las más de las veces al sableo o al degüello con cuchillo. Sus soldados andaban vestidos con pedazos de alfombras y sus pies sin calzado los envolvían en trapos viejos; y en tal abandono no era cosa prudente malgastar los escasos tiros que poseían.

El 19 de septiembre de 1819, aprovechando la circunstancia de que Victoriano y «El Ñego» habían partido hacia Tucapel para castigar al montonero Pedro López, los cuatro Pincheira se descolgaron sobre Chillán con pavoroso chivateo y se tomaron la ciudad a sangre y fuego. Fueron trescientos hombres con quince jefes y los cuatro Pincheira los desalmados sin Dios ni ley que se apoderaron de la ciudad, incendiando, matando a los pobladores y violando a las mujeres. Pero, en tanto se entregaban a la más desaforada orgía, fue avisado el capitán Victoriano, quien volvió grupas con sus hombres y cortó la retirada a La Montaña a los montoneros, haciendo una terrible carnicería entre ellos. Sólo salvaron los Pincheira con el teniente Vicente Elizondo, «el legañoso» Hermosilla y catorce hombres. Éstos volvieron a emboscarse en la cordillera y rehicieron su hueste en el Malal de Malbarco, guarida que habían descubierto hacía poco en el Valle de

los Jirones.

El l.º de noviembre de ese año descendieron otra vez sobre Chillón, se apoderaron de la ciudad, la incendiaron y se robaron a cuanta mujer cayó bajo sus ojos, retirándose con ellas a su escondida madriguera.

En su trayectoria desde el Paso de Alico, por San Fabián, los Pincheira tenían otro malal o guarida en el fundo «Roble Huacho», de propiedad del realista don Manuel Vallejo. Allí mantenían un curioso sistema de vigilancia, distribuyendo centinelas en las espesuras de las gargantas cordilleranas, los que se comunicaban con el campamento central mediante golpes de hacha propinados en ciertos árboles. Esta «señal del hacha» corría a través de leguas e impedía que entraran intrusos al territorio de la montonera.

El 4 de enero de 1820 los Pincheira se precipitaron desde «Roble Huacho» sobre San Carlos, que estaba defendido por el comandante Justo Muñoz y una docena de soldados, los cuales se refugiaron en la plaza foseada y avisaron al gobernador Victoriano a Chillán. Entretanto los montoneros conquistaron el pueblo, sembrando la muerte y el espanto. Se retiraban al malal de «Roble Huacho», cuando el terrible capitán Victoriano les interceptó el paso en Monte Blanco. Los montoneros iban entorpecidos por el botín que cargaban; casi todos ellos llevaban una cautiva en el arzón de la montura y otra al anca; muchos cargaban niños para venderlos como esclavos, a la mayor parte de los cuales, al comenzar la refriega, degollaron para que no les estorbaran.

La matanza que realizaron los soldados patriotas fue horrible, y aunque muchas de las cautivas murieron también, otras lograron ser rescatadas.

Uno de los protagonistas, el dragón José Verdugo, contó en su parte de combate al regresar a Chillan:

«Yo estuve cerca de media hora, parado a caballo, porque una linda niña me tenía la pierna abrazada con estribera y todo; ella, con rodillas en tierra, envuelta en un mar de lágrimas, diciéndome estas expresiones que jamás se me olvidarán:

»—Mi libertador, lléveme, que toda la vida seré su esclava en la misma posición en que usted me ve, y más, si mi madre y mi hermana se han salvado, también serán esclavas suyas».

Fue entonces que comenzó la retaliación.

«Todo soldado o sirviente del enemigo que se halle disperso será fusilado», rezaba el drástico decreto del Gobierno de Chile en respuesta a las depredaciones de los bandoleros. Era la Ley del Talión: ojo por ojo, diente por diente. Al mismo tiempo partió de Santiago tropa veterana al mando del coronel Joaquín Prieto. Eran quinientos veinticinco soldados dispuestos a disputarle La Montaña a los Pincheira a cualquier precio y usando los mismos salvajes procedimientos de éstos.

No obstante, Antonio Pincheira aún alcanzó a tomarse nuevamente Chillan y después Linares. Allí, en medio del incendio, tras haber dado muerte con sus propias manos al gobernador, el bandido fue alcanzado en el vientre por una bala loca y cayó entre los muros ardientes de la gobernación, pereciendo quemado vivo. Su lugarteniente José María Zapata se robó a la hija del difunto gobernador, llevándosela a La Montaña en ancas de su caballo.

El segundo hermano, Santos, no alcanzó a tener el comando de la montonera mucho tiempo. Meses más tarde, en plena lucha de represión, pereció ahogado en el río Renegado, al huir ante un pelotón de soldados que lo perseguía encarnizadamente.

Lo sucedió en el mando Pablo, el más feroz y cruel de los hermanos. Éste mantuvo el cetro de los bandidos durante nueve años, asolando la región con sus continuas malocas. Bajo su tiránico mando, la montonera creció hasta sumar más de dos mil hombres y el escondido Malal de Malbarco se llenó de cautivas y de hijos que ellas iban teniendo.

Finalmente, por cuestión de mujeres, su principal lugarteniente, Francisco Rojas, lo vendió al general Manuel Bulnes, que había tomado el comando de las tropas que trataban de exterminar a la banda. Rojas tendió una emboscada a su antiguo jefe en «Roble Huacho», adonde lo hizo acudir, al mismo tiempo que señalaba a Bulnes los senderos para llegar a ese sitio y el código de las señales del hacha. Pablo Pincheira cayó prisionero y en el mismo sitio, encerrado en una choza, el general Buines lo hizo sablear, decapitar y descuartizar, colocando sus restos mutilados en diversos caminos de la montaña.

El último de los hermanos, José Antonio, huyó al Malal de Malbarco, pero hasta allí llegaron las tropas de Bulnes y lo sitiaron. Viéndose perdido, este montonero, que era el más humano de los

cuatro bandidos de su nombre, se acogió al perdón que le ofreció Bulnes y firmó un pacto comprometiéndose a no tomar nunca más las armas.

El Malal de Malbarco fue desmantelado y las mil ciento ocho cautivas que allí vivían fueron conducidas a Chillán, como atemorizado rebaño. Casi todas ellas vestían chamal indio y arrastraban a sus numerosos hijos, cobrizos como los indígenas o los bandoleros.

Así terminó el pavoroso reinado de los Pincheira en el distrito de La Montaña. El único sobreviviente de la familia, José Antonio, quedó como mayordomo de la hacienda «Quillay», del general Prieto, y de él descienden numerosas familias Pincheira establecidas en Monte Águila y Temuco.

Pero, aun cuando la memoria de los cuatro bandidos perdura solamente como una leyenda, las gentes que habitan los campos del que fuera el distrito de La Montaña aseguran que en las noches de invierno oyen galopar a los Pincheira y hasta sienten el espeluznante chivateo de los indios que los acompañaban. Y en el interior de la cueva de los bandoleros, cercana a Chillán, en ciertas noches de tormenta, se suelen oír sus carcajadas en sordina y las voces sumisas de sus cautivas.

La Apuesta de los Mineros

Por su geología y por el carácter aventurero de sus hijos, el norte de Chile es tierra de mineros y de hombres que aman el juego, el azar, el entregarse por entero a una peripecia de la suerte. El excavar metro a metro la entraña de la tierra en busca de la veta soñada, el lanzar las cartas de un naipe pensando que llegará el momento de gritar: ¡ahora sí, ahora sí que la tengo!, es la característica del nortino. Pues bien, éste es un caso real que narra la más extraordinaria apuesta realizada entre mineros del norte, en la que dos hombres eminentes se jugaron…, ¡bueno, esperen, que ése es el hecho que vamos a relatarles!

El minero y el jugador recorren caminos muy semejantes, generalmente caminos que se juntan. Prueba de ello la dio el acaudalado minero copiapino don Vicente Cumplido, a quien la diosa fortuna había sonreído durante mucho tiempo. Don Vicente Cumplido fue como una fábula luminosa durante años en la floreciente Copiapó. Era un hombre impresionante sin esfuerzo, majestuoso, varonil. En sus labios se dibujaba una sonrisa semidesdeñosa, digna del que siempre alcanza el éxito. La gente comenzaba a sospechar que tenía pacto con el diablo.

—Gana demasiado dinero —se decían—. Este hombre no se broceará nunca. Barras de plata le dan sus minas y en las mesas de juego gana mucho más.

En efecto, así era. Sobre el tapete verde, casi todos los mineros ricos de Copiapó habían pagado subidos tributos a la suerte del señor Cumplido. En las últimas semanas fue don Tomás Gallo quien cayó derrotado ante él. Pero al hermano del fogoso político don Pedro León Gallo aún le quedaba su más fabulosa mina, «La

Descubridora», de Chañarcillo, la veta rica que descubriera Juan Godoy.

Todo el pueblo sabía que también ésta sería expuesta sobre el tapete y los hombres viejos meneaban la cabeza.

—Dios consiente, pero no siempre —sentenciaban—. Don Vicente Cumplido es demasiado insolente con la suerte. Lleva la vida que quiere. Hizo construir un teatro con mucha seda y pintura y mármol, para lograr atraerse a bellas artistas, de esas que cantan y bailan o hacen comedias. Todos los días, después de las funciones, derrama el oro y el *champagne* y, ¡es claro!, ninguna le resiste.

—Y pensar que su esposa es una santa —suspiraban las viejas— y linda como una reina. Solamente doña Teresa Blanco y doña Tadea Lagos se le pueden comparar. Ella es la única que lo puede salvar del infierno.

Pero los copiapinos pensaban que al señor Cumplido no lo salvaba nadie del infierno. Muchos aseguraban haberlo visto al salir del club, después de desplumar a todos los demás mineros, y montar al coche que lo llevaría a su mansión; y juraban que se le sentaba al lado un caballero alto, de capa, con el que conversaba largamente. Otros decían que se iban a pie, platicando, y que al señor alto de capa no se le oían los pasos, ni se le veía la sombra. Pero, en cambio, sí se veía que lo rodeaba una aureola de llamitas azules. Era el diablo, sin duda.

Don Vicente sabía de todos estos comentarios y se sentía halagado. Le gustaba ser un hombre de leyenda. Era cierto que sus minas le daban millones, que ganaba siempre en el juego y que edificó el teatro para entrar en contacto con las más grandes artistas del mundo. Pero lo hizo por amor a la belleza, no por ansias propias. Su ambición, como la de todos los patricios de Copiapó, era que su ciudad llegara a ser la capital de Chile; por algo era la fuente máxima de la riqueza, del sueño, de la libertad.

Su último contendor de juego, don Tomás Gallo, era otro hombre de romance; pensaba y sentía como él. Por eso, una noche en el club lanzó el reto que todos estaban temiendo. Lo hizo con una sonrisa, sentenciosamente, como hablan los mineros.

—Soy minero, y no me asusta volver a escarbar los cerros —dijo —. Además, tengo metido entre ceja y ceja el afán de arrancarlo de esa leyenda de invencible que lo rodea, don Vicente. Mi turno tiene

que llegar. —Y alzando la voz para que lo oyeran todos los contertulios, proclamó—: ¡Señores, esta noche me juego mi fortuna y mi alma contra el invencible don Vicente Cumplido! ¡Esta noche va la mina «La Descubridora», de Chañarcillo!

Todos los presentes quedaron mudos de impresión. «La Descubridora» era, sin duda, la mina más rica de Chañarcillo, el origen de todas las riquezas. Jugarla al monte en unas pocas cartas era cosa de locos.

Por su parte, don Vicente Cumplido por primera vez sintió una rara sensación, una especie de angustia que le estrechó la garganta, un presentimiento semejante al del que se asoma al abismo y teme caer en él. Quiso negarse a jugar y no supo cómo hacerlo. Miró a la linda compañera que lo escoltaba esa noche y en sus ojos sólo encontró la avidez. Con voz apagada, expresó:

—No quisiera jugar esta noche. No me siento bien.

—El miedo es cosa que molesta —ronroneó don Tomás Gallo.

El señor Cumplido encendió sus grandes ojos dominadores. Eran las doce de la noche. En la sala, al silencio inicial sucedió una especie de sobresalto, pero beligerante. Un mozo traía ya una baraja nueva. Don Tomás Gallo, sonriente, violó los sellos del paquete y resbaló sus yemas sobre la vitela fina. Luego fue deshojando las cartas sobre la mesa. Alguien recogió las tapas del naipe español y se las guardó en un bolsillo.

—Quiero tenerlas como recuerdo de esta locura —dijo—. Quizás nunca pueda presenciar otra mayor.

Inmutable y con voz de profesional, el señor Gallo repitió su apuesta:

—¡Va «La Descubridora»! ¿Cuánto opone usted?

—Todas mis vetas de plata —respondió como un eco sombrío don Vicente—. ¿Talla usted?

—No, usted, por favor.

Las manos finas y un tanto temblorosas de don Vicente barajaron los naipes. Todo era muy extraño esa noche, incluso ese temblor. Tiró dos cartas en el tapete: un rey y una sota de oro.

—Voy al rey —proclamó el señor Gallo.

Los naipes comenzaron a caer blandamente sobre el tapete verde. Los circunstantes forman un círculo de palpitaciones, una trabazón de nervios que parecen crujir. De pronto una voz proclama

en sordina, con miedo:

—¡Pongo cien mil pesos por don Tomás!

—¡Hecho! —le contestan.

—La sota no le puede fallar a don Vicente —acota alguno, agregando con malicia tristona—: Es mujer y a él lo quieren las mujeres.

El señor Cumplido sigue volcando cartas. Bailan los colores en las vitelas. Sale un caballo de espadas, un tres de copas, un cinco de bastos. Parece que el diablo mantiene ocultos los reyes y las sotas; naipe a naipe ha caído la mitad de la baraja. La expectación es dolorosa como una cuña. Apenas se escuchan los alientos. Don Vicente musita como sonámbulo:

—Un caballo para el rey…, un cuatro…, un dos…

Cae una carta más y… el rostro de don Vicente se descompone en un brevísimo rictus. Todos se inclinan, con los ojos dilatados, sobre la mesa. ¡Es el rey!

—Me ganó usted, don Tomás —musita el señor Cumplido, y se endereza lentamente, como si le dolieran los músculos. Todos los concurrentes se echan hacia atrás y un murmullo sordo recorre la sala. Don Vicente ha perdido una enorme fortuna.

—Le gané, don Vicente —añade el señor Gallo y, pese a su gentileza, en su voz vibra el triunfo—. Invito a todos a un banquete como jamás se haya servido en Copiapó. Quisiera que todos los mineros que se han arruinado en sus derroteros estuvieran presentes y que hasta las estrellas bajaran a… —Se interrumpe, comprende su falta de conmiseración y vuelve a ser el mismo caballero de siempre. Entonces agrega una sola frase—: Señor Cumplido, mañana le doy la revancha; la que usted quiera.

Esa noche, don Vicente se marchó solo a su casa. Dicen que el caballero alto, de capa aureolada de llamitas azules, no fue con él. Caminaba solo, pensando únicamente en qué revancha podía ser suficientemente importante como para resarcirlo de lo perdido. Y cuando la imaginó, se estremeció bajo su camisa de seda.

A la fortuna la tachan de inconstante y de tener nombre y veleidades de mujer. Yo no sé si tendrán razón, pero en este caso se volvió francamente contra el señor Cumplido, que fue perdiendo contra don Tomás Gallo cuanto había ganado, su fortuna toda, sin atreverse a hacer la apuesta final, aquella que pensó en la primera

noche de pérdida.

—Ya lo abandonó el diablo. Tiene que perderlo todo, hasta su nombre, para poder empezar de nuevo y entrar en el cielo —comentaba la gente supersticiosa; y su esposa también pensaba lo mismo. Inútilmente había intentado convencerlo de que dejara de jugar, pero él insistía:

—Déjame seguir luchando contra el destino. Tendré valor mientras estés a mi lado, mientras me quieras.

Una noche, ella quiso retenerlo ofreciéndole lo mejor de sí misma, su pasión. Pero la fuerza irresistible que arrastraba al minero lo llevó de nuevo al club. Llegó a la sala de juego poseído por una tristeza extraña, sin saber claramente qué iba a hacer. Ya no le quedaba nada por jugar, salvo… No se atrevía ni siquiera a decírselo a sí mismo. Volvió a salir a la calle y vagó. Mas, inconteniblemente, regresó a la sala de juego. Don Tomás Gallo lo esperaba junto a la puerta y le tendió la mano.

—Siempre estoy dispuesto a darle la revancha, don Vicente.

El vencido meneó la cabeza con desaliento.

—Tengo muy poco por jugar, don Tomás. Sólo me quedan mi casa, mi cristalería, mis porcelanas, mis gobelinos y esos muebles que encargué a París y que tanto me envidian. No podría jugar sino mi casa a puertas cerradas.

—Acepto, pero con una condición.

El señor Gallo había comenzado a hablar así con el único propósito de horrorizar de tal manera a su contendor que desistiera de jugar. Pero éste tenía ya los ojos brillantes del jugador que espera algo de la suerte.

—¿Cuál condición?

—Que si gano, todo lo que hay adentro me pertenece. ¿Se da cuenta del alcance de la apuesta? Adentro está su linda esposa, que es fina y bella como una reina.

¡Vaya que si se había dado cuenta el señor Cumplido! Pero algo turbio, malsano, masoquista lo atenazaba. Casi sin comprender lo que decía, afirmó:

—¡Va en la apuesta!

El señor Gallo apretó los puños y se puso rígido. Jamás imaginó que le aceptara la absurda, la enloquecida apuesta, pero el señor Cumplido se volvía a los demás reclamándolos como testigos.

—¡Juego mi casa y mi esposa! —repitió sordamente—. Ustedes certificarán que estoy en mi juicio y que obro por mi libre voluntad.

No había forma de echarse atrás. Don Tomás Gallo buscó en su mente lo más valioso que pudiera oponer al desafío y apostó una vez más su mina «La Descubridora».

Los asistentes al club estaban consternados. Hubieran querido decir algo, incluso insultar a Cumplido, pero las reglas del juego, a las que estaban acostumbrados, les silenciaron las lenguas. Trajeron una baraja intocada. Y el señor Gallo comenzó a barajar.

Entretanto, la noticia salía del club, recorría todo Copiapó y, naturalmente, llegaba a casa de la esposa de don Vicente Cumplido. Ella sintió, al comienzo, un terrible arrebato de rebelión. Quiso ir al club a increpar a su marido; pero luego un sentimiento de sumisión, de entrega ante lo irreparable, de solidaridad a la desgracia de su marido, la aplastó y aceptó venderse como esclava con tal de darle la última oportunidad, la postrera ocasión de derrotar a la suerte.

La ciudad entera se agolpó a las puertas del club. En el interior había comenzado la insólita jornada. El señor Gallo ofreció el mazo para que don Vicente lo cortara, pero al mismo tiempo le insistió:

—Amigo mío, ésta es una locura inmensa. Le ruego que suspendamos la partida. Pongo a su disposición cuanto dinero necesite.

—Muchas gracias, don Tomás; aprecio su generosidad en lo que vale, pero no puedo aceptar. Tenga la bondad de tallar —fue la opaca respuesta.

El señor Gallo tiró dos cartas sobre la mesa: un rey y una sota. Era la misma jugada que se produjera la primera vez que apostaron la mina «La Descubridora».

—¿No le parece raro, don Vicente? —comentó el tallador—. La otra vez ganó el rey. No es posible que gane dos veces, por eso ¡juego al rey!

No había en don Vicente ni una vacilación. Los espectadores se arracimaban en torno, pisando los límites de lo increíble. Cuentan los que presenciaron ese duelo tremendo que antes de comenzar a dar vueltas las cartas, el señor Cumplido paseó una mirada circular y en sus labios se dibujó una sonrisa triste. Sus manos acariciadoras de perlas, sedas y mujeres prolongaron unos segundos la iniciación del acto ritual; después, empezaron a volcar las cartas. En puerta

salió el as de oro. Lo quitó lentamente, arrastrándolo sobre el naipe siguiente. Todos oyeron el raspido de la vitela sedosa. Luego, otro naipe…, y otro… El destino también vacilaba. Fueron cinco, seis, siete cartas. Una vez más, don Tomás Gallo extendió su diestra sobre la mesa.

—Don Vicente, le suplico que suspendamos esta partida.

El aludido meneó la cabeza, y siguió pasando naipes, musitando sus números como era su costumbre:

—El tres para el siete…, el siete para el caballo…, el caballo para quien debe ser, esto es la sota…

Pero…, ¡no fue la sota la que apareció, sino el rey!

La voz de don Vicente se quebró al murmurar:

—¡El rey para usted, don Tomás! Me ha ganado de nuevo.

Las miradas de todos envolvieron al perdedor. Muchos quisieron intervenir, pero se les extinguieron las palabras. Don Vicente había dejado suavemente las cartas sobre la mesa, y se alzó con impresionante reposo. Al mirar al señor Gallo ensayó una sonrisa, que sería la última.

—Todo es suyo, don Tomás —susurró—. No me juego yo mismo, porque usted no querrá un servidor de tan mala suerte.

Le abrió calle el corro consternado y salió. Nadie respiraba. Todos lo vieron dirigirse al interior del club y siguieron guardando silencio durante segundos, minutos tal vez. Hasta que, de pronto…, un estampido les indicó que el señor Cumplido había elegido el camino de la eternidad.

El señor Gallo se abrió paso entre los curiosos y, ahogado en lágrimas, se encaminó hacia la casa y la mujer que acababa de ganar. Abiertas estaban las puertas, las ventanas, y las luces se derramaban rompiendo trozos de la noche. En la puerta lo esperaba la esposa del perdedor; serena, secos los ojos, firme la boca, erguida la frente.

—Usted ganó, señor —dijo—. Todo es suyo. Estoy lista.

Don Tomás Gallo sintió que algo se desgarraba dentro de su pecho y no supo articular palabras. Tras un largo esfuerzo, se volvió hacia los que lo rodeaban y exclamó:

—Pongo por testigos a estos señores de que no fui yo quien ganó. Fue el destino. Don Vicente lo había derrotado muchas veces; se tomó la revancha. Así, pues, nada de lo jugado esta noche me

pertenece. Señora, como caballero, le ruego con la mayor humildad tomar sólo una ganancia: su aprecio. Concédame la gracia de decirle que esta casa y la fortuna, del que fue su marido son suyas, únicamente suyas.

Así terminó este drama fantástico que registra la tradición copiapina; el episodio de la apuesta más loca que jamás se haya hecho entre mineros acostumbrados a jugarse vida y fortuna en una carta.

Aurelio Antonio I

Los últimos veintiún años de la pacificación de la Araucanía dieron cabida a uno de los sucesos más pintorescos que recuerda la historia menuda de nuestro país. El coronel Cornelio Saavedra, que fue uno de los paladines de la anexión del territorio araucano, comenzó a pensar definitivamente en este problema por allá por 1860; y al principiar a poner en práctica su propósito, se topó con un inconveniente insospechado, que fue descubrir que en el centro de los campos araucanos, propiamente en el sitio donde hoy existe Angol, se había entronizado, con calidad de rey, un aventurero francés. Éste se hacía llamar Aurelio Antonio I, «rey de la Araucanía y Patagonia». Es interesante saber cómo llegó a establecerse ese hombre allí.

Caso poco frecuente en la historia del mundo es el de los araucanos, que lograron mantener sus fronteras por espacio de más de cuatro siglos contra enemigos que intentaban invadir su territorio. Primero fueron los incas, a los que contuvieron en el río Maule; después, los españoles, los que no pasaron de la línea del Bío-Bío; y por último, los ejércitos chilenos, a los cuales no dejaron penetrar un palmo más al sur de ese gran río. Sin embargo, ya habían perdido el territorio del extremo sur, desde Valdivia a Puerto Montt. Incluso, la colonización alemana de Llanquihue, La Unión y Villarrica estaba en plena marcha. A pesar de ello, en los amplios campos circunscritos por el Bío-Bío y el Calle-Calle, el mar y la cordillera, reinaban todavía como amos y señores los

araucanos. Vanas habían sido todas las penetraciones que, de cuando en cuando, realizaban los soldados chilenos. Inútilmente habían tendido su línea de fuertes desde Nacimiento hasta la costa. Las tropas fronterizas tenían que vivir arma al brazo, amenazadas siempre por las malocas araucanas. La ciudad de Angol, fundada sobre tierras del viejo cacique Engol, había sido levantada tres veces y destruida otras tantas, quedando sepultados entre sus ruinas los sucesivos nombres que tuvo: Engol, Los Confines y La Ciudad de los Infantes de San Andrés.

El coronel Cornelio Saavedra, después de la destrucción del fuerte de Negrete en 1859, decidió que era imprescindible poner fin a esta incierta situación, ya que los chilenos ribereños del
Bío-Bío
no podían trabajar en paz con la vecindad de los indios. Propuso entonces al gobierno un plan que consistía en avanzar la frontera hacia el sur y establecerla en el río Malleco, mucho más fácil de defender, por ser un torrente encajonado y con pocos pasos que lo atraviesan. Con este fin decidió establecer siete fuertes a lo largo del mencionado río y conceder terrenos y elementos de trabajo agrícola a los soldados, a fin de que se asentaran definitivamente en el territorio. Al mismo tiempo propuso vender a comerciantes, artesanos y agricultores los campos, a razón de cuatro pesos la cuadra, inmediatamente después de ahuyentar de ellos a los indios.

Aprobado su plan y puesto en práctica con la vitalidad y dinamismo propios del coronel Saavedra, el avance hacia el sur tomó de sorpresa a los araucanos y los siete fuertes del Malleco fueron levantándose apresuradamente entre el desatado resonar de airadas trutrucas y belicosos tambores, que obligaban a las compañías de los regimientos «Buin, N.º 1» y «Séptimo de Línea» a mantenerse continuamente en alerta y a efectuar campeadas diarias por las riberas del Malleco. Se encontraba el coronel Saavedra en agosto de 1860 presenciando las terminaciones del fuerte Tigueral, cuando llegó hasta su presencia un soldado del «Buin» que se había arriesgado a penetrar en el territorio araucano para tomar noticias de los preparativos bélicos que realizaban los indios.

—Mi coronel —le comunicó excitadamente el soldado—, dentro del territorio araucano está ocurriendo algo muy raro. Fíjese usted que he descubierto que vive allá dentro, en los campos de Angol, un

blanco que se hace llamar «rey de la Araucanía».

El coronel Saavedra no pudo tomar noticias del extraño personaje que había aparecido inesperadamente en la Araucanía. Sus espías y exploradores, así como los caciques amigos que lo mantenían al tanto de las actividades indígenas, sólo pudieron agregarle que era un blanco de gran melena que se hacía llamar Aurelio Antonio I, radicado en las tierras del poderoso cacique Quilapán.

Pero tan repentinamente como había aparecido el personaje, desapareció, y ya no se oyó hablar más de él en las tierras del sur. Mas al año siguiente comenzaron a aparecer en los diarios de Valparaíso unos curiosos artículos sobre los araucanos, sus costumbres y sus tierras, y éstos figuraban firmados por: Aurelio Antonio I, «rey de la Araucanía». Nadie dio mayor trascendencia a esa firma, suponiéndola un seudónimo, hasta que el embajador de Chile en Francia, don Alberto Blest Gana, comunicó al gobierno que esos artículos eran reproducidos en los diarios de Francia y repartidos profusamente entre las autoridades y los miembros de las instituciones armadas. Sólo entonces comenzó a hablarse seriamente en Chile de este curioso «rey de la Araucanía y Patagonia». No sería la última vez que se tendrían noticias de él.

A fines de diciembre de 1861 el comandante de policía de Los Angeles cabalgó hasta el fuerte de Lumaco, donde se encontraba el coronel Saavedra haciendo preparativos pacientes para penetrar en el territorio araucano y fundar por cuarta vez la ciudad de Angol. Las informaciones del policía dejaron atónito al militar.

—Tenemos a un bicho raro residiendo en Los Angeles, mi coronel —le dijo—. Está de allegado en el molino «San Miguel», de propiedad del francés Juan Descart, casado con doña Juana María Ruiz y Aldea. Es un sujeto de rara catadura, muy extravagante, que usa una gran melena como la que llevan los indios y que dice ser «rey de la Araucanía».

Todos los oficiales del fuerte estallaron en carcajadas al oír tan pomposo título, pero no así el coronel Saavedra, que comenzaba a inquietarse por el asunto. Guiado por sus recelos, se trasladó a Los Angeles y se entrevistó con el molinero Juan Descart.

Presionado éste por el interrogatorio a que lo sometió el coronel, terminó por declarar:

—El paisano mío a quien he tenido alojado en mi casa, efectivamente dice ser «rey de la Araucanía y Patagonia», aceptado y proclamado por todos los indios.

—¿Se llama?… —quiso saber el coronel.

—Orélie-Antoine de Tounens; tiene más o menos cuarenta años de edad, es abogado en Francia y se ha desempeñado como procurador ante el Juzgado de Primera Instancia y de Comercio de Périgueux:

—¿Y puedo saber dónde se encuentra ahora ese «rey de la Araucanía»? —inquirió con sorna el coronel.

—Se ha trasladado a Nacimiento, a la casa de nuestro paisano Carlos Onfray —fue la respuesta.

A don Cornelio Saavedra le pareció desdoroso andar personalmente tras la pista del «rey de la Araucanía» y envió a uno de sus oficiales a proseguir la investigación. Pero éste llegó tarde. El francés Onfray le reveló:

—Monsieur Orélie-Antoine de Tounens se ha internado en la Araucanía, guiado por el mestizo Gabino López y el baqueano Juan Bautista Rosales.

—¿Conocía usted de antes a ese «rey de la Araucanía»? —le consultó el oficial.

—Sí, señor; pero no como rey, sino como comerciante. Era un falte o vendedor ambulante, que vino de Valdivia hace dos años y permaneció entre los indios vendiéndoles telas y joyas artificiales por espacio de varios meses. Estuvo hasta en La Imperial; y después se marchó a Valparaíso. Ahora ha vuelto para hacerse cargo de lo que él llama su reino.

—¿Y dónde se encuentra ahora? —preguntó el oficial.

—En la reducción del cacique Quilapán, hijo del difunto Mallil, que fue amigo de Monsieur
Orélie-Antoine.

El oficial se rascó la cabeza, no sabiendo si reír o molestarse. Por último, preguntó:

—¿Y cómo fue que ese hombre llegó a ser aceptado por los indios como rey?

—Los convenció de que había conseguido con el gobierno del emperador Napoleón III que Francia le proporcionara elementos militares para combatir a los chilenos e independizar todo el

territorio de la Araucanía.

Sólo cuando estuvo en conocimiento de estos antecedentes el coronel Saavedra midió las proyecciones del plan de ese francés que hasta entonces había considerado un loco. Y sus temores se acrecentaron cuando supo, por medio de un espía, que el nuevo Estado que pretendía formar el francés tenía ya hasta bandera propia, de franjas verdes y azules. El coronel Saavedra resolvió de inmediato que era imprescindible eliminar a Aurelio Antonio I lo antes posible, o de lo contrario sus planes de pacificación de la Araucanía se derrumbaban.

Aurelio Antonio I se había conducido con una audacia y habilidad extraordinarias. Lo que no consiguieron los ejércitos españoles y chilenos en más de tres siglos lo logró él solo en un par de años. Su coronación fue fijada para el 4 de enero de 1862, en los llanos de Angol, junto al río Vergara, y se dispuso que acudieran a tan solemne ceremonia las más numerosas reducciones de todos los confines de Arauco.

Afortunadamente los guías mestizos, que servían de edecanes al futuro rey, comprendieron el grave giro que tomaban los acontecimientos y uno de ellos se escabulló de noche hasta el fuerte San Carlos de Purén. Allí dijo al oficial que lo comandaba que estaba dispuesto a guiar a soldados chilenos para capturar sorpresivamente al «rey de la Araucanía», antes de su coronación. Inmediatamente se organizó el destacamento que habría de proceder a la captura. Este se compuso del comandante Lorenzo Villagra, el jefe de policía de los Angeles, Severo Quintana, un cabo y cinco jinetes del «Granaderos». Galopando de noche por entre la enmarañada montaña, llegaron los chilenos hasta el lugar llamado Los Perales, próximo a las ruinas de la ciudad de Angol y equidistante del Malleco. Allí pernoctaba el «rey de la Araucanía» con un escaso séquito. Los soldados rodearon sorpresivamente su tienda y, después de sacarlo y amarrarlo prudentemente, regresaron a Nacimiento al clarear la aurora.

En Los Angeles se le instruyó proceso, el cual fue cerrado al cabo de dos meses por considerarse que

de Tounens estaba demente sin remedio. Pero ésta no había sido más que una nueva artimaña del astuto francés, quien valiéndose de la influencia de compatriotas suyos y especialmente la del cónsul de Francia, vizconde Cazotte, logró que se llegase a ese fallo. No hay duda de que tras todos ellos asomaba también la mano del gobierno francés. Pero la Corte de Apelaciones de Santiago, con fecha 2 de septiembre de 1862, resolvió que el loco debía seguir en prisión hasta que fuera reclamado por sus familiares o por un representante oficial de Francia.

Mas es fácil de imaginar qué gran quebradero de cabeza representaba el mantener prisionero al supuesto «rey de la Araucanía y Patagonia», en un pueblo primitivo como era Los Angeles, mientras los indios amagaban continuamente. El caso fue que una mañana su calabozo apareció vacío y con los barrotes de la ventana aserrados. Esa fue la explicación que se dio, pero todo el mundo quedó convencido de que las propias autoridades le habían facilitado la fuga.

No terminaron allí las andanzas del «rey de la Araucanía y Patagonia». Seis años más tarde, en 1868, volvía a introducirse en Arauco por el paso del Llaima, guiado desde la Argentina, en donde desembarcó, por el cacique Lemunao de Perquenco, quien lo dejó otra vez en las tierras del indomable Quilapán.

El coronel Cornelio Saavedra estalló en imprecaciones cuando sus espías lo informaron de que el «rey de la Araucanía» había vuelto a aparecer en escena. Justamente en esos días debía celebrar un parlamento con los indios y éste se frustró.

Dos años duraron las actividades de Aurelio Antonio I entre los araucanos, hasta que el 20 de enero de 1870 el coronel Saavedra logró celebrar su parlamento con los indios en Toltén. Al comenzarse la ceremonia, los caciques negaron la presencia del francés en sus tierras, pero en los festejos de esa noche el aguardiente les aflojó las lenguas y terminaron por confesar que el rey se hallaba en la región cordillerana.

El coronel les reprochó su falta de franqueza y terminó ofreciéndoles dos almudes de pesos fuertes a cambio del francés.

El «rey de la Araucanía», astuto y conocedor de la codicia de los indios, comprendió que su cabeza estaba en juego y, valiéndose de la fidelidad del cacique Lemunao, volvió a atravesar la cordillera y

Argentina, regresando a Francia.

Que el ambicioso plan de Aurelio Antonio tenía el apoyo indirecto de Napoleón III se refleja en el hecho de que este hombre pudiera establecerse en París con una verdadera corte, de la cual era gran chambelán otro aventurero llamado José Antonio de la Rosa, duque de Rosemberg, y que mantuviera en torno suyo a una serie de ministros, consejeros y cortesanos. Su palacio real estaba instalado en un viejo departamento de la calle Lafayette, en una de cuyas habitaciones se veían sillas alineadas a ambos lados de un sitial con dosel, que era el trono. Diariamente se reunían con Aurelio Antonio I sus ministros, que los tenía hasta para la cartera de Bellas Artes. Allí concedía audiencias y recibía visitantes, la mayor parte de ellos aventureros sin Dios ni ley. Pero esa farsa monárquica le permitía cazar incautos que proveían al presupuesto real. Tanto fue así que el banquero Jacobo Michael firmó un contrato con el «rey de la Araucanía» para financiar su tercera tentativa de instalarse entre sus súbditos indios y recuperar su reino. Esta operación, ya de alto vuelo, fue desbaratada por el embajador de Chile en Francia. No obstante, en 1874, el «rey» volvió a embarcar hacia Chile, pero sólo pudo llegar hasta el río de la Plata. La frontera andina ya estaba muy celosamente cuidada y su cabeza puesta a precio. Sin embargo, logró enviar un mensaje a su amigo el cacique Quilapán, comunicándole que pronto iría a las costas de Chile un buque de guerra francés a fin de llevarle todos los elementos que necesitaba para destruir los fuertes de la línea del Malleco. Y, coincidencia extraña, en marzo de aquel año llegó al puerto de Corral el buque de guerra
D'Entrecasteaux,
cuyo jefe volvió a hacerse a la mar tan pronto supo que Aurelio Antonio I no estaba en la Araucanía. Poco después fueron arrestados en Queule dos misteriosos franceses, los señores Portalier y Pertuisset, de los cuales el segundo resultó ser teniente coronel del ejército de Francia. Fueron dejados en libertad por no poder probárseles cargo alguno.

En los años siguientes Aurelio Antonio publicó en Francia un libro titulado *Aurelio Antonio I, rey de la Araucanía y Patagonia. Su advenimiento al trono y su cautividad en Chile*. Enseguida hizo acuñar una moneda de cobre, de dos centavos, que tenía en el

anverso la siguiente leyenda:
«Orélie-Antoine
I, Roi
d'Araucanie
et Patagonie», y en el centro ostentaba un escudo de armas con una corona de rey circunscritos en un círculo de veintisiete estrellas. En el reverso se leía: «Nouvelle France», con un campo de once estrellas y en la parte inferior dos ramas de palma.

Fracasada su última tentativa, Aurelio Antonio siguió explotando en Francia su título de «rey», llegando incluso a otorgar condecoraciones, «La Estrella del Sur», con las que ganaba naturalmente bastante dinero. Pero el tiempo fue pasando sin que el gobierno de Francia volviera a apoyarlo en su desatinado proyecto, y lentamente su fábula de reinado fue perdiendo prestigio y diluyéndose en el olvido. Por último, radicado en Burdeos, falleció el 19 de septiembre de 1878, recluido en un hospicio y en la más absoluta miseria. Esta fue la peregrina historia de Aurelio Antonio I, «rey de la Araucanía y Patagonia».

El Elegante Conde Goulart

No sólo los hechos políticos, las gestas guerreras, el folklore, configuran la fisonomía de un pueblo; también contribuyen al mismo objetivo la galantería, las artes, las transacciones mercantiles y…, ¿cómo podríamos decirlo?…, las ingeniosas triquiñuelas de los caballeros de industria, como se llama eufemísticamente a los estafadores.

Pasado el período de la anarquía en nuestro país, comenzaron a entrar en el territorio toda clase de elementos nuevos. Gracias a la libertad de comercio y a la afluencia de barcos de diversas naciones, se produjo una transformación de las costumbres y hasta de la manera de vestir. No sólo cambió la vida en su aspecto externo; en aquellos barcos no llegaron únicamente los traficantes de seda y encajes, sino también los «bostonianos» con sus ideas libertarias de tipo masónico, sabios holandeses y franceses, que se arriesgaban por primera vez a estudiar región tan remota, y algunos chilenos que habían ido a estudiar al Viejo Mundo. Eran pocos, pero traían ideas nuevas, propósitos de progreso y hábitos más liberales. Así, Francisco de Bilbao, por ejemplo, que llegó empapado y seducido por las doctrinas republicanas y del libre pensamiento.

A bordo de los numerosos veleros arribó también el arte, representado por las primeras compañías dramáticas y líricas, y por algunos franceses de gusto refinado. Justamente en la época de Bilbao, allá por 1840, sentó sus reales en Santiago un francés de figura muy distinguida, que trasuntaba en su apariencia la nueva ola de la época, la «nouvelle vague» de Francia, con sus delicadeces en lencería, joyería y peluquería. Fue el primero en introducir el chaqué en nuestro ambiente que apenas despertaba de lo colonial y también la blanca y bordada pechera abotonada con brillantes. Era un caballero elegante a carta cabal, que usaba ricas telas a rayas,

ostentaba un magnífico anillo con un sello en rubíes, que peinaba sus cabellos en *bandeau*, perfumados a brillantina…; ¡ah, y ostentaba en su chaleco bordado la cadena de oro de un hermosísimo reloj! En uno de los ojales de su paletó lucía, a veces, la pequeña roseta de la Legión de Honor.

Los santiaguinos, especialmente las señoras, lo contemplaban con admiración. Era un hombre del gran mundo, sin lugar a dudas; o cuando menos un artista o un jugador de club. Tendría cincuenta años, pero representaba cuarenta, en virtud de su rostro terso en que lucían un fino mostacho de largas guías retorcidas y las patillas un tanto alargadas hacia las mandíbulas. Pronto se supo su nombre; se llamaba Monsieur Adolphe Goulart. Aunque nunca lo declaró abiertamente, en más de alguna ocasión dio a entender que poseía un título nobiliario, específicamente el de conde; pero lo revelaba con reticencia porque, según él, sus ideas republicanas repugnaban de los blasones. Del mismo modo dejaba barruntar que era dueño de otras condecoraciones, mas no las usaba por igual motivo.

Cuando los primeros amigos que tuvo se atrevieron a preguntarle sobre sus actividades, declaró simplemente que era un turista, que viajaba por placer. La palabra «turista» no había sido oída jamás en este lejano rincón que aún olía a velas y el viajar llevaba aparejados crujido de carreta, caballos sudados, colchones retobados en un almofrej…

A poco de establecido en la capital, llegaron desde Valparaíso lo que él llamaba sus efectos personales. Estos ocuparon cinco carretas y cuando los cargadores empezaron a abrir los grandes bultos en el segundo piso de la casa ubicada en la calle Estado esquina con la de Moneda, se produjo el éxtasis entre los que ya eran íntimos de Monsieur Goulart. De los amplios embalajes iban surgiendo llamativas colecciones artísticas, ricos tapices y cortinajes, muebles de formas delicadas, divanes, otomanas, *boules*, lindos juguetes de *biscuit*, jarrones del Japón y de la China, pinturas al óleo, grabados, los primeros daguerrotipos, artísticas estatuas de bronce, mármoles de dioses y ninfas, y hasta un piano. Es decir, todo lo que podía acariciar la imaginación de no digamos el caballero, sino de la dama más elegante. Apenas distribuidas las pertenencias del conde Goulart, pues ya nadie se atrevió a titularlo de otro modo, la casa se convirtió en un verdadero museo como por arte de magia.

Para completar aquel maravilloso mundo que lo rodeaba, el conde Goulart comenzó a ofrecer recepciones en su casa de altos de la calle del Estado; y era cosa de embobarse el oírlo tocar el piano con maestría y entonar melancólicas romanzas.

Las primeras señoras que asistieron a este refinado espectáculo comentaban con envidiosos sentimientos:

—Aunque el señor conde asegure que ha viajado a Chile por placer, para contemplar en toda su grandeza la cordillera de los Andes y subir hasta la cumbre del Tupungato o del Aconcagua, o para escribir un libro sobre sus viajes a su regreso a Europa, oyéndolo cantar, más bien me parece que viaja por curarse de una pasión desgraciada.

El conde Goulart dejaba descansar sus largos dedos sobre el teclado y hablaba con los párpados entornados y un suave acento francés, haciendo gorgoritear las eres:

—Este Chile, con su clima delicioso, su naturaleza encantadora, su sociedad hospitalaria, y sobre todo sus mujeres tan bellas, me ha conquistado. Ya ven ustedes, mi propósito era trepar a las cumbres andinas y, sin embargo, he anclado en Santiago, como un barco en aguas mansas. Creo que me quedaré un tiempo, un largo tiempo, refrenando mis andanzas.

De más está decir que el conde Goulart no sólo fue el foco de atención y curiosidad del todo Santiago, sino que rápidamente estableció numerosísimas relaciones. Su casa se abría todas las tardes a las cinco y sus luces no se apagaban hasta la una o dos dé la madrugada; con lo que podemos afirmar también que fue el que introdujo las primeras trasnochadas de tono en Santiago.

Toda persona que asistía a sus tertulias se quedaba extasiada contemplando sus colecciones. ¡Ah las estatuas de bronce: Fausto acompañado de Margarita, Don Quijote seguido por Sancho Panza, Cristóbal Colón en la proa de su carabela, Shakespeare con la pluma en la mano, Washington y su peluca rizada! Tampoco faltaban Goethe, Voltaire y Napoleón. En mármoles estaban Rousseau, Franklin y Molière; también La Fontaine, pero en un rincón, porque los versos de este poeta francés humedecían los ojos del señor conde. En el centro de un pequeño salón lucían dos muchachas pasando un pantano con los vestidos arremangados y exhibiendo las hermosas pantorrillas, en lustroso mármol de Carrara.

Qué envidia para los santiaguinos y santiaguinas, cuyos salones se adornaban, cuando mucho, sólo con espejos. También el conde Goulart tenía un gran espejo oblongo, de gran lima veneciana, coronado por una escena olímpica.

No faltó una señora más audaz que las otras que se atreviera a suplicar al conde que le vendiera alguna de aquellas maravillosas curiosidades; y entonces fue de ver la expresión de escándalo del francés.

—¡Oh, no, no! —exclamó alzando los brazos al cielo con actitud teatral—. No sabe usted cuánto lo lamento, mi encantadora amiga, pero todas estas bagatelas tienen para mí un valor especial; ellas representan recuerdos de familia, trozos de historia de mi país —y bajando la voz con recatada malicia—… o alguna aventurilla sentimental de mi vida.

Aquella declaración, muy pronto comentada en los corrillos, no hizo sino acrecentar las ansias de las santiaguinas por poseer siquiera la más insignificante de las piezas de adorno del conde Goulart. Y entonces fue que, por una casualidad venturosa, se produjo la ocasión que todos los elegantes anhelaban. Una mañana se corrió la noticia, de casa en casa, de portal en portal:

—¡El conde Goulart se marcha! Interrumpe sus viajes y regresa inmediatamente a París, pues acaba de recibir el informe de que ha fallecido su tía, la duquesa
d'Armoir,
que lo deja, como único heredero de su inmensa fortuna.

—¿Cómo que la duquesa, si el señor Goulart es solamente conde? —se preguntaron muchos, pero el francés no aclaró a nadie esta duda. En lugar de eso, horas más tarde pregonó en tono entre compungido y bombástico:

—Con dolor de mi corazón, me veo obligado a desprenderme de mis modestos efectos personales y mis colecciones, dada la rapidez con que tendré que viajar. De modo que en dos días más remataré todas mis cosas.

—¿Rematar?… ¿Qué es eso de rematar?

—Este… Venderé todas mis pertenencias en pública subasta, al mejor postor.

El 4 de agosto de 1840 se procedió a realizar el remate de los atrayentes muebles y adornos de la casa del conde Goulart; era la

primera subasta de este tipo de artículos que se realizaba en Chile. Anteriormente, sólo se subastaba en la recoba o en las aduanas, pero animales, cereales, cordobanes de rezago, menestras, etc. Mas nunca se había visto rematar muebles y objetos de arte que alhajasen una mansión.

Lo que al comienzo se consideró una extravagancia más del noble francés, muy pronto fue comprendido. ¡Qué podía importarle al afortunado heredero de la duquesa d'Armoir perder unos cuantos miles en la venta de su mobiliario, con tal de poder viajar con la urgencia que necesitaba!

El segundo piso de la casa de Estado con Moneda se hizo estrecho para contener a todo el mundo elegante de Santiago, que se agolpó en los salones dispuesto a disputar a brazo partido cualquiera de las joyas artísticas del francés. Actuó de martillero, ofició mejor dicho, el propio conde, socorrido por un amanuense que iba registrando en un grueso libro los objetos y el valor de su venta. Monsieur Goulart fue elegante hasta en aquel doloroso trance de desprenderse de sus joyas y piezas de arte, a precios tan ridículamente bajos. Sin embargo, era notorio su sufrimiento al escuchar las posturas.

—He aquí un Ticiano original —decía exhibiendo un óleo que representaba a unas pastoras sobre el verde césped de un remanso —. Lo adquirió en Flandes la baronesa de Chartres, quien tuvo la gentil generosidad de obsequiármelo más tarde en prenda de recuerdo. Hagan ofertas, señoras y caballeros, por esta joya del Renacimiento.

Los asistentes, en su mayoría sin saber quién era el Ticiano ni qué era el Renacimiento, hacían sus posturas con timidez:

—Seiscientos pesos… Seiscientos veinte… Seiscientos cincuenta…

El conde sufría y resignadamente dejaba caer el martillo.

Luego, fue un Rembrandt, en quinientos; más tarde, un cuadro guerrero de Horace Vernet.

—Es la tela más pequeña que pintó este artista —proclamaba el conde—. Una joya en miniatura. La adquirí en Bruselas, en la célebre galería de…

Los salones fueron quedando rápidamente desnudos. Los bronces y mármoles habían sido adquiridos por una bagatela, al decir de los

compradores, que mañosamente se apresuraban a cancelar en buenos pesos fuertes, más valiosos en aquella época que la libra esterlina, y se llevaban las prendas tan ladinamente adquiridas.

Al finalizar el día, el conde Goulart se encontraba solo en sus salones desiertos y suspiraba sospechosamente aliviado, a la luz de una vela ensartada en una botella. Y en sus labios se insinuaba una burlesca sonrisa. Al día siguiente se marchó en la primera diligencia que iba a Valparaíso y, sin duda, tomó también el primer barco que zarpaba hacia cualquier parte.

Los santiaguinos echaron de menos sus artísticas veladas, pero se consolaron pensando que habían adquirido maravillosos objetos de arte casi por nada, y no les remordía la conciencia pensando en que el conde Goulart se vería sobradamente compensado de su pérdida al recibir la cuantiosa herencia de su tía, la duquesa d'Armoir.

Pero, no más allá de dos años después, arribó a Santiago el célebre pintor francés Monvoisin, quien, por su fama y por la exposición que hizo de algunos de sus famosos retratos, encontró abiertas las puertas de casi todas las casas aristocráticas de la capital. Y, naturalmente, lo primero que hicieron los que habían asistido al remate del conde Goulart fue pavonearse ante él con los objetos de arte que habían adquirido. El pintor Monvoisin apenas echó una ojeada a las telas lanzó una vigorosa interjección francesa. Luego sacó una lupa y miró más de cerca. Examinando el Ticiano original que había sido rematado en setecientos pesos, exclamó:

—Este no vale más de diez francos, no es Ticiano ni nada que se le parezca.

Ante «la batalla» de Horace Vernet, adquirida en ochocientos pesos, masculló con indignación:

—¡Ni tres francos daría yo por ella!

Lo grave fue cuando examinó las estatuas de bronce: Venus, Fausto y Margarita, Don Quijote… Pidió un punzón y raspó la superficie. No era tal bronce, sino burdo hierro colado. Y más impresionante fue su análisis de los mármoles. ¡Qué horror! Eran apenas de tosca loza de Inglaterra.

—Señores —resumió el pintor Monvoisin con aire compungido, que mal disimulaba las enormes carcajadas que estaba sofocando—, lamento decirles que han sido ustedes lastimosamente engañados.

El tal conde Goulart no ha existido jamás; no pasa más allá de ser sino un vulgar estafador, que les ha metido limpiamente el dedo en la boca. La herencia fabulosa de su tía, la duquesa
d'Armoir,
es la crecida suma de dinero que les arrancó a ustedes vendiéndoles esta chatarra, que en todo su conjunto no alcanza a valer doscientos pesos.

Esta es la historia del primer remate de arte que hubo en Santiago y que también podemos considerar la primera estafa artística que ha sufrido nuestra capital.

El Sacrificio de la Fragata Essex

Este es un suceso noble, característico de las guerras de otros tiempos, en que los hombres combatían con pundonor e hidalguía. Ocurrió frente a Valparaíso en 1814 y sus protagonistas fueron las fragatas *Phoebe* y *Cherub*, de Inglaterra, y la *Essex*, de los Estados Unidos. Singular combate en que se entremezclaron la más fina cortesía y la crueldad más despiadada.

El 8 de febrero de 1814, el gobernador Francisco de la Lastra estaba en su oficina de Valparaíso cuando llegó ante él un oficial del puerto, presa de la más violenta agitación.

—Señor gobernador —le informó—, en este momento entran a la bahía dos naves de guerra británicas: la *Cherub*, de dieciocho cañones, y la *Phoebe*, de treinta y seis.

—¡Santo cielo! —fue todo lo que pudo exclamar el gobernador.

Pero ¿cuál era la causa de su espanto? Una sola, simple pero grave. Desde hacía un mes estaba en el puerto, reparando sus averías y aprovisionándose, la fragata norteamericana *Essex*, que acababa de terminar un crucero de once meses capturando y hundiendo barcos ingleses. La guerra entre las dos poderosas naciones estaba en pleno ardimiento y era lógico pensar que las naves inglesas no se moverían de la entrada del puerto hasta hundir a la norteamericana, aunque tuvieran que esperar un año entero a que saliera de las aguas neutrales chilenas.

Esto creaba un grave problema al gobernador. Bien difícil sería evitar que se produjeran incidentes entre ellos, máxime cuando los marinos de los tres barcos tenían autorización para bajar a tierra.

Don Francisco de la Lastra mandó llamar apresuradamente al

cónsul norteamericano Joel Robert Poinsett, que se encontraba en Santiago. En realidad, había motivos para alarmarse. Comandaba la fragata norteamericana el bravo comodoro George Porter, gran amigo de los Carrera, que estaban en el poder, y su nave había capturado a doce balleneros ingleses y hundido a otros tantos. Indignado, el Almirantazgo británico había enviado a la *Phoebe* y la *Cherub* con la misión específica de encontrar y hundir a la *Essex*.

Ya en los primero días, estando el cónsul Poinsett en Valparaíso, se produjeron los primeros roces. El comandante de las naves inglesas, comodoro Hillyar, era un marino pundonoroso, héroe de corbata blanca, como se solía decir. Pues bien, al llegar al interior del puerto, se acercó galantemente a la fragata *Essex* y preguntó con su bocina por la salud del comodoro Porter. Un gesto muy hidalgo, por cierto. Pero las naves se aproximaron tanto que los penoles de la *Phoebe* se enredaron en los estayes de la *Essex* y casi se produjo un sangriento abordaje, pues las dos tripulaciones se trenzaron en unas retahílas de insultos y amenazas realmente impresionantes.

El gobernador De la Lastra invocaba a todos los santos para que los marinos antagonistas respetaran la neutralidad de las aguas chilenas y no se empeñaran en una batalla dentro de la bahía, sino que esperaran a estar a más de una legua mar adentro.

Sin embargo, el cónsul Poinsett no le daba seguridad alguna.

—Ambos comandantes son unos caballeros —decía—, pero, cuando los ánimos están encendidos, basta una simple chispa para hacer estallar el polvorín.

Durante cuarenta días, los tres buques estuvieron acechándose en un constante reto. Los yanquis cantaban todas las noches desde las flechaduras de sus velas el *Yankee Doodle* y los ingleses les respondían con el *God Save the King*. Luego venían los improperios y las amenazas. De día se hacían los retos por semáforo con banderas.

En esta forma, el clima iba poco a poco caldeándose, aunque ambos adversarios guardaban aún los miramientos que debían a la nación neutral cuyo puerto ocupaban. Otro tanto ocurría en los encuentros en tierra. Hubo una oportunidad en que el comodoro Hillyar y el comodoro Porter se encontraron en una recepción, en la casa del gobernador De la Lastra.

—¿Cómo está usted, señor comodoro? —lo saludó con distinción británica el jefe de la *Phoebe*—. Confío en que su permanencia en este encantador puerto le haya sentado bien.

—En realidad, me ha hecho muy bien —le respondió el comodoro Porter—. Usted comprenderá: después del abrumador trabajo que he tenido en once meses de navegación…

Se refería claramente al tiempo que llevaba hundiendo barcos británicos; pero el inglés mantuvo su flema.

—Un trabajo abrumador, pero provechoso, ¿no es verdad, señor comodoro? —comentó con acento zumbón, y agregó sonriendo—: Es una lástima que esta deliciosa vida tenga que terminarse algún día. Hay que enfrentarse con la dura, la inevitable expiación.

El comodoro Porter rió suavemente.

—¿Inevitable dice usted? ¿Por qué?… Yo espero evitar toda clase de expiaciones hasta el fin de mis días.

—No puedo menos que desearle buena suerte, comodoro —prosiguió el inglés—, aunque por la lealtad que debo a mi bandera, y por mi vanidad personal, tengo que deseármela a mí también. Desgraciadamente, parece que ambas cosas se contraponen, ¿no cree usted?

—¡Oh, no se preocupe usted por escrúpulos de conciencia! —lo tranquilizó con fina ironía el norteamericano—. Usted me desea buena suerte a mí, yo se la deseo igual a usted y todo queda arreglado. ¿Qué tal?…

La guerra no había perdido del todo sus hábitos caballerescos; no se habían inventado la ametralladora ni las bombas, y todavía se usaba saludar al adversario. Pero en este caso de los buques ingleses y el norteamericano llegó el momento en que se terminaron los saludos: iba a hablar el cañón.

Un día el comodoro Porter comprendió que no podía permanecer indefinidamente inmóvil y preparó todo para arrancarse a la hora del crepúsculo, aprovechando los vientos de febrero. Confiaba en su nave que era más velera que las inglesas, y en la sorpresa de una salida inesperada. Todo era cuestión de cargar las velas en el momento oportuno y lanzarse al mar. Si lograba doblar el cabo de Punta Gruesa, estaba salvado. Los ingleses no lo alcanzarían.

Pero el comodoro Hillyar había tenido el mismo pensamiento y

mantenía a sus vigías continuamente alertos, observando todos los movimientos en la cubierta enemiga.

Palidecía la tarde, cuando Porter dio la orden de zarpe. Todos los mástiles de su nave se cargaron de velas y la proa dio un vigoroso envión hacia adelante. Pero antes de que las velas se hincharan con el viento, ya los dos barcos ingleses habían izado también las suyas y se interponían amenazadores en la boca de la bahía. Dos o tres veces, en las semanas siguientes, la fragata *Essex* intentó escapar de ese modo, pero siempre encontró en su camino a los buques ingleses. Hasta que el 28 de marzo el comodoro Porter descubrió que a la hora de la siesta los ingleses dormían. Sigilosamente se dirigió a su segundo y a todos los tripulantes encargados de la arboladura y les expresó nerviosamente:

—¡Esta es la nuestra! Parece que todo el mundo está durmiendo en la *Cherub* y en la *Phoebe*. Se ve muy poca gente sobre las cubiertas. ¡Arriba todas las velas! ¡Vamos a salir pegados a la costa, tan ceñidos como un cinturón!

Con la rapidez con que se iza un gallardete subieron las velas de la *Essex* hasta llenar los palos, y la nave, aprovechando un fuerte viento sur, se abalanzó hacia el cabo de Punta Gruesa.

Alcanzaron a moverse sin ser advertidos durante uno o dos minutos, pero de súbito empezaron a resonar los silbatos de los contramaestres en las naves inglesas, y sus cubiertas se llenaron de marineros.

No obstante, parecía que la pequeñísima ventaja bastaba a la *Essex*. Había puesto proa al norte y rebasaba ya la línea de posible intercepción de la *Cherub*. El comodoro daba saltos en su torre de mando y se reía a carcajadas. Iban a doblar Punta Gruesa avanzando a todo trapo. Pero, el mismo viento que los favorecía, sería la causa de su quebranto. Al asomarse al filo del promontorio, en la boca de la bahía, el viento, cuya violencia ya no amortiguaba la Punta de Angeles, en el otro extremo de la ensenada, cogió de lleno el velamen desplegado y tronchó el mastelero del palo mayor. Inútilmente, el comodoro trató de hacer arriar el sobrejuanete y el juanete. Ya era tarde. Todo el velamen superior con su correspondiente cordaje cayó abatido, enredándose en las jarcias y las flechaduras de los estayes. La confusión fue terrible y el barco perdió el control de su andar.

Las fragatas inglesas se abalanzaron sobre la *Essex* y, olvidándose de la neutralidad de las aguas territoriales chilenas y toda la cortesía anterior, la colocaron en el foco de sus fuegos y la barrieron a cañonazos. Durante dos horas dispararon setecientos proyectiles sobre su casco acribillado desde los primeros momentos.

Los yanquis se defendieron como leones y de ello fueron testigos los habitantes de Valparaíso, que coronaban los cerros y aplaudían los cañonazos que acertaba la casi inerme fragata norteamericana.

El cónsul Poinsett acudió a la carrera a la Gobernación y gritó a don Francisco de la Lastra:

—¿Oye usted, señor gobernador? ¡Los ingleses cañonean a mansalva a la fragata *Essex* dentro del puerto! ¡Esos bárbaros violan impunemente la neutralidad de Chile! Ordene usted que las baterías del fuerte Barón cañoneen a esos condenados.

El señor De la Lastra se encogió, apesadumbrado:

—No puedo expresar de ese modo la protesta de Chile en nombre del derecho internacional, señor —confesó—. El caso es que… no tenemos artilleros que sepan disparar esas piezas…

Nada había que hacer. El combate comenzó a las 4.40 horas de la tarde y terminó a las 6.20. En ese lapso la *Essex* perdió ciento cincuenta y dos hombres de los doscientos cincuenta y cinco que componían su tripulación. De los que salvaron, cuarenta ganaron a nado la playa, que estaba a poco más de un cable de distancia. Todos sus oficiales perecieron. Sólo el teniente Knight acudió a su puesto al último llamamiento del comodoro Porter. Después, las propias balas enemigas cortaron las drizas de las banderas y el barco quedó rendido.

Cuando el oficial inglés comisionado para tomar posesión de la *Essex* pisó la cubierta de la fragata se tambaleó por el horror. En un cañón estaban amontonadas hasta tres remudas de artilleros, muertos, despedazados. El comodoro Porter se veía empapado en la sangre de sus hombres.

Los marineros que, heridos y quemados, salvaron nadando, fueron recogidos y atendidos caritativamente por las mujeres de la vecina caleta de Viña del Mar, especialmente por las dueñas de la hacienda Las Siete Hermanas, las señoras Micaela y Juana Carrera. Ellas personalmente lavaron las heridas y aplicaron las vendas, confirmando una vez más la abnegación que ha distinguido a las

mujeres de Chile en los azares de la guerra. El recuerdo del heroísmo del comodoro Porter y sus marinos no se ha olvidado jamás.

Crimen de Amor en el San Cristóbal

También sirven para configurar la fisonomía histórica de un pueblo las páginas rojas de sus crímenes pasionales. Este que voy a narrarles es uno de los que guarda memoria la crónica antigua. Ocurrió el nefasto hecho en 1820, y los móviles que lo provocaron constituyen una verdadera novela. Se lo denominó en su época «El Crimen de Amor en la Cruz del San Cristóbal».

Desde los primeros años de la Colonia los cerros de Santiago: el San Cristóbal, el Santa Lucía y el Blanco, llamado también de Monserrat, sirvieron como sitios de expectación para ciertos actos en que participaba directamente el pueblo. En el peñón del Santa Lucía fueron ejecutados los primeros conspiradores que hubo en este reino, a tres meses de fundada la ciudad: Pastrana, Ortuño y Márquez. En el cerro Blanco se levantó la capilla que la piedad de doña Inés de Suárez hizo construir en memoria de sus amores con don Pedro de Valdivia, para adorar a la Virgen de Monserrat. En cuanto al cerro San Cristóbal, veinte años después de la fundación de Santiago, con motivo del establecimiento en Chile de la cofradía de La VeraCruz, el gobernador del reino don Rodrigo de Quiroga formuló un piadoso voto, que decía: «Haré enclavar en la cumbre de ese cerro una inmensa cruz de madera, y que se emplee en su fábrica un roble entero de los que existen en la dehesa de la ciudad. Y este símbolo sagrado, que habrá de dominar para siempre el valle del Mapocho, será para que Dios conceda éxito a las armas españolas en la cruel guerra de Arauco, ya que a la sazón se encuentran ellas muy quebrantadas».

La referida cruz, de más de diez metros de altura, permaneció en la cumbre, del San Cristóbal casi un siglo. El terremoto de 1647 la

ladeó, pero no la echó al suelo, y así se mantuvo hasta 1663, en que el padre jesuita Rosales tomó sobre sí el trabajo de enderezarla. Con algunos peones que le fueron facilitados por el alcalde don Melchor de Carvajal, restauró la cruz, con el único trabajo de cortarle el pedazo que estaba enterrado. La cruz quedó dos metros más corta, pero como era muy alta, se notó poco su disminución. No hay otras referencias sobre la cruz del San Cristóbal, sino hasta 1820, en plena independencia, fecha en que ocurrió un espantoso drama a los propios pies del bicentenario símbolo.

El origen de ese sonado drama fue un hecho casual: la circunstancia de que un chismoso sereno del cuartel de San Pablo sorprendiera una noche a un hombre que trepaba por una cuerda hasta el balcón de una joven aristócrata llamada doña Carmencita Martínez y Ugalde, la más rica heredera de Santiago.

Por más que el sereno le gritara al saltamuros: «Ea, daos preso, señor gandul», el hombre no le hizo caso y se introdujo por el balcón.

El sereno, que era un badulaque a quien apodaban «el chino Juan», comprendió al punto el provecho que podía sacar de aquel descubrimiento. Sin duda que el secreto valía mucho. Contemplándose desde ya nadando en oro, se presentó al día siguiente ante la señorita Martínez, a la salida de la misa del Sagrario y, en medias y ladinas palabras, le dio a entender que la había descubierto y que sólo buenos patacones podrían sellar sus labios.

Doña Carmencita, espantada, porque su familia era larga y empingorotada, fue abriendo la bolsa cada vez que el hombre se presentaba ante ella. Pero las exigencias del sereno se iban haciendo mayores, razón que movió a la atrayente heredera a confiar su tribulación a su amante, que era nada menos que el vizconde Manuel de Vergara, jefe de los serenos de Santiago.

—¿Es posible? —exclamó enfurecido el viril cortejante—. ¿Y quién es el infame que se atreve a extorsionarte?

—Uno de tus hombres, un individuo repugnante a quien llaman «el chino Juan» —le confesó la jovencita—. Yo no habría querido decirte nada, mi bien, sabiendo el furor que te iba a provocar; pero ahora sospecho que ese individuo, además de sacarme dinero, me está traicionando.

Desde que doña Carmencita quedara huérfana de padre y madre y heredera de una gran fortuna, sus parientes vivían pendientes de sus actos, pretendiendo controlar su vida; e incluso habían fraguado el plan de casarla con uno de sus primos, un holgazán libertino llamado Tomasito Valdés. Pues bien, «el chino Juan», al decir de la hermosa Carmencita, algo habría insinuado a sus tías, porque éstas habían dado en hacerle recomendaciones, más o menos veladas, acerca del deber de resguardar su reputación, ya que siendo una muchacha soltera que cometía el despropósito de vivir sola, daba pábulo para que las gentes inventaran toda clase de chismes, llegando hasta decir que tenía amantes a quienes recibía clandestinamente.

Oída esta declaración, el vizconde Manuel de Vergara, que era hombre de genio asaz vivo, se propuso dar una lección definitiva al «chino Juan». Habiendo quedado éste de pasar al día siguiente a las diez de la noche a recoger más dinero, se propuso esperarlo junto a su bien amada y provisto de un látigo con rosetas de hierro.

Efectivamente, cuando el sereno se presentó y la joven le abrió el postigo del portón principal, el vizconde no tardó un segundo en atraparlo por el cuello y derribarlo al suelo.

—¡Señor vizconde, perdóneme su *mercé* y le prometo que seré mudo toda mi vida! —juró lastimeramente el miserable, derramando lágrimas y elevando sus manos suplicantes hacia doña Carmencita.

Pero ésta le respondió con desprecio:

—No mereces perdón, por mala lengua y malagradecido. Me pediste plata y te la di; me besaste las manos y te fuiste, como Judas, a venderme a mis parientes. Ahora, entiéndete con el vizconde.

Es de suponer que la formidable paliza recibida por «el chino Juan» lo privaría de continuar divulgando los amores de don Manuel de Vergara con la hermosa Carmencita; pero, de todos, modos, el mal estaba hecho y en casa de los parientes de la niña se comentaba cada día con mayor ansiedad lo que estimaban su vituperable conducta. Contribuían a confirmar los escandalizados comentarios de las tías los rumores que corrían en el círculo de los propios amigos del vizconde, al cual pertenecía también Tomasito Valdés. Si éstos no habían llegado a preguntárselo todavía al propio

señor Vergara, era porque tenía una mano y una espada que…, ¡vamos, no era para jugarse!

Inútilmente, Tomasito Valdés quiso tirarle la lengua al «chino Juan», llegando hasta ponerse ante él con una bolsa llena de onzas, las que le fue arrojando una a una a los pies. Y he ahí lo increíble: «el chino» no quiso hablar ni media palabra.

—Yo haré relucir la verdad en alguna forma —aseguró el despechado pretendiente—. Y si sale cierto que la Carmencita mantiene pecaminosas relaciones con el vizconde, no quedará otro remedio que recluirla en un convento, por haber mancillado los limpios blasones de nuestra familia.

—¡Jesús, niño por Dios! —exclamó una de las tías—. ¿Y qué piensas hacer para averiguarlo?

—Atacaré el amor propio del vizconde. Haré correr la voz entre mis amigos de que voy a casarme con mi prima Carmencita y que todo está acordado. Veremos entonces si el vizconde permanece tranquilo o se alborota.

Efectivamente, el desaprensivo joven echó a correr por todo Santiago la falsa noticia de su matrimonio con Carmencita y, estando en plena circulación esa mentira, se presentó una tarde sorpresivamente en casa de su prima, quien lo recibió sospechosamente intrigada.

—¿Qué te trae a estas horas, primo Tomás?

—Ninguna otra novedad que la de venir a convidarte para que vayamos al teatro, ya que esta noche hay una función de comedias —le respondió el inescrupuloso galán, y como la niña manifestara estupor, prosiguió—. Llevas una vida tan retraída que estás llamando la atención, primita, y todo el mundo comenta lo que haces.

El tono en que hablaba era tan notoriamente maligno, que la joven tembló adivinando descubierto su secreto; debilidad que aprovechó el artero Tomasito para exigirle de manera impositiva:

—Carmencita, tú debes casarte conmigo, de lo contrario…

Ante este trato, la niña recuperó su entereza e irguiéndose como una fierecilla, le señaló la puerta:

—Hazme el favor de irte, Tomás. No me hables nunca de eso. Mi

suerte está echada y sólo Dios sabe adonde me llevará.

Minutos más tarde, algo corrido pero con un brillo triunfal en las pupilas, salió el petimetre de casa de Carmencita y se dirigió a tranco largo al centro de la ciudad. Llevaba en el bolsillo una gruesa sortija de oro con un camafeo en el que se destacaban las armas del vizconde de Vergara. Se lo había robado a su prima del velador.

Aquella noche, en la función de gala del teatro de Las Ramadas, Tomasito Valdés fue el foco de la atención de la juventud santiaguina, entre la cual, discreto y grave, también se encontraba el vizconde Manuel de Vergara.

—¿De modo que al fin te casas, Tomasito Valdés? —lo cumplimentaban sus amigos al pasar, y el aludido respondía con gestos ambiguos, sin pronunciarse en ningún sentido. Pero en el anular de su mano derecha lucía ostensiblemente el anillo robado.

No tardaron sus amigos en descubrírselo y varios de ellos se apretujaron en torno suyo para alabar la hermosa joya.

—¡Oh, este anillo no lo has comprado con tu dinero, Tomasito! —comentó uno—. Es el regalo de alguna amante, ¿no es así?

El joven Valdés se pavoneó vanidoso y con fingida modestia.

—Pues, la verdad es que sí —afirmó con frescura, y volviéndose hacia el vizconde, que estaba un poco apartado, le mostró su mano, preguntándole—. Preciosa joya, ¿verdad, don Manuel?

El vizconde se puso tenso como una varilla de acero y las mandíbulas se le marcaron en blanco en las mejillas. Haciendo un esfuerzo para controlarse, asintió:

—Hermosa joya, sin duda. ¿Se puede saber de dónde la obtuvisteis?

Tomasito respondió riendo zonzamente:

—¡Oh, no! Se cuenta el milagro pero no el santo.

El vizconde se retiró del teatro en un momento de descuido de los demás, y partió con la cabeza incendiada en dirección a la casa de su amante, hirviendo en encontrados sentimientos. Sin embargo cuando estuvo en presencia de ella, aparentando una fría calma, sonreía.

—Carmencita, vengo a buscarte para que vayamos a una fiesta que da un amigo inglés esta noche, en su quinta de la Chimba.

La joven lo contempló extrañada. Jamás se habían atrevido a salir juntos a una reunión social. Pero tanto era su amor y con tal

tranquilidad le aseguró el vizconde que se trataba de una cena con unos oficiales ingleses de la escuadra de Lord Cochrane que acababan de llegar a Santiago, que terminó por aceptar.

Un rato después, la pareja atravesaba Santiago en un birlocho y, al acompasado trotar de la mula, cruzaba por la orilla norte del río hasta el pie del cerro San Cristóbal. Al bajar del carruaje, Carmencita pudo ver dibujarse en la cumbre la gigantesca cruz, al fulgor de la luna.

—¿Dónde está la casa, Manuel? ¿Qué hemos venido a hacer aquí? —consultó temerosa a su amado.

Pero éste estaba sombrío y pétreo como un fantasma.

—No preguntes nada y comienza a subir —le exigió, sacando su espada.

La joven lo contempló con terror y, totalmente desconcertada, sólo supo obedecerle.

Allí comenzó su calvario. Durante el ascenso cayó muchas veces, hizo pedazos sus zapatos de seda, sangraron sus pies, sus manos y sus rodillas, sin que fueran bastantes sus lamentos para ablandar el corazón de su verdugo; quien, por otra parte, no le daba ninguna explicación de su conducta. Llegados al pie de la gigantesca cruz, el vizconde, amenazándola con su espada, le ordenó:

—¡Arrodíllate, mujer infiel! Y reza luego una oración en descuento de tus pecados.

Carmencita Martínez y Ugalde, de hinojos sobre la tierra áspera, anegada en llanto, alzó hacia él sus manos trenzadas; pero comprendió que no tenía salvación. Comenzó entonces a orar intensamente, con la esperanza de que su balbuceante rezo ablandara el despechado corazón de su amante. Pero justamente cuando sus labios pronunciaron el «Amén», el vizconde la asesinó atravesándole el corazón con su espada.

Del desaparecimiento de Carmencita Martínez no se dio cuenta el público sino varios días más tarde, cuando unos muchachos encontraron el cuerpo de la niña desbarrancado en la cantera. En las inmediaciones se descubrió después la empuñadura de oro y diamantes de la espada del vizconde, rota al caer el cadáver desde la cruz.

Identificado el hechor de tan horrendo crimen, la justicia hizo un débil amago de buscarlo, mas como los alguaciles no lo

encontraran, se limitó a darlo por desaparecido.

Muchos años después, tal vez más de veinte, Tomasito Valdés, que ya había sentado cabeza, descubrió un día en el pueblo de Nacimiento, en la frontera araucana, a un hombre de espesa barba encanecida, que, aunque vestido toscamente, trasuntaba cierta hidalguía en el andar. Se miraron de pasada y ambos siguieron su camino. Era el vizconde Manuel de Vergara. ¿Qué había ido a hacer allí, en la ensangrentada frontera india? ¿Cuál fue su final?… Nadie pudo saberlo jamás.

Terremoto y Fuego entre Bambalinas

Es indudable que de la historia de los pueblos forman parte también las aficiones artísticas de sus habitantes. Desde las más remotas edades los hombres manifestaron esta que ha sido denominada «la llama divina» en cantos, danzas, malabarismos, representaciones teatrales, etc. Chile igualmente posee cierta historia artística, en la que se mezclan, como corresponde, la alegría y la tristeza, lo bufonesco y lo trágico.

Ya en la época de la Colonia, los templos y conventos se disputaban las palmas en sus representaciones de autos sacramentales o en sus obras edificantes sobre la vida de los santos. La primera iniciativa para construir un teatro en donde se representaran comedias más de acuerdo con el pensamiento del siglo partió del capitán general don Casimiro Marcó del Pont, quien hizo levantar un barracón en el callejón de los Perros, es decir, en la actual esquina de Mosquete con Merced. En este recinto se representaron algunas comedias españolas con artistas de buena voluntad, que encabezaban doña Josefa Morales y don Nicolás Brito. No debe de haber sido muy buena la calidad de tales representaciones, ya que el propio señor Marcó del Pont hizo clausurar a corto plazo el mentado teatro.

Fue después de la Reconquista, proclamada la independencia nacional, que se tomó más en serio este problema. En marzo de 1818 se encontraban reunidos en una tertulia, en casa de don Raúl Rodríguez, unas dos docenas de personas que habían viajado por el Viejo Mundo y tenían afición por esta expresión artística. En esa oportunidad cantaron varias señoras y don Miguel Ugarte interpretó un monólogo dramático. Lo hizo «tan bien, tan requetebién», al

decir de los asistentes, que don Domingo Arteaga exclamó: «¡Santiago necesita un teatro; el teatro es factor de tranquilidad y progreso!».

Consultado el director supremo, general Bernardo O'Higgins, autorizó que se habilitara un local en la calle de las Ramadas, corta callejuela que existía entre la actual calle Esmeralda y el arenal del Mapocho. Este teatro, que se llamó de Las Ramadas, fue abierto al público el 30 de mayo de 1819, en medio de grandes fiestas. Es conocido el éxito que alcanzó durante aquel año, pero pronto se vio que la asistencia disminuía paulatinamente por estar situado en los suburbios de la ciudad.

El propio don Domingo Arteaga se encargó de tramitar la construcción de un nuevo local para las representaciones artísticas. Éste se levantó en lo que actualmente son los jardines del Congreso. Lo curioso del caso es que en las obras que se representaron allí, cuyos argumentos estaban basados, en su mayoría, en las luchas de la independencia, los artistas fueron los prisioneros españoles y algunos extranjeros residentes en Santiago.

Se produjo entonces el fenómeno del nacimiento de una gran afición por las comedias teatrales y muy pronto el recinto se hizo demasiado estrecho. Esto movió a algunos personajes adinerados, encabezados siempre por don Domingo Arteaga, a edificar por su cuenta y riesgo y con fines comerciales un nuevo teatro; el que fue instalado en la plazuela de la Compañía, en un terreno vecino a la antigua Biblioteca Nacional. Se lo denominó Teatro Principal y se estrenó el 20 de agosto de 1820, en homenaje al natalicio de don Bernardo O'Higgins.

Eran aquellas épocas de romántico patriotismo y de grandilocuentes expresiones. Por ello es que en el telón de boca del Teatro Principal se leía, en medio de guirnaldas de copihues y de las clásicas máscaras de la farsa, la siguiente sentencia:

> «He aquí el espejo de virtud y vicio. Miraos en él y pronunciad el juicio».

En este teatro se cantó por la primera vez la recién nacida Canción Nacional de Chile, cuya letra pertenecía al consagrado

poeta Bernardo de Vera y Pintado y la música al director de bandas militares Manuel Robles. En 1927 fue remozado para poder dar cabida a la primera compañía lírica que vino al país, que estrenó la ópera de Rossini *El Engaño Feliz*, y luego *El Barbero de Sevilla*. Director de la orquesta de esta compañía era el músico de origen argentino don José Zapiola, que nos ha legado la remembranza de esa época en su famoso libro *Recuerdos de Treinta Años*.

Ocurrió en aquellos entonces un hecho que tuvo gran trascendencia. La histórica Universidad de San Felipe, que estaba ubicada en la esquina de las calles San Antonio con Agustinas, fue declarada en receso, con el propósito de ubicarla en un edificio propio, especialmente construido para ella en la Alameda de las Delicias. Y como el terreno que ocupara hasta entonces pertenecía a la Municipalidad, germinó el propósito de ocuparlo para edificar en él un gran teatro, definitivo, capaz de recibir a las más grandes compañías líricas y dramáticas con dignidad y decoro. Se lo llamó al comienzo Teatro de la Universidad, pero, posteriormente, el 7 de enero de 1853, durante la presidencia de don Manuel Montt, el Ministerio del Interior dictó el siguiente decreto: «Comisiónase al arquitecto de Gobierno don Francisco Brunet de Baines y al ingeniero civil don Augusto Charme para que procedan a levantar planos y presupuestos del teatro que la Municipalidad ha acordado construir en el local de la antigua universidad, sujetándose a las instrucciones que a este respecto reciban de la comisión del Cabildo».

Pero el arquitecto Brunet y el ingeniero Charme no se conformaron con realizar ellos mismos tales planos y, trasladándose a París, los delinearon con la colaboración del más célebre arquitecto francés, Monsieur Charles Garnier, que había realizado, entre otras obras, la Gran Opera de París y el Casino de Montecarlo.

En tanto se realizaba la ambiciosa obra, se levantaban otros dos teatros: el «Variedades», en Huérfanos, entre
Mac-Iver
y San Antonio, y el «República», en la calle Puente, entre Santo Domingo y Rosas.

En torno a este último circula una anécdota histórica que vale la pena recordar. Actuaba en él una compañía encabezada por la soprano Ida Edelvira y el tenor Luigi Giugelmini. Una noche en que

representaban una obra en que aparecían numerosos actores vestidos de sacerdotes, se produjo un violentísimo temblor, que obligó, tanto al público como a la compañía entera, a huir apresuradamente a las calles.

El barítono Salvatore Lanzoni, que vestía de cura, corrió aterrorizado por la calle de Santo Domingo hasta encontrar espacio abierto y fuera de peligro en la plazuela frontera al convento de Santo Domingo. Y he aquí que una gran multitud de gente aterrorizada, al ver allí su imponente figura, lo creyó un obispo u otro alto dignatario de la Iglesia y lo rodeó suplicándole la absolución en aquella emergencia que bien parecía acabo de mundo. El barítono italiano, desazonado, trataba inútilmente de convencer a sus acosadores de que no era sacerdote, pero su mal castellano se lo impedía.

—*Io non soy un sacherdote*! —gritaba tratando de alejarse—. *Io soy un attore*!

Fue inútil. La amedrentada gente se arrodillaba ante él implorándole la bendición. Viéndose sin escapatoria posible, Salvatore Lanzoni comenzó a trazar atolondradas cruces sobre las cabezas inclinadas. Y así, mascullando latinazgos que recordaba de algunas óperas, consiguió abrirse paso y refugiarse nuevamente en el teatro.

El 17 de septiembre de 1857 se inauguró el Teatro Municipal, cuyo costo fue de seiscientos mil pesos oro de cuarenta y ocho peniques. Era de una suntuosidad nunca vista. Sus decorados, muebles, tapices y lámparas habían sido traídos de Francia e Italia. Y su gran araña de mecheros de gas tenía veinticinco luces más que la de la Gran Opera de París.

La fiesta de la inauguración se recuerda como uno de los acontecimientos sociales de mayores relieves de la historia de Chile. Las damas de la aristocracia lucían sus joyas más esplendorosas; los diplomáticos y militares, sus uniformes y condecoraciones. Los civiles, impecables *fracs* y espejeantes chisteras o tarros de pelo, como también se los llamaba.

El teatro entero estaba iluminado por innumerables mecheros de gas, existiendo incluso en los muros de la sala de fumar unos

mecheritos de pequeña llama, especialmente colocados a altura apropiada para que los caballeros pudieran encender en ellos sus perfumados habanos.

Aquella noche, después de corearse la Canción Nacional, se estrenó la ópera de Verdi, *Hernani*. Fue un éxito clamoroso. Después se dieron *Traviata, Nabuco, Macbeth, Baile de Máscaras, Rigoletto, La Hija del Regimiento*, etcétera.

El Teatro Municipal pasó a ser el punto de reunión de todo el gran mundo santiaguino; y en los entreactos los aficionados al arte lírico y los diletantes se reunían en una versallesca salita, manejada por un atildado francés, Monsieur René Alexander, quien por quince centavos les brindaba un vaso de champaña o de mistela o una taza de café con galletas.

¡Cuántos hechos deslumbrantes pudieron haber recordado los muros de aquel viejo teatro! Entre ellos ocurrieron los sucesos más extraños, y, según la tradición vigente en el actual Teatro Municipal, numerosos espectros y ánimas «penan» por los pasillos y corredores en las noches, terminadas las funciones.

Por allí pasaron el amor y la muerte. En un baile de fantasía realizado el 4 de noviembre de 1870, en donde, tras fantásticos disfraces o al amparo de una máscara grotesca, se divirtieron las damas del gran mundo y los diplomáticos y políticos, mientras sonaban en la gran platea del teatro, desocupada de sus butacas, los compases alegres de una polca, un joven y despechado enamorado se trepó a la reja de la tramoya y se arrojó al escenario, siendo hallado después, como arlequín desarticulado, en el fondo del foso.

En noviembre de ese mismo año, es decir, pocos días después de esta sentimental tragedia, llegó al Teatro Municipal la célebre cantante Adelina Patti. Venía de triunfar en Nueva York y era una diva que se ganaba a todos los públicos con su singular belleza, su voz divina y su gracia sin igual para interpretar *canzonettas* alegres fuera de programa.

Venía por ocho días. Debutó el l.º de diciembre y durante sus ocho presentaciones en el Teatro Municipal no cabía un alfiler. La acompañaban el famoso pianista Raúl Ritter y el violinista español que después escaló los más altos peldaños de la fama: Pablo Sarasate.

El 8 de diciembre se realizó la función de despedida de la

eminente Adelina Patti. Aquella noche el teatro estaba desbordante. Los palcos y localidades altas, así como los bordes de las candilejas, lucían adornos de flores y guirnaldas de rosas de papel, como también, gracias al trabajo de artífices especializados en ornamentos funerarios, primorosos ramilletes de rosas de cera de colores. La función fue un éxito completo. La Patti resplandecía, sonrosado el rostro por la alegría del triunfo y por el esfuerzo desplegado. El público de pie le reclamó que terminara su presentación cantando la composición que la había hecho famosa en todo el continente. Aquélla sí que fue demostración de gracia. La Patti derramaba todo su encanto entonando la *canzonetta* titulada *La Risa*. Cantaba coqueteando con el público, lanzando flores y riendo. Y con ella reían todos, contagiados por sus argentinos gorjeos y sus picarescos mohines.

Siete veces se alzó el telón y, por fin, a las 11.05 de la noche, los concurrentes fueron abandonando la sala. Salían todos ellos comentando el arte depurado de la cantatriz, su atractivo enloquecedor y volvían a reír recordando su interpretación de *La Risa*.

En esto estaban los últimos grupos en la sala de fumar o en el *foyer*, cuando repentinamente se apagaron todos los mecheros de gas. Los fumadores se quedaron con los habanos a medio encender, los que dejaban el *foyer* en dirección a la gradería de la salida tuvieron que seguir a tientas. Y el teatro se vio sumido en la más inexplicable obscuridad.

Los artistas acababan de abandonar el teatro por la puerta de San Antonio, cuando, también en forma inesperada, el teatro volvió a iluminarse profusamente. Pero era ahora una tonalidad roja la que dominaba; roja y movediza. Ramalazos de luz se advertían a través de las ventanas y de las puertas. Hasta que asomó uno de los empleados gritando desaforadamente:

—¡Incendio, incendio!…

Efectivamente, el gas detenido en una de las cañerías matrices había vuelto a circular, pero en una bocanada violenta, de compresión que se rompe. Y como tras el proscenio un pequeño mechero conservara una chispa de lumbre, ésta bastó para convertir aquello en un volcán en erupción. En pocos minutos ardieron los telones, las bambalinas, los mil adornos del escenario, luego las

guirnaldas, después todo. El teatro crepitaba como leña ardiendo. Inútiles fueron los esfuerzos de todos los cuerpos de bomberos. Lo único que consiguieron fue impedir que el fuego se propagara a las casas vecinas.

Aquella noche hubo tres víctimas: el maravilloso Teatro Municipal, copia de la Gran Opera de París; el tramoyista Santiago Quintanilla, y el bombero de nacionalidad italiana Germán Tenderini, en cuyo homenaje lleva hoy día su nombre la calle oriental del actual teatro. Pero también allí, entre las ruinas humeantes, pereció una tradición de elegancia, de romanticismo, de galanura y de arte.

La Sargento Candelaria y el Subteniente Colipí

En la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, en 1838 y 1839, participaron tres personajes notables, pueblo chileno puro, que, sin alardes, dejaron indeleblemente inscritos sus nombres en las páginas de la Historia. Ellos fueron la sargento Candelaria, el subteniente Colipí y el copiapino Tránsito Moscoso.

El mariscal Andrés Santa Cruz, uno de los hombres más geniales y astutos que ha producido Bolivia, por cuyas venas corría sangre india, en su ambición por reconstituir el antiguo imperio de los incas bajo su mano, provocó el estallido de la guerra a fines de 1837. Habiendo creado la Confederación de Perú y Bolivia, tendía a incluir también dentro de ella al pueblo y territorio de Chile.

Los principios de altiva soberanía de los chilenos se encabritaron ante aquella amenaza de vasallaje a que se veían expuestos y ardió la guerra. Fue Chile quien la declaró, y en 1838 zarparon de Valparaíso barcos de guerra y un ejército completo destinados a destruir el poderío del mariscal Santa Cruz. Fue el jefe de esa primera expedición el contralmirante Manuel Blanco Encalada, quien, pese a su valor, a su experiencia guerrera y a su inteligencia, no podía igualarse en astucia al jefe boliviano. Con habilidad de felino, éste consiguió atraer al ejército de Blanco Encalada hacia Arequipa y allí lo sitió, y posteriormente, con engañosas razones, llevó a su jefe a firmar un pacto de paz que se llamó Tratado de Paucarpata, por haberse oficializado en esa pequeña aldea vecina a Arequipa.

Pero el Gobierno de Chile supo ver claramente el engaño a que

había sido sometido el contralmirante Blanco Encalada y desautorizó tal tratado de paz, disponiéndose a reanudar la guerra. Con este fin, organizó un nuevo ejército y lo envió al Perú bajo las órdenes del general Manuel Bulnes, veterano de las guerras de la Araucanía.

El general Bulnes decidió llevar directamente la contienda al corazón del enemigo, desbaratando primeramente los dos bandos que se habían creado en su seno: el del norte y el del sur del Perú.

El plan del jefe chileno fue el de granjearse la simpatía del general del ejército peruano del norte y, sumadas sus fuerzas, derrotar al mariscal Santa Cruz. Así, pues, su primer paso consistió en apoderarse de la ciudad de Lima, con el apoyo de una legión peruana y de connotados personajes militares y civiles. Tras la batalla llamada de la Portada de Guías logró entrar con sus hombres en la capital del Rímac y se dispuso a marchar hacia el norte para pactar con el ejército de esa zona. Pero antes debió combatir a una fuerte guarnición militar que, al mando del Presidente accidental Orbegoso, se había atrincherado en el Callao. Mas los fuertes de ese puerto lo convertían en un bastión imbatible y se vio obligado a ponerle sitio. Encargados de esta operación fueron sus batallones más aguerridos: el «Carampangue» y el «Portales», mandados por dos pintorescos comandantes, los tenientes coroneles Jerónimo Valenzuela y Manuel García, respectivamente.

En tanto que Bulnes y su Estado Mayor establecían su cuartel general en la quinta Santa Beatriz, los comandantes García y Fuenzalida tendían una gran guardia en torno a ella y proyectaban sus avanzadas en dirección al Callao.

Fue en la noche del 29 de agosto, cuando los coroneles chilenos Carlos Wood y Tomás Suttclife cruzaban la gran guardia para ir en exploración de los contornos del puerto, que hizo su aparición en escena una mujer singular. Detenida por los centinelas, armó tal alboroto que los dos jefes se aproximaron a examinar qué ocurría. Era una mujer de unos cuarenta años, baja, fornida, de un color moreno subido y de ojos brillantes como ascuas.

—¡Ya les hei dicho que soy más chilena que el mote con huesillos! —vociferaba, tratando de zafarse de las zarpas de los soldados que la tenían sujeta.

Interrogada por los coroneles, insistió sobre su calidad de

chilena, agregando que su nombre era Candelaria Pérez y que tenía cosas muy importantes que comunicarle al general Bulnes.

—Nací en la *mesmita* Chimba, al otro *lao* del Mapocho, y mi *paire* era chacarero de la Cañadilla —añadió para terminar de convencer a sus interrogadores—. *Hei* vivido muchos años en el Callao y puedo indicarle a mi general Bulnes *toos* los puntos por donde se puede entrar y salir. Puedo contarle *too* lo que pasa allá dentro, donde tuve una fonda por más de diez años. Soy más conocía que el pan y me conozco *too* lo del puerto y los fuertes como si fueran mi cama. Y *tamién* conozco las casamatas del Callao —agregó con gesto amargo, arremangándose un tanto la pollera y exhibiendo hondas cicatrices en ambos tobillos—. Me tuvieron *encarcelá* y *encadená* allí por ser chilena, por ayudar a mis compatriotas cuando los obligaron a mandarse cambiar perdiendo *too* lo que tenían. Me pillaron mientras llevaba a varios en un bote hacia los barcos que mandaba el almirante García del Postigo. Me metieron en un calabozo lleno de ladrones y criminales y me dejaron *encadená* a la *paré, pa* que no pudiera defenderme de los cholos que estaban presos conmigo.

El resto de su historia lo narró Candelaria Pérez en presencia del general Bulnes. Según su versión, la pusieron en capilla, le tocaron los tambores en un simulacro de fusilamiento, pero no consiguieron abatir su ánimo. Como nada pudieran probarle, el jefe de la guarnición del Callao, coronel Guarda, la dejó en libertad y ella, aprovechando la obscuridad de la noche, se coló en el campamento chileno.

—Me vine de Chile como sirvienta de un matrimonio holandés que puso un café en el Callao allá por 1833 —siguió relatando Candelaria Pérez—. Después…, bueno…, tuve un amor con un inglés y él me instaló una fonda en el puerto. La bautizamos «La Chilena». Después, el gringo tuvo que irse y me dejó de regalo la fonda. Y *hei* he estado trabajando, ayudando a los compatriotas, hasta que llegaron los serenos de la guarnición con la noticia de que el general Orbegoso había declarado la guerra a los chilenos desembarcados en Ancón y se me vino una poblada encima. Me incendiaron la fonda y hasta los ladrillos del suelo se llevaron.

Así fue como se enroló en las tropas chilenas Candelaria Pérez.

Se conocía detalladamente la bahía del Callao, todos sus fuertes, también a todos los contrabandistas, navegantes y pescadores del puerto. Además, se proclamaba resuelta a disparar un fusil y cargar a la bayoneta a la primera orden.

—¿Está usted dispuesta a todo…, a ser un soldado como cualquier otro? —le inquirió el general Bulnes.

—¡El *soldao* Candelario Pérez y nada más, mi general! —fue la rotunda respuesta.

—Está bien —aceptó el jefe—. Lo admito, «soldado Pérez». Mañana avanzarán hacia el Callao los batallones «Carampangue», «Valparaíso», «Portales» y «Colchagua». Usted los guiará como recluta del «Carampangue».

Dos veces, en noches diferentes, Candelaria Pérez guió a los batallones chilenos hasta los paredones mismos de los fuertes del Callao, pero en ambas ocasiones los cañones de grueso calibre los obligaron a retroceder con grandes bajas. Por último, Candelaria, sabedora de que los fuertes se abastecían de agua por medio de unas acequias que corrían por las calles a tajo abierto, se introdujo de noche sólo con una escuadra de soldados y las inutilizó echándoles sacos de salitre.

Pero era imposible mantener a las tropas en los terrenos insalubres vecinos al puerto. Las fiebres palúdicas, la malaria y la viruela las estaban diezmando. Por otra parte, se tenían noticias de que el mariscal Santa Cruz bajaba ya de la Sierra al frente de un ejército boliviano de siete a ocho mil hombres. El general Bulnes, habiendo logrado llegar a un acuerdo con el jefe del ejército peruano del norte, decidió abandonar Lima y ascender hasta el llamado Callejón de Huailas, profundo valle encajonado entre las cordilleras Blanca y Negra, por cuyo centro corre el río Santa. Allí debía operar la conjunción con las tropas del general peruano Vidal.

A las cinco de la tarde del 8 de noviembre el ejército chileno abandonó Lima y se embarcó en las naves de la escuadra en el puerto de Chancay. Y, justamente cuando los barcos desatracaban del muelle, hacía su entrada en Lima el mariscal Santa Cruz.

El 15 de ese mes las tropas desembarcaron en Huacho y comenzaban a internarse en dirección al Callejón de Huailas. Allí, en el pródigo valle de verdes pastos y abundante ganado, el general Bulnes pensaba vigorizar sus agotadas tropas, confiando con

absoluta inocencia que el mariscal Santa Cruz se quedaría quieto en Lima para hacer lo mismo con las suyas, demasiado gastadas en la travesía de la Sierra. Pero no fue así. El astuto jefe boliviano mantenía en Chile un activo servicio de espionaje, el mismo que organizara el asesinato de don Diego Portales, y sabía perfectamente que en Santiago se estaba reclutando un nuevo ejército de dos mil hombres, simultáneamente con otro de tres mil que se organizaba en la costa peruana, en las provincias de Libertad, Lambayeque y Túmbez. Comprendía entonces que no podía dilatar su ataque, so pena de tener que enfrentarse con un ejército enormemente engrandecido. Además sabía que la infantería boliviana, la más efectiva en las alturas, se agostaba rápidamente en los llanos. Decidió, pues, lanzarla de inmediato a la lucha. De modo que apenas demoró tres días en Lima y envió adelante sus batallones N.º 1 y N.º 2, con un escuadrón de caballería, para ocupar el pueblo de Chiquián, en la entrada sur del Callejón de Huailas, bajo el mando del coronel Morán. El resto del ejército, guiado por el coronel Francisco de Paula Otero, marcharía paralelamente al Callejón para descolgarse en el interior de él por algún barranco y cortar al ejército chileno en dos.

El general Bulnes había distribuido sus fuerzas a orillas del río Santa, dejando al batallón «Valparaíso» en Recuay; al Estado Mayor, con el «Colchagua», la artillería, el «Santiago» y los lanceros, en Huarás; al «Aconcagua», en la aldea de Carhuás; a los cazadores a caballo, en Yungay, y a los carabineros y granaderos, en Carás. De este modo, sus tropas se alargaban desde Chiquián, en la boca sur del Callejón, hasta Corongo, en la salida por el norte. Defendiendo la retaguardia, en Chiquián, quedaron los batallones «Carampangue» y «Portales». Ellos debían resistir el choque de los enemigos, si es que venían.

La aparición de los bolivianos fue repentina. Uno de los exploradores chilenos de la retaguardia fue el primero en avistarlos cuando entraron al pueblo de Huanta y corrió a dar el parte al comandante del «Portales». Éste consultó con el comandante del «Carampangue».

—Disponemos apenas de un mil doscientos hombres —le dijo—, en cambio el mariscal Santa Cruz, según mi informante, ha lanzado dos mil quinientos tras de nosotros; y muchos más deben venir por

el borde del Callejón para cortarnos el enlace con el resto de nuestro ejército.

—Tenemos que juntarnos con el batallón «Valparaíso», que está en Recuay, al mando del coronel Rufino Torrico —determinó el jefe del «Carampangue»—. Pero cerciorémonos primero de la efectividad de la información que nos han dado. Mandaré al mejor de mis hombres, el subteniente Juan Colipí, a investigar.

—Que lo acompañe entonces el mejor de los míos, el sargento Tránsito Moscoso —dijo el jefe del «Portales».

Aquellos dos hombres, considerados los mejores atletas del ejército —uno la mejor lanza de Arauco, y el otro el «Hércules» de Copiapó—, retrocedieron con nueve hombres a vigilar los movimientos bolivianos. A media jornada de marcha asomaron sobre el cajón del río Llaclla y pudieron observar cómo desde el sur avanzaban unos quinientos jinetes en dirección al puente que cruzaba ese río.

El subteniente Colipí hizo desmontar a sus hombres y todos se arrastraron sobre los vientres hasta esconderse entre riscos y matorrales a la salida norte del puente. El gigantesco araucano resumió en breves palabras la situación.

—Detrás de esa caballería debe venir el grueso del ejército boliviano. Si pasan hasta Chiquián hacen pedazos a nuestros dos batallones. Hay que atajarlos aquí cuando menos tres horas, mientras avisamos para que se junten en Recuay con el «Valparaíso».

Sus compañeros lo miraron con las bocas abiertas. Once hombres detener a quinientos. Parecía imposible. Pero el araucano se dispuso a realizarlo. Despachó inmediatamente un mensajero a Chiquián y los diez restantes se tumbaron entre las piedras en la cabecera del puente del Llaclla. Comenzaba a obscurecer, pero había luna naciente, que permitía ver algo.

—Vamos a dejar que entren unos veinte —dijo Colipí—. Tendrán que hacerlo de a uno en fondo. Dispararemos todos sobre los primeros para formar un taco de cuerpos en el puente. Después, veremos qué se hace.

Los bolivianos avanzaban despreocupados, sin imaginarse que alguien pudiera disputarles el paso del angosto puente tendido a pavorosa altura sobre el cajón del río. Fueron entrando en fila india,

adormilados sobre sus caballos.

Juan Colipí alzó lentamente su fusil y apuntó al pecho de la primera bestia. Su disparo fue la señal para la descarga inicial. El caballo que venía adelante, herido en pleno corazón, cayó cruzado en el puente, impidiendo con sus contorsiones y pataleos el avance de los demás. Fue un desconcierto caótico. Los bolivianos retrocedieron a la carrera y de inmediato sus compañeros barrieron la orilla opuesta del río con sus descargas. Colipí y sus nueve compañeros estaban incrustados en la tierra, sintiendo cómo las balas rasgaban el aire a ras de sus cuerpos. Después, vino el silencio.

Los enemigos, creyendo haber matado a todos los chilenos o haberlos ahuyentado, se arriesgaron por segunda vez a cruzar el puente. Esta vez lo hicieron a pie, cautelosamente. Iban por la mitad, cuando Colipí asomó lentamente su fusil y disparó imitado por sus hombres. Las diez balas tumbaron a seis bolivianos, creando un taco mayor. Los enemigos cambiaron entonces de táctica. Diseminados en una larga hilera por la orilla opuesta del río, hicieron converger sus fuegos sobre la posición de los chilenos, para proteger el paso de sus propios hombres. Así pudieron llegar hasta la cabecera del puente unos veinte soldados.

Colipí desenvainó su largo sable de caballería y sus compañeros lo imitaron. Saltando repentinamente, como tigres, se confundieron con los bolivianos.

El fuego de la orilla opuesta cesó, por no matar a compañeros y enemigos; lo que permitió a los chilenos sablear a su antojo. El sargento Moscoso y Colipí medían casi dos metros cada uno y sus sables segaban cabezas como si fueran espigas. En pocos minutos los diez chilenos dieron cuenta total de los enemigos y el puente quedó más obstruido por cadáveres. Luego se tiraron de cabeza entre los riscos que los protegían, dispuestos a seguir impidiendo el cruce de los enemigos.

Entretanto, en Recuay, Candelaria Pérez encabezaba una patrulla de ocho hombres y subían a explorar el borde derecho del Callejón de Huailas, topándose con una avanzada del ejército del mariscal Santa Cruz que se adelantaba para cortar el paso al norte de los chilenos. En la obscuridad de la noche cayeron entre los caballos y, desde tierra, a golpes de cuchillo, fueron destripándolos.

Candelaria Pérez se batía como un demonio. Su escasa estatura le permitía moverse como una ardilla entre los caballos enemigos, dando tajos a diestro y siniestro. El desconcierto prendió entre los sorprendidos bolivianos y los que no habían sido desmontados retrocedieron en desbandada, mientras sus compañeros descabalgados eran acribillados a puñaladas. Fue increíble, pero aquella acción bastó para detener al batallón del coronel Francisco de Paula Otero. Y mientras el subteniente Colipí seguía conteniendo a la caballería boliviana en el puente del Llaclla, los batallones «Carampangue» y «Portales» lograban reunirse con el «Valparaíso» en Recuay y de inmediato con el grueso del ejército del general Bulnes en Yungay.

Tres horas mantuvieron su posición Colipí, el sargento Moscoso y sus ocho compañeros. Dejando atrás sólo un muerto, el soldado Mascarena, galoparon enseguida por la ladera cordillerana y se juntaron con sus batallones en Yungay. Al amanecer del día siguiente, el general Bulnes premió, sin pérdida de tiempo, a los valientes que habían salvado a su ejército. Ante todas sus tropas formadas, expresó:

—El subteniente Juan Colipí será ascendido a teniente, el sargento Moscoso a subteniente, y ellos, así como sus ocho compañeros, tendrán derecho a usar cosido a la manga izquierda un parche que dirá: «A los once valientes del río Llaclla». En cuanto a Candelaria Pérez, desde este instante se le confiere el grado de sargento.

Así fue como hasta el fin de esa guerra, que concluyó con la victoria definitiva de los chilenos en la batalla de Yungay, a la cabeza del regimiento «Carampangue» combatió infatigable y bravamente una mujer: la sargento Candelaria.

La Traición de Sarmiento

Estos son los retazos de una de las vidas más azarosas que pueden haber prosperado en tierras chilenas. Es la estampa del hijo de un arriero cordillerano que llegó a ser Presidente de la República Argentina, es la visión de un cerebro poderoso maleado por un carácter agrio, avasallador y petulante. Hijo adoptivo de Chile, hoy su memoria es perpetuada en bustos que decoran los establecimientos educacionales de nuestro país. Pero en un momento de su vida fue traidor a la tierra que lo cobijó.

Cuando el Ejército de los Andes trasmontó la cordillera en enero de 1817, entre los peones y arrieros que cargaban en sus mulas los víveres y pertrechos venía uno de hirsuta barba y grueso cuerpo llamado Clemente Sarmiento. Era procedente de la ciudad de San Juan y casado con Paula Albarracín. En los momentos en que este arriero contemplaba el triunfo en la cuesta de Chacabuco y avanzaba al día siguiente sobre su mula hacia Santiago, recordaba que ese mismo día, 19 de febrero, cumplía seis años su hijo mayor, Faustino Valentín. Efectivamente, Faustino Valentín Sarmiento había nacido en San Juan el 19 de febrero de 1811. Posteriormente, al procederse a su confirmación en la parroquia de su pueblo, sus padres, que eran devotos de Santo Domingo, le agregaron el nombre que lo haría famoso: Domingo Faustino.

La pobreza en que vivía la familia Sarmiento era tanta, que el muchacho apenas pudo realizar sus estudios elementales y tuvo que ser finalmente entregado al presbítero don José de Oro Albarracín, primo de su madre, y a quien Domingo Faustino sirvió de monaguillo durante varios años, recibiendo en cambio cama, comida y cierta educación.

Muy joven todavía, abandonó a su protector y se empleó en un almacén. Su carácter avasallador, fácilmente inclinado a la agresividad, se manifestaba ya y no duró mucho tiempo en aquel puesto. Desorientado, ingresó al ejército y abrazó con calor la causa unitaria. A los veinte años había alcanzado, en mérito a su intuitiva inteligencia, el grado de sargento mayor. Pero el grave revés que sufrieron los unitarios el 29 de marzo de 1831 en la batalla de Chacón, obligó a Domingo Faustino Sarmiento a huir junto con los soldados en derrota, hacia la cordillera.

En el valle de Calingasta eran ya muy pocos los hombres que lo acompañaban y, al cruzar la sierra del Tigre y embocar en la garganta por la que corre el río Los Patos, sus compañeros eran solamente cuatro. Con ellos emprendió el áspero ascenso, trasmontando el Alto del Espinacito, a cuatro mil quinientos metros de altura, arrastrando penosamente a sus bestias y sus hombres. Habiendo cruzado la frontera por el paso de Valle Hermoso, llegó a Putaendo a mediados de abril, extenuado y en las más tristes condiciones físicas.

Era allí gobernador don Domingo Sarmiento, lejano pariente suyo, quien lo acogió. Pero, temperamentos similares en violencia, no pudieron convivir juntos largo tiempo. El emigrado se trasladó entonces a Los Andes, en donde vivió auxiliado por algunas de las más respetables familias, especialmente la de los Del Canto.

Varios años permaneció en esta ciudad, dejando incluso en ella dos hijas. Para costear su manutención los vecinos le habían encomendado la Escuela Municipal con un sueldo de trece pesos mensuales. Allí Sarmiento adquirió cierta práctica para enseñar las primeras letras; pero, revolucionario por naturaleza, descubrió que un método silábico discurrido por él era más práctico que las cartillas en uso y el deletreo memorizado.

Su innovación provocó las protestas del gobernador de Los Andes, don José Tomás de la Fuente y, como el novel maestro no cediera ni un palmo en sus ideas, fue destituido de la escuela. Agriado por este hecho, lleno de rencor, pasión esta que fue predominante en su vida, se trasladó al vecino caserío de Pocuro, en donde instaló una cantina.

La casa en donde estuvo aquel negocio de mala muerte aún subsiste y sus verjas y murallas de adobe resisten a los años.

Tampoco tuvo suerte en este nuevo intento, obteniendo como único resultado el haber enseñado a leer y escribir a sus mozos para que le sacaran las cuentas del chinchel.

Ya el carácter de Sarmiento estaba definitivamente formado en una dura escuela de rigor, miseria y violencia. Reprendido por el subdelegado de Pocuro, por los escándalos de ebrios que se formaban en su cantina, y atendiendo a que el negocio le daba sólo pérdidas, se despidió del subdelegado diciéndole en forma airada:

—Señor, llegará el día en que usted tendrá que quitarse el sombrero para hablar conmigo.

La turbulencia de su vida se agita aún más en los años posteriores. Fue dependiente de comercio en Valparaíso; más tarde, tentado por la riqueza de la plata de Chañarcillo, se convirtió en capataz de una mina. Pero una mala estrella parecía perseguirlo y, en marzo de 1836, cayó enfermo de un ataque cerebral que lo tuvo con el juicio perdido durante varias semanas. Los mineros lo cuidaban con el respeto supersticioso que se dedica a los locos y ninguno de ellos creyó que volvería a recuperar el juicio.

Enflaquecido y hosco regresó a Los Andes y logró repatriarse gracias a que su figura había cambiado casi totalmente. Su madre y sus hermanas lo recogieron en San Juan como un despojo. Pero era este hombre de una complexión física extraordinariamente fuerte y pudo recuperarse y seguir desempeñando variados oficios, siempre con los contrastes que le creaban su carácter atropellador y su rencor hacia la vida.

Sello de su mala suerte fueron las nuevas batallas entre unitarios y federales. Encarcelado por gritar sus ideas, el 8 de noviembre de 1840 sufrió una grave vejación. Una noche un grupo de oficiales federales borrachos entraron a la cárcel y al grito de «¡Mueran los salvajes unitarios!» lo sacaron a la calle, le raparon el cráneo a navaja y lo hubiesen degollado de no haber intervenido el gobernador de San Juan, movido por los gritos de la madre y hermanas de Sarmiento.

Comprendiendo que en cualquier instante podía ser asesinado, Domingo Faustino cruzó una vez más la cordillera y se radicó en Santiago a principios de 1841. Fue en esa época que cambió su destino. Recordando los hechos que le narrara su padre, escribió un artículo sobre la batalla de Chacabuco, que publicó *El Mercurio* de

Valparaíso y que le abrió el camino del periodismo.

Pero su espíritu inquieto le hacía volver siempre los ojos hacia la patria argentina, deseando fervorosamente la derrota del federalismo. Nuevamente trató de ir a combatir por la causa unitaria, pero al descender hacia Mendoza supo la derrota definitiva del ejército de su bando. Los prófugos, perseguidos enconadamente por los federales, lo envolvieron en su fuga y hubo de regresar al refugio de Las Cuevas, en donde él y numerosos soldados quedaron aislados por un furioso temporal. Días más tarde los rescataban los soldados chilenos enviados por el gobernador de Los Andes. Sarmiento por segunda vez ingresó a Santiago, decidido ahora a quedarse para siempre.

Don José Victorino Lastarria conoció en esa época a Domingo Faustino Sarmiento y lo describe de la siguiente manera:

«Vivía en el departamento del tercer piso del Portal de Sierrabella, que estaba situado en el ángulo de la calle de Ahumada con la Plaza de Armas. Este era un salón cuadrado, muy espacioso, al centro una mesita con una silleta de paja y en un rincón una cama pobre y pequeña. El hombre era realmente raro: sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija, pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por el conjunto de su cabeza que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y franqueza de palabra de aquel
joven-viejo,
que su fisonomía se animaba con los destellos de su gran espíritu y se hacía simpática e interesante».

Don Manuel Montt fundó en aquellos entonces, el 18 de enero de 1842, la primera Escuela Normal de Preceptores de Hispanoamérica, apenas dos años después de haber hecho algo semejante Estados Unidos de Norteamérica. Don Manuel Montt y don Andrés Bello habían creído ver en Sarmiento un hombre de condiciones innatas sobresalientes y atendiendo a esta razón lo designaron como director de la Escuela Normal. Desde aquí, el camino debió haber sido llano para el exilado argentino, pero otra vez su personalidad singular volvió a sumergirlo en un torbellino de pasiones descontroladas. Su desmedido uso de la autoridad en el plantel educacional, las ardorosas crónicas que escribía en los

diarios de Santiago y Valparaíso le iban ganando cada vez más enemigos. Hasta con el propio Andrés Bello arremetió en uno de sus artículos, llegando a decir en *El Mercurio*:

«Si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido hace tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros».

Por otra parte, sus continuas actividades y ataques contra el tirano Juan Manuel de Rosas, que gobernaba a la Argentina, y sus ardientes campañas contra el federalismo comprometían cada vez más las relaciones diplomáticas de Chile con el país vecino. Es de justicia reconocer, sin embargo, que durante esa época escribió numerosas obras históricas, gramaticales y literarias. Al decir de los periodistas y profesores que lo conocieron entonces, la capacidad de trabajo de Sarmiento era increíble. Pero su fogosidad se derramaba en todas direcciones y tanta hostilidad despertó en torno suyo que el Ministro de Educación estimó cuerdo, para aprovechar su capacidad y al mismo tiempo alejarlo del mal ambiente que lo rodeaba, otorgarle un viaje de estudios por los países mas avanzados en el plano de la educación. Así, desde 1845, recorrió Francia, España, Italia, Holanda, Alemania, Rusia y parte del África. En 1847 estuvo en Estados Unidos y regresó a Santiago en febrero de 1848.

Los años y el inmenso cúmulo de conocimientos que había adquirido durante este período, no habían apagado, sin embargo, su ánimo batallador y sus grandes ambiciones políticas, pero sí habían atenuado bastante su acendrado odio hacia el federalismo, cuyos espléndidos resultados había conocido en los Estados Unidos. Cesó, pues, en sus ataques contra el bando federal argentino.

Al mismo tiempo, aplicó en la Escuela Normal de Preceptores las ideas modernas de pedagogía que había absorbido en su largo viajar. Al concluir su período de actuación en el plantel de preparación de profesores de Santiago, éste se encontraba en un brillante pie de superación, motivo por el cual el Gobierno chileno le concedió una pensión vitalicia.

Por otra parte, derrocado el tirano Rosas en la Argentina y eliminadas casi por completo las odiosidades entre unitarios y federales, desaparecía el obstáculo para que Domingo Faustino Sarmiento regresara a su patria. Allí se aplicó con igual o mayor

espíritu combativo a las dos grandes pasiones de su vida: la educación y la política. Sus actuaciones en ambos campos fueron sobresalientes y, como sus principios de autoridad dura y sin contrapeso eran justamente los que necesitaba la Argentina, que venía saliendo de la anarquía y el terror de la «Mazorca», fue elegido Presidente de esa nación el 16 de agosto de 1868, mandato supremo que mantuvo hasta el 12 de octubre de 1874.

Sus actuaciones posteriores son acremente discutidas, tanto por historiadores de su patria como de Chile. Pero el cargo mayor que se puede hacer a Sarmiento es el de la sórdida ingratitud con que pagó los beneficios que Chile le brindó durante los largos años de exilio que vivió en esta tierra, los que, según don Francisco Antonio Encina, «lo habían transformado de gaucho semigenial, burdo, inculto, petulante y descontrolado, en una personalidad singular, de valer indisputable».

Ya en su período presidencial, Sarmiento se avino a firmar una triple alianza de Argentina, Perú y Bolivia, contra Chile, al gestarse el tratado secreto de 1873. Pero sus ministros y consejeros senatoriales lo hicieron desistir de aquel propósito. No obstante, al producirse la Guerra del Pacífico, en 1879, siendo Presidente de Argentina don Nicolás Avellaneda, Sarmiento volvió sobre su primitiva idea de la triple alianza y movilizó a tal extremo sus influencias políticas que alcanzó a conseguir que la Cámara de Diputados de Buenos Aires aprobara la declaración de guerra a Chile y, de no haber sido por la esforzada intervención del senador Guillermo Rawson, ésta también hubiera sido aprobada en el Senado argentino.

Jamás nadie ha podido explicarse qué razones impulsaron a Sarmiento a dar este mal paso contra la nación que lo prohijó y a la cual él mismo llamó en numerosas ocasiones «mi patria chilena». El final de su historia queda reflejado en el hecho que murió exilado en el Paraguay en 1888, repudiado por la mayoría de la opinión de su país con la misma fuerza con que, posteriormente, a través de la Historia, fueron reconocidos sus innumerables méritos. También en Chile, a pesar de todo, se recuerda su memoria con respeto perdurable.

La Vergüenza del Almirante Pareja

Una de las contiendas más inútiles y desdorosas en la que se haya visto envuelto nuestro país es, por cierto, la llamada Guerra con España, ocurrida en 1865. Aparte los detalles vagos y absurdos que envolvieron su gestación, ella tiene dos hechos culminantes: la captura de un barco, la *Covadonga*, y el precio que un almirante pagó por ella: un limpio tiro en la sien, que borró su vergüenza.

La guerra con España no fue en su esencia otra cosa que una manifestación cruenta de lo que puede la porfía de los hombres de sangre ibérica, tanto españoles puros como americanos; y en su parte más íntima ella no representó otra cosa que el deseo de venganza del almirante José Manuel Pareja por la muerte de su tío, también almirante, Antonio Pareja, ocurrida en Chile en 1813.

En los alrededores de 1862 se había producido en América entera un palpable sentimiento antieuropeo, especialmente en Chile, en donde don José Victorino Lastarria, don Benjamín Vicuña Mackenna, don Domingo Arteaga Alemparte y los copiapinos Matta, Gallo y Recabarren, llegaron a expresar que todo lo malo, lo caduco y corrompido venía de Europa y que el único lugar del mundo donde podían florecer la igualdad, la fraternidad y la justicia era América. Acentuó este sentimiento contrario a Europa la anexión voluntaria de Santo Domingo a España y las intervenciones de franceses, ingleses y españoles en México.

Ahora bien, desde los tiempos de la independencia el Gobierno del Perú mantenía una deuda pendiente con España, la que no había sido cancelada, pese a todas las gestiones diplomáticas. Ante tal situación, la escuadra española en el Pacífico se apoderó de las

islas Chinchas, principal arca del erario peruano, por sus ricos yacimientos de guano. Realizaron esa toma de posesión de la islas los comandantes Salazar y Mazarredo.

Lo curioso del caso es que este acto de prepotencia causó más indignación en Chile que en el Perú. Por otra parte, España había reconocido la independencia de todas las nuevas repúblicas americanas, salvo la de esta última, por el simple hecho de que los gobiernos peruanos no se habían preocupado de obtener tal reconocimiento.

La noticia de la expropiación de las islas Chinchas, recibida en Valparaíso el 30 de abril de 1864, provocó una violenta reacción en los medios más altos de nuestro país, dando origen a un mitin realizado en el Teatro Municipal el l.º de mayo, ocasión en que Vicuña Mackenna electrizó a la concurrencia con un discurso que terminaba diciendo: «¿No es esto declarar que la guerra continúa? ¡Que haya, pues, guerra, compatriotas! ¡Qué resuciten los días inmortales de Maipo y de Junín!».

Pese a que el Presidente de la República, don José Joaquín Pérez, y sus ministros se oponían a esa guerra absurda, el ardimiento popular fue acrecentándose en forma incontenible. No bastó a calmarlo que el gobierno de Isabel II de España desaprobara la ocupación de las Chinchas y censurara al comandante Salazar por tal acto; tampoco impresionó que Argentina y las demás repúblicas de América, solicitadas, se negaran a formar alianza de ninguna especie con los ofendidos Perú, Chile y Bolivia. Tampoco detuvo la carrera bélica el hecho de que, mediante un tratado firmado por el general peruano Manuel Ignacio Vivanco con el almirante Pareja, que había llegado de incógnito a hacerse cargo de la escuadra española, la Corona devolviera las islas Chinchas a cambio de tres millones de pesos que pagó el Perú. En Arequipa estalló la revolución contra el Presidente Pezet, lo depuso y lo reemplazó por el Presidente Canseco.

Esto, sumado a la actitud francamente provocadora de Chile, despertó los viejos rencores del almirante José Manuel Pareja, quien, el 5 de febrero de 1865, envió a Valparaíso a la goleta *Vencedora*, cuyo comandante portaba un pliego exigiendo que los fuertes del puerto rindieran una salva de honor de veintiún cañonazos al pabellón español en actitud de desagravio. Además

debían pagársele tres millones de pesos por haberles sido negado el carbón a los barcos de su escuadra en Lota.

Naturalmente esta arrogante actitud del almirante Pareja obtuvo el rechazo más airado y el marino español decidió trasladarse a Valparaíso para castigar la insolencia chilena. Llegó frente a ese puerto el 17 de septiembre de 1865.

La guerra se había hecho inevitable. Pero era una guerra que, según los gobernantes de los países americanos más cuerdos, aparecía ridícula. Por un lado, una escuadra de cinco fragatas, dos goletas y varios transportes, pero sin ejército de desembarco; por el otro, un país sin escuadra, que contaba apenas con dos pequeños barcos, la *Esmeralda* y el *Maipo*, pero con un ejército suficiente para anular todo intento de desembarco de los españoles.

El almirante Pareja envió un altisonante ultimátum al Gobierno de Chile, recibiendo en cambio una digna respuesta del Ministro del Interior, Covarrubias. Pero simultáneamente el Congreso autorizaba al Presidente de la República para rechazar las hostilidades de la escuadra española y para declarar la guerra a los agresores.

El jefe de los barcos chilenos, capitán de fragata Juan Williams Rebolledo, recibió orden de abandonar Valparaíso con la *Esmeralda* y el *Maipo* y refugiarse en Chiloé. La primera de estas dos naves pasó junto a la fragata *Villa de Madrid*, buque insignia del almirante Pareja, y sé perdió hacia el sur sin ser molestada.

El marino español estableció entonces el bloqueo de todos los puertos chilenos, distribuyendo sus buques frente a Caldera, Coquimbo, Valparaíso y Talcahuano. Estos eran las fragatas *Resolución, Blanca, Villa de Madrid* y *Berenguela*. Ellas eran protegidas por la fragata blindada *Numancia*, uno de los buques más poderosos del mundo en esos momentos, pues era de siete mil quinientas toneladas, poseía cuarenta grandes cañones, blindaje de trece centímetros y máquinas de mil caballos de fuerza, que le daban un andar de trece millas por hora.

Mientras el furor popular cobraba sus víctimas entre los españoles residentes en Chile, el ministro Domingo Santa María conseguía en el Perú el envío de la escuadra de esa nacionalidad para cooperar con la chilena y, pese a la oposición de los comandantes Grau y Villar, ésta se puso en marcha hacia el sur, navegando en ella el propio Miguel Grau.

Por su parte, el comandante Williams Rebolledo, al recalar en Lota para abastecerse de carbón y víveres, se enteraba, por informe de un capitán inglés, que las dos naves más pequeñas de la escuadra española se encontraban en Coquimbo. Eran la *Covadonga* y el carbonero *Matías Cousiño*, recientemente capturado en alta mar.

Rápidamente, Williams Rebolledo alteró sus planes y, navegando océano adentro, se dirigió hacia el norte para sorprenderlos. Eran las siete de la mañana del 26 de noviembre cuando los vigías de la *Esmeralda* señalaron la presencia de los dos buques españoles inmovilizados dentro de la bahía de Papudo.

El comandante Williams reunió a sus oficiales en su cámara y fue consultando sus opiniones.

—¿Podremos empeñar en un combate a nuestro barco que apenas da seis millas por hora contra la cañonera que da once?

Muchas cabezas galoneadas se movieron con expresión dubitativa. Pero hubo una entre ellas que afirmó con timidez. Era la de un guardiamarina pálido, de ojos claros, que hacía sus primeras armas como jefe de los artilleros de la *Esmeralda*. Se llamaba Arturo Prat. Otro oficial joven, el subteniente Carlos Condell, aprobó también.

—Nuestra nave es mayor, tenemos más cañones y más tripulación.

El comandante Williams hizo un gesto afirmativo. Lo que él temía era otra cosa: que el retumbar de los disparos, arrastrado por el viento favorable, llegara hasta Valparaíso, donde se encontraban el buque insignia *Villa de Madrid* y la poderosa fragata *Numancia*.

Pero no era ocasión para perder tiempo en mayores discusiones. Irían al combate aunque después se vieran envueltos por las otras fragatas españolas que podían estar próximas.

La estratagema que urdió el comandante de la *Esmeralda* no fue, en verdad, muy noble, pero muchos marinos del mundo la habían usado alguna vez. Ella consistió en arriar el pabellón chileno e izar una vistosa bandera inglesa en el trinquete.

Así se efectuó y, al disiparse la bruma matinal, el capitán Pablo Ferri, jefe español de la *Covadonga*, vio que embocaba la bahía de Papudo una corbeta con el pendón británico, razón por la cual la dejó acercarse. La *Esmeralda* llegó hasta quinientas yardas de la nave adversaria y fue entonces que el comandante Williams

Rebolledo dio a Arturo Prat la orden de fuego. La andanada rasó la cubierta de la nave española aventando a sus tripulantes, a tiempo que en la *Esmeralda* se arriaba la bandera británica elevándose hasta el tope del palo mayor la tricolor chilena.

La cañonera no estaba preparada para esa sorpresa, tampoco para huir, pues sus máquinas se hallaban en muy mal estado. Desmoralizada su tripulación, enfocados sus cañones hacia la otra banda, apenas pudo ofrecer una breve resistencia con sus fusileros. Activadas sus máquinas, intentó trabar a su adversaria mediante cables y garfios de abordaje. Pero la *Esmeralda* atacaba y se retiraba, sin cesar en sus disparos.

A las once de la mañana Ferri perdió el control sobre sus tripulantes y éstos arriaron la bandera de España en señal de rendición. El capitán, viéndose impotente, con un gesto de heroica decisión abrió las válvulas del casco para que éste se hundiera. Pero era una acción tardía; ya las lanchas de la *Esmeralda* abordaban a la *Covadonga* y los marineros chilenos, guiados por el temerario teniente Manuel Thompson, trepaban a su cubierta por los calabrotes y por la popa. Mientras la tripulación se rendía, Thompson, observando que la nave comenzaba a escorar, adivinó que las válvulas estaban abiertas y ordenó que fuesen cerradas de inmediato. Así se salvó la *Covadonga*. Y en tanto que el capitán Pablo Ferri y sus dos lugartenientes inmediatos entregaban a Thompson sus espadas, se izó en el palo mayor de la cañonera la bandera de Chile. El capitán, seis oficiales y ciento quince marineros fueron apresados y trasbordados a la *Esmeralda*.

La captura de la *Covadonga* fue un golpe demasiado duro para el almirante José Manuel Pareja. Se enteró de ella por el cónsul norteamericano en Valparaíso, que se hizo conducir hacia la fragata insignia *Villa de Madrid* en una lancha. Pareja recibió la noticia con el rostro contraído, pero sin ninguna manifestación que delatara su quebranto interior.

Después de cenar con el cónsul norteamericano, lo acompañó hasta el portalón y se despidió de él, dándole nuevamente las gracias por la molestia que se había tomado. Luego, se quedó paseando por la cubierta de su magnífico barco, contemplando una y otra vez las luces de Valparaíso. Después de recibir de su segundo la cuenta referente al cambio de guardia, bajó lentamente al interior

de la nave.

No habían transcurrido muchos minutos, cuando su ayudante oyó el amplificado estampido de un tiro de revólver en la cámara del comandante. A saltos se dirigió a ella, pero la puerta estaba con llave. Le fue necesario acudir a varios marineros para violentar la cerradura, y al saltar ésta de sus tornillos, ante los ojos de los marinos españoles se mostró un cuadro que los dejó alelados. El orgulloso jefe español no había sido capaz de soportar su derrota y se había levantado la tapa de los sesos. Sobre su mesa escritorio blanqueaba un papel, salpicado con su sangre. En él el almirante había escrito unas pocas líneas:

«Que no me sepulten en aguas chilenas; que todos se conduzcan con honor».

El suicidio del almirante Pareja produjo un estado de locura bélica entre los marinos españoles, quienes desde aquel momento se dieron a perseguir a la escuadra aliada

chileno-peruana

a lo largo de la costa. Los marinos peruanos habían logrado reunir junto a la *Esmeralda*, la *Covadonga* y el *Maipo* a la fragatas *Apurímac* y *Amazonas* y las corbetas *Unión* y *América*, naves todas las cuales se refugiaron en Ancud y Abtao en febrero de 1876.

La escuadra española, ahora bajo el mando del comandante Casto Méndez Núñez, atacó a la flota aliada en Abtao, pero temerosa de encallar sus naves en los bajíos, se mantuvo en un inútil cañoneo desde más de mil quinientos metros de distancia. Igualmente fracasó frente al estero de Huito, donde Williams Rebolledo refugió posteriormente a la escuadra.

Exasperado, el comandante Méndez Núñez concibió entonces la más repudiable medida para vengar el herido orgullo español y la muerte de su jefe. Aceleradamente navegó con su escuadra hasta Valparaíso y la desplegó frente al puerto. Enseguida, notificó al gobernador, el 27 de marzo, que cuatro días más tarde bombardearía la ciudad, sugiriéndole que enarbolara bandera blanca en los hospitales, iglesias y establecimientos de beneficencia.

Bastaba solamente la visión de la formidable *Numancia* para introducir el pánico en la población. La mitad de los habitantes de Valparaíso abandonaron sus casas, cargando con sus ropas y objetos más preciados.

Inútiles fueron las gestiones de los jefes de las escuadras norteamericana e inglesa que se encontraban con sus naves en Valparaíso. Éstos llegaron hasta a amenazar a Méndez Núñez con intervenir con el poderío de sus propios barcos antes que permitirle la impune matanza en una ciudad abierta; nada sirvió para doblegar la porfiada voluntad del jefe español. El 31 de marzo, la *Blanca*, la *Villa de Madrid*, la *Resolución* y la *Vencedora* se apostaron en línea de combate frente a los almacenes de la Aduana, la Bolsa de Comercio, la Intendencia y la línea del ferrocarril. A las ocho de la mañana, las escuadras inglesa y norteamericana abandonaron el puerto y la *Numancia* disparó su primer cañonazo.

Durante tres horas todos los buques españoles bombardearon sistemáticamente la ciudad indefensa. Sólo cuando los incendios se propagaron por todo el centro de Valparaíso, Méndez Núñez se consideró suficientemente vengado y ordenó cesar el fuego. Sus cañones habían lanzado dos mil seiscientas bombas y granadas. Habían dañado gravemente al principal puerto de Chile, es verdad, pero también habían destruido algo dentro de sus propios pechos de marinos: el sentimiento de la nobleza. A bordo de los barcos españoles la vergüenza que experimentaban oficiales y tripulantes era profunda. La calificación de cobardes incendiarios afloraba en todos los labios y no podían soportarla; sabiendo, sobre todo, con convicción absoluta, que el acto que habían cometido, lejos de enaltecerlos ante los ojos de sus propios compatriotas, sería considerado repudiable en España entera.

Al día siguiente, 1.º de abril de 1866, la escuadra de Casto Méndez Núñez emprendió el retorno a su patria, llevando todos sus marinos el sentimiento de haber manchado con una ignominia las nobles tradiciones del pueblo español.

El Naufragio del Waterie

Que nuestro país es territorio de cataclismos, terremotos y maremotos no es necesario repetirlo. Sobradamente sabemos que pertenece al llamado «Semicírculo de fuego del Pacífico», cadena de volcanes subterráneos y submarinos extendida desde el Japón. Dentro de la innumerable serie de calamidades sísmicas que han azotado a nuestro país, existe una que dejó como recuerdo histórico el casco de un barco sobre el lomo de un cerro. Es la historia del *Waterie*.

Todos los geólogos del mundo coinciden en que la desconcertante constitución geográfica de nuestro país parece indicar que éste se formó con el desborde de alguna horrenda erupción volcánica o tal vez de un cataclismo que sumergió a un continente en el Pacífico e hizo emerger la cordillera de los Andes, cuyas cumbres eran antiguamente islas. La secuencia de desiertos, volcanes, islas, ventisqueros, desparramados al lado poniente de la cordillera de los Andes forma un conjunto pintoresco equilibrado sobre un caprichoso zócalo que se suspende entre montañas de más de cuatro mil quinientos metros y una cuenca marina de una profundidad igual. Este pavoroso desnivel, superior a los nueve mil metros, se produce en una distancia menor a doscientos kilómetros. ¿Qué puede extrañar, pues, que esta angosta faja de tierra se estremezca y convulsione cada cierto tiempo? La Historia nos recuerda con tristes fechas los que fueron desastres espantosos, capaces de pulverizar ciudades enteras o hacer desaparecer tragados por las olas decenas de puertos. Así nos dice: 1647, terremoto en Santiago; 1657, terremoto en Concepción; 1604, 1615, terremotos en Arica y todo el litoral norte; 1877, terremoto y maremoto que se tragaron a Cobija y Gatico; 1868 y 1895, maremotos en Arica; 1906, terremoto en

Valparaíso…, y siguen las fechas fatídicas.

Pero dentro de estas catástrofes existen algunos hechos curiosos dignos de ser recordados. Por ejemplo, el caso del vapor *Waterie*. Este era un navío de fondo plano de la marina norteamericana, equipado con ruedas laterales como los primeros vapores que empezaban a surcar los mares; tenía además doble timón, es decir uno a proa y otro a popa.

Después de haber realizado un crucero por el Pacífico, en compañía del *Fredonia*, buque almacén de la armada de guerra de Estados Unidos, echó sus anclas en la bahía de Arica el 2 de julio de 1868. Junto a él quedaron anclados el buque de guerra inglés *Chanacelia* y el barco de guerra peruano *América*.

La población de Arica, que en aquella época era de unos diez mil habitantes, sentía verdadera complacencia cuando estaban en su bahía barcos de guerra de naciones amigas, porque ellos ponían a salvo el puerto de posibles incursiones de los piratas. Por esta causa dieron frecuentes y generosas fiestas a los marinos del *Waterie*, el *Fredonia* y el *Chanacelia*. El 4 de julio los norteamericanos celebraron su aniversario patrio en compañía de los marinos peruanos del *América*; y a su vez los tripulantes de este barco celebraron el 28 de julio su aniversario patrio con los del *Waterie* y los del *Chanacelia*.

Los tres barcos extranjeros se disponían a zarpar de regreso a sus respectivos países, cuando el cable submarino trajo al prefecto de Arica una noticia que hizo fruncir el ceño a los comandantes norteamericanos e inglés.

—Señores comandantes, la fiebre amarilla se ha declarado en el Callao, de modo que ninguno de vuestros barcos podrá aprovisionarse en ese puerto —les informó el prefecto de Arica.

Los tres jefes extranjeros regresaron a sus cámaras para estudiar la forma de eludir el paso por el Callao.

Con profunda razón el comandante del *Waterie* imaginaba que, si había fiebre amarilla en el Callao, también existía el mismo peligro en los puertos de Trujillo, Lambayeque y Túmbez, del litoral norte del Perú. Como no dispusiera del carbón suficiente para navegar directamente a Guayaquil, decidió esperar nuevas noticias en Arica y, de no obtenerlas, regresar a la costa chilena y

aprovisionarse en Valparaíso. Igual determinación adoptaron los jefes del *Fredonia* y del *Chanacelia*. En cambio el comandante del barco peruano *América*, que era considerado el más veloz del mundo en aquella época, decidió quedarse en Arica para ayudar a resolver su problema de abastecimiento a los barcos visitantes.

Debido a esa circunstancia fue que las cuatro naves de guerra permanecían aún en Arica en los comienzos de agosto. El día 2 de ese mes se empezaron a producir las primeras anormalidades en tierra. En la tarde de ese día, se encontraba el teniente George Billings acodado en la borda del *Waterie*, cuando observó en la ciudad sucesos que lo hicieron estallar en carcajadas, a tiempo que llamaba a algunos de sus compañeros.

—¿Qué demonios es lo que está pasando en tierra? —comentó riendo—. Vean cómo sale la gente a las calles corriendo como hormigas enloquecidas, lanzando gritos y haciendo aspavientos de terror.

Los marinos se divirtieron grandemente esa tarde, sin llegar a explicarse qué era lo que había sucedido en tierra. Dos días después volvió a repetirse el incidente y esta vez alguien se aventuró a arriesgar una opinión:

—Seguramente está temblando —dijo, y todos cesaron en sus risas, porque habiendo estado antes en el Japón y en las costas de Chile, bien conocían los efectos espantables de los movimientos sísmicos.

Corrieron cuatro días más, y en la mañana del 8 de agosto el comandante del *Waterie* indicó a sus oficiales que se aprestaran a zarpar al día siguiente rumbo directo a Guayaquil. Las órdenes fueron cursadas en el navío y en el *Fredonia* y ambos barcos quedaron a la espera, dispuestos para el zarpe.

Pero a las cuatro de la tarde de ese mismo día comenzó a surgir por el horizonte del suroeste, es decir, viniendo del mar de Chile, un ruido indefinible, que crecía lentamente, como el gruñido de un león furioso. Este ruido se multiplicó tanto que al final lo cubrió todo, pareciendo que brotaba del profundo lecho del océano. Cuando el estrepitoso ronquido estuvo sobre ellos, los barcos fueron violentamente remecidos, el mar se encrespó e hirvió de espumas, mientras el terreno de la costa ondulaba con sinuosidades de oleaje e inclinaba los cerros del fondo unos contra los otros, haciendo

despedazarse sus cumbres.

Cuatro o cinco minutos duró esta escena dantesca, hasta que el polvo desprendido de la tierra privó a los marinos del espectáculo que ofrecía el puerto. Sin embargo, el retumbar de los muros de las casas que se derrumbaban y los alaridos de espanto de los ariqueños no habían escapado a los oídos de los navegantes.

Alrededor de las cuatro y media de la tarde se despejó la atmósfera y entonces los norteamericanos e ingleses pudieron ver sobre el muelle a un grupo de personas que clamaban desesperadamente requiriendo socorro para rescatar a los pobladores que habían quedado sepultados en las ruinas de sus casas.

El comandante del *Waterie* comprendió de inmediato la urgencia de la situación y ordenó al teniente Billings:

—Desembarque cuarenta hombres en una lancha, provistos de palas, picotas, vendas y elementos médicos para curar heridas. Preste todo el auxilio que pueda a los pobladores y envíeme un informe de lo sucedido con un bogador.

—A su orden, señor.

A las cinco de la tarde estaban en tierra los cuarenta tripulantes del *Waterie* con sus elementos de salvamento, así como otros marineros del *América* y del *Chanacelia*. Su labor tuvo que comenzar de inmediato, porque la ruina de la ciudad había sido desastrosa; no quedaba ninguna casa en pie y, siendo todas ellas de adobes con techos planos de espeso barro y paja, eran innumerables las personas que habían desaparecido aplastadas por los derrumbes.

Rápidamente, los marineros ingleses, peruanos y norteamericanos fueron removiendo escombros y sacando heridos y cadáveres. Pero estaban en plena faena cuando se repitió el ruido pavoroso de hacía hora y media. Esta vez su origen parecía ser el desierto y avanzaba hacia la costa.

Nuevamente la tierra se agitó enloquecida, ondulando como un mar borrascoso; los pocos muros que quedaban en pie se vinieron al suelo con estrépito y los marinos experimentaron en carne propia el pavor del terremoto. Habiendo huido todos ellos hacia la playa, vieron con terror cómo el muelle se quebraba en sus bases

hundiéndose en las olas. Pero eso no fue lo peor. Casi simultáneamente con el terremoto, el mar comenzó a replegarse sobre sí mismo dejando en seco a los cuatro navíos y exhibiendo ante los despavoridos ojos de los que estaban en la playa el fondo rocalloso del océano y los peces y seres de las profundidades. Más allá, a una milla de la costa, vieron cómo se abría el precipicio de cerca de cuatro mil quinientos metros de hondura, que forma la cuenca marítima de Tarapacá. Una voz empavorecida se levantó entonces entre los marinos:

—¡Maremoto!… ¡Se va a salir el mar y nos tragará a todos! ¡Corramos hacia los cerros!

Fue aquélla una fuga enloquecida. Marinos y pobladores corrían a todo lo que les daban sus piernas en dirección a las laderas del Morro, por las cuales trepaban desesperadamente, ayudándose con las manos. Llegados a media altura, pudieron volver los rostros y contemplar el espectáculo que se ofrecía abajo.

El mar, que se había recogido como felino que toma impulso para saltar sobre su presa, volvió con ímpetu arrollador. Olas gigantescas de más de treinta metros de altura chocaron con estrépito de cañonazos contra los rompientes del Morro, otras devoraron las ruinas del puerto y las de más al norte asaltaron la pampa, yendo a estrellarse contra los cerros del interior.

En el centro, la espantosa marejada cogió a los cuatro barcos que habían quedado tumbados en el fondo seco, los levantó violentamente, estrellándolos a uno contra el otro, los dio vueltas como si fueran corchos y finalmente los arrojó contra la costa. El buque almacén de los norteamericanos, el *Fredonia*, con toda su tripulación a bordo, fue lanzado contra las rocas del Morro, pulverizándose en medio de la mar enloquecida. Ni un hombre salvó con vida. El *Chanacelia* dio cuatro o cinco vueltas de campana enredándose en la larga cadena de su ancla mayor, y así, como atado por un gigante, fue a caer sobre la playa, dos millas tierra adentro. El barco de guerra peruano *América*, que era muy marinero, logró mantenerse en equilibrio sobre las inmensas olas y fue a caer de costado en medio de la pampa del Chinchorro. Y el *Waterie*, que se encontraba con sus calderas encendidas, pudo echar a andar sus poderosas ruedas laterales y esto le permitió recibir el embate de las olas de popa a proa, sin tumbarse, por lo que,

levantado sobre lo más alto de la marejada, avanzó muy tierra adentro y quedó blandamente depositado a tres kilómetros de la playa, sobre las arenas de la pampa. Las olas del maremoto dejaron marcadas en la falda de los cerros una señal a diecisiete metros sobre el nivel de la playa.

Conocedor de la forma en que se producían los maremotos, el comandante del *Waterie* prohibió a sus hombres que abandonaran el barco y, en lugar de eso, les ordenó amarrarse a los objetos fijos que existían en cubierta. No pasó lo mismo en el barco peruano *América*. Tan pronto fue depositado en la pampa del Chinchorro, sus tripulantes saltaron por las bordas a la arena y trataron de alejarse. Fue entonces que vino la segunda ola, de menor fuerza, pero arrolladora. Con un común grito de espanto, los marinos peruanos vieron cómo se abalanzaba sobre ellos y los succionaba hacia el fondo del océano, al igual que a su barco, que fue triturado y hecho astillas.

Después que el mar volvió a su cuenca natural, una paz de muerte reinó en la playa. Nunca se supo cuántos de los diez mil habitantes perecieron en aquella catástrofe. Los marinos del *Waterie* y los del *Chanacelia* sólo se preocuparon de salvar a los vivos y a los heridos visibles. Guiando a los primeros y conduciendo a cuestas a los últimos, se refugiaron en el Morro.

La noche había cerrado agregando un matiz más de horror a la desventura general. Cuando amaneció el día siguiente, todo había pasado y el mar estaba en absoluta calma. El comandante del *Waterie* echó una mirada a su barco, que se veía empequeñecido allá, a tres kilómetros de la orilla de la playa y a setenta metros de los cerros, y meneó la cabeza con desaliento.

—Es inútil —reflexionó—, jamás podremos reflotarlo. Señores oficiales, que la marinería vaya a nuestro barco y lo desmantele, sacando de él todo lo que podamos desprender.

La playa estaba sembrada de restos de mercaderías que habían escapado de los vientres de las otras naves despedazadas, las que fueron acumuladas junto al único barco que había quedado varado, para librarlas de la codicia de los habitantes del interior que ya empezaban a acudir, noticiados de la catástrofe. En torno al *Waterie* se estableció un campamento donde por espacio de una semana se dieron alimentación y medicinas a los sobrevivientes de

Arica. Al cabo de ese tiempo ancló en la bahía el barco de guerra norteamericano *Fowhatan*, el cual recogió a los tripulantes del *Waterie*. Sólo quedó en Arica el contador del barco, comisionado para venderlo en pública subasta cuando se restableciera la normalidad en el puerto.

Efectivamente, el *Waterie* fue rematado tres meses más tarde y, como se hallaba intacto, se lo transformó en hotel y casino de diversiones, en el cual durante varios años se dieron exóticas fiestas, de gran lujo y alegría. La música de las orquestas y las carcajadas de los festejantes hicieron olvidar pronto los alaridos de espanto que se elevaran en torno suyo en aquellos días en que el mar lo arrojó a la costa.

Más tarde, carcomido por el óxido y la sequedad salitrosa, fue destinado a hospital, y finalmente, muchos años después, sirvió de bodega, hasta que un nuevo maremoto, el del 9 de mayo de 1877, cogió otra vez entre sus zarpas al infortunado barco e hizo un esfuerzo por tragárselo, consiguiendo solamente acercarlo hasta menos de medio kilómetro de la playa.

Ahí quedó el *Waterie*, ahora destrozado, con una de sus grandes calderas asomando por un costado del casco.

La guerra del Pacífico puso fin a su porfiada existencia. Los blindados chilenos lo usaron de blanco para ejercitar la puntería de sus grandes cañones hasta despedazarlo.

Por último, del *Waterie* sólo quedó una caldera, que aún hoy se ve semisepultada en las arenas de la Pampa del Buitre, como testimonio de la trágica noche del 8 de agosto de 1868, en que el flamante buque de guerra fue lanzado sobre la costa por el maremoto que se tragó entera a la ciudad de Arica.

La Atroz Decisión del Teniente Caldera

Esta es posiblemente una historia única entre los millares de historias de soldados que corren por el mundo. Increíble hasta el grado máximo, es, sin embargo, totalmente cierta. El protagonista principal existió hasta no hace mucho tiempo.

El batallón «Aconcagua», organizado en San Felipe, participó en las últimas batallas de la Guerra del Pacífico. Según los sanfelipeños que componían esta unidad, su comandante era…, era nada más que «una mala bestia». No son expresiones mías, sino del difunto veterano Francisco Máximo Caldera. Llamábase este comandante Rafael Díaz Muñoz y era calificado tan duramente por sus subordinados debido a su terrible concepto de la disciplina.

Pero es lo que ocurrió al abanderado de ese batallón lo que nos ocupa ahora; justamente porque ese abanderado era Francisco Máximo Caldera, que compartía ese honor con su hermano Benigno. Ambos tenían tallas de gigantes, sobrepasaban el metro noventa de estatura, y su gallardía era motivo de orgullo para el «Aconcagua». No quiero olvidar un detalle pintoresco. En los desfiles, junto al abanderado marchaba la mascota del batallón, un chivato, al que se había bautizado con el nombre de Pancho.

Pues bien, a comienzos de enero de 1881, cuando el «Aconcagua» vivaqueaba con el grueso del ejército junto al río Lurín, el abanderado se descuidó y el chivato Pancho, atraído por el hermoso color verde del estandarte, dio de tarascadas con él y le comió toda una punta.

El sedoso estandarte había sido bordado primorosamente por las pálidas manos de las hermanas Carolina, Pabla y Delfina Cepeda; y como naturalmente ellas no estaban en Lurín, no fue posible que las

toscas manos de los soldados remendaran el desgarrado estandarte. De modo que el abanderado tuvo que seguir con él así y, cuando, después de la batalla de Miraflores, el batallón entró a Lima, en medio del marcial desfile desde la Plazuela de la Exposición hasta el Palacio de Gobierno, un curioso malintencionado se acercó a hurtadillas al abanderado y le preguntó:

—¿Por qué traen ustedes ese estandarte tan feo y tan rotoso?

Y Francisco Máximo Caldera le contestó sin inmutarse:

—Porque éste ya se conocía el camino.

Se refería al hecho de que un batallón «Aconcagua», reclutado también en San Felipe, había combatido en la primera guerra contra la Confederación
Perú-boliviana
y entró a Lima con el general Bulnes, en 1839.

Pero volviendo a tomar el hilo del hecho que recordamos, debemos advertir que el batallón «Aconcagua» fue casi diezmado en la batalla de Miraflores. Le correspondió formar parte de la 3.ª División, junto con el batallón «Navales», defendiendo el ala derecha de la línea chilena. Cuando, por causas que jamás ha sido posible precisar, se rompió el armisticio pactado el 14 de enero, el «Aconcagua» se hallaba en los maizales de una quinta, reponiendo el agua de las cantimploras. El estampido de los cañones sorprendió a todos los soldados y fue difícil que los oficiales pudieran organizar sus filas y tomar adecuadas posiciones defensivas. Entre el «Navales» y el «Aconcagua» sumaban aproximadamente cuatro mil hombres, y frente a ellos tenían dieciséis mil soldados peruanos perfectamente parapetados en su casamatas. La lluvia de metralla que tuvieron que soportar fue terrible, pero el batallón se salvó gracias exclusivamente a esa severa disciplina que había sabido inculcar a sus soldados esa «mala bestia» del comandante Díaz Muñoz.

En aquella oportunidad el portaestandarte era Benigno Caldera, quien en el avance que tuvieron que realizar a la desesperada para no ser acribillados de mampuesto, cayó herido cuatro veces. A la última ya no pudo levantarse. Se le acercó entonces su hermano Francisco Máximo, tomó el estandarte y preguntó al caído:

—Benigno, ¿cuántas heridas tienes?…

Y el moribundo le respondió con trágica serenidad:

—Más de las necesarias, hermano…, más de las necesarias…

Y casi enseguida murió. Francisco Máximo Caldera siguió adelante con la bandera, mordiendo sus lágrimas; y enloquecido por desbordado heroísmo, guió al batallón hasta el último reducto de los enemigos: el fuerte de La Merced. El estandarte iba hecho una criba por las balas que lo perforaban. Los jefes del Estado Mayor, que observaban la acción desde un montículo, decían sordamente:

—¡Se acabó el «Aconcagua»!…

Pero no fue así. Apoyado por el «Navales», al atardecer rompió la resistencia del fuerte y sus soldados entraron como potros encabritados en el interior, matando a cuantos enemigos se pusieron por delante.

Esa noche, cuando las cornetas tocaron a llamada en torno al vivac y se practicó el recuento de la tropa, al comandante Díaz Muñoz se le erizaron los pelos de la nuca. De sus ochocientos hombres no respondieron a la lista doscientos cincuenta y cuatro. Esos habían quedado allá, en el maizal, o se los veía despanzurrados a lo largo del camino hasta el fuerte. Vanamente la corneta siguió lanzando su dolorido llamado. Esos soldados no podían responder ya.

El 17 de enero, una división al mando del general Cornelio Saavedra hacía su entrada en Lima y tomaba posesión de la ciudad. Al día siguiente entraba a la capital vencida el grueso del ejército con el general Baquedano a la cabeza, seguido inmediatamente por los sobrevivientes del maltrecho batallón «Aconcagua». El deshilachado estandarte tuvo que ser portado en las últimas cuadras del desfile por el subteniente Justo Abel Rosales, porque Francisco Máximo Caldera apenas podía caminar debido a dos heridas recibidas en las piernas. Por esta misma causa se apartó también del batallón y fue marchando despacito paralelamente a la larga columna. Así pudo observar a la multitud sombría que contemplaba el desfile de los vencedores. Había muchos extranjeros, pero lo que más llamó la atención del teniente Caldera fue una pareja joven que batía al aire una pequeña banderola italiana. No estaban jubilosos, lo que les hubiera costado la vida por mano de los muchos peruanos que también observaban el desfile de sus vencedores, pero saludaban para hacer ver su condición de neutrales.

Eran jóvenes y parecían recién casados, según los recuerdos del

veterano Caldera; ella ostentaba una belleza meridional. Morena de grandes ojos claros y de cabellera negra, tenía un cuerpo de escultura. A su vez, el marido era un hombre de magnífica estampa.

El teniente Caldera, que no veía un rostro de mujer desde hacía muchos meses, no pudo olvidar aquel retazo de escena. La hermosa italiana, cogida del brazo de su marido, batiendo suavemente su pequeña bandera. Con este recuerdo en sus retinas, el oficial se recogió a su cuartel. ¡No imaginaba cuán pronto y en qué circunstancias habría de volver a ver a la joven pareja!

Aquella noche el batallón «Aconcagua» descansó, mientras custodiaban la ciudad los bravos soldados del regimiento «Esmeralda». Pero a la noche siguiente, la del 20 de enero, el batallón recibió la comisión de patrullar el centro de Lima.

El teniente Caldera fue encargado de recorrer el Jirón de la Unión y las calles transversales. Salió con su compañía y la dividió en varias fracciones, a cada una de las cuales encomendó la vigilancia de una calle. El fue recorriéndolas todas, solo, armado únicamente con su pistola de reglamento.

Había una quietud enervante en la noche limeña y los pasos del oficial resonaban amplificados en las calles desiertas. Vagó así varias horas, topándose con sus patrullas cada cierto trecho, en lugares convenidos. No llevaba el pensamiento puesto en la misión que cumplía, sino que iba con la mente repleta por el recuerdo de su hermano muerto en Miradores. No obstante, pese a su distracción, hubo un momento en que se sorprendió al no encontrarse con una patrulla en el lugar que habían establecido. Extrañado, comenzó a buscarla. Pero los ocho soldados que la componían no se hacían presentes en parte alguna. Ya con alarma, apresuró el paso y concentró todos sus sentidos en la búsqueda. Así fue como llegó a un sitio cercano al que ocupaba la pareja de italianos dos días antes. No lo recordó en ese momento, sino después, cuando oyó unos desesperados gritos de mujer.

Corriendo, pese a las heridas de sus piernas vendadas, se lanzó a ubicar el punto de donde provenían aquellas enloquecidas voces. No le fue difícil dar con él. Los gritos cada vez más doloridos de la mujer lo guiaron sin desviarse. Se detuvo frente al portón cerrado de un almacén de menestras. Allí dentro estaban ocurriendo los hechos. Del interior surgían voces de hombres, más que voces,

gruñidos; terribles juramentos y ruido de golpes. Un pensamiento saltó inmediatamente en el cerebro del oficial. Sus soldados, los de la patrulla perdida, habían tomado por asalto aquel almacén. Seguramente estaban borrachos. No tuvo tiempo de pensar más. El clamor de la mujer era imperioso, urgente. Sin vacilar, aplicó un hombro a la puerta y cargó con todas las fuerzas de su cuerpo atlético. La cerradura saltó de inmediato y el teniente, arrastrado por su propio impulso, se encontró casi en el centro del recinto. Lo que allí vio lo dejó paralizado de espanto. En el medio del almacén, alumbrado por una luz alta, yacía el italiano que viera dos días antes. Todavía manaba sangre de su cuerpo acribillado a bayonetazos. En un rincón estaban los ocho soldados apiñados en torno de algo que se debatía y que el oficial no pudo precisar en el primer momento. Pero pronto los gritos se encargaron de hacerle comprender. Era una mujer. Los hombres, enloquecidos por el alcohol, le arrancaban a tirones las ropas.

El teniente Caldera dio un formidable grito a sus soldados:

—¡Quietos todos!… ¿Qué significa esto?…

A su voz, los ocho hombres se volvieron y lo enfrentaron, ocasión que aprovechó la mujer para escabullírseles de entre las manos y correr hacia él. Estaba casi enteramente desnuda y su hermoso rostro, desmelenado y trágico, se veía lleno de moretones y rasguños. Era la misma bella italiana que contemplara con admiración dos días atrás. Presa de la desesperación más profunda, la mujer se arrojó a sus pies y se abrazó de sus rodillas, implorándole protección.

El oficial intentó controlar a sus hombres, pero tuvo la inmediata certeza de que no iban a obedecerle. Estaban ebrios y totalmente ofuscados por la desnudez de aquella estatuaria mujer. Avanzaban lentamente, con los puños crispados y los ojos brillantes. Bien conocía el oficial esa actitud de sus soldados. En sus rostros se reflejaba claramente la muerte. Nadie se atrevería a quitarles esa mujer. Pero ella seguía clamando:

—¡Por caridad, señor oficial, sálveme! ¡Líbreme de esos hombres!

El teniente Caldera la miró y miró a sus hombres. Éstos se hallaban ya a pocos pasos, dispuestos a saltar sobre él. Con su pistola como única arma nada podría hacer contra ellos. Además,

no debía matar a sus propios soldados. Por último, terminarían con él y de todos modos la mujer sería de ellos. Los pensamientos se atropellaban en la mente del oficial. La italiana, ovillada a sus pies, seguía implorando, tratando de esconder su desnudez.

—¡Sálveme, señor oficial!

El teniente apretó los dientes y cerró los ojos.

—Señora —dijo roncamente—, sólo sé una manera de librarla. ¡Dios me lo perdone!

Y sacando la pistola del cinto la apoyó en la nuca de la mujer y disparó.

Los soldados saltaron hacia atrás salpicados por la sangre y la masa encefálica. El horror de aquel acto macabro los hizo reaccionar. Retrocedieron hasta el muro y apoyaron las espaldas, mirando con ojos desencajados a la mujer con la cabeza destrozada y al oficial que, con los brazos caídos, lloraba.

Después, silenciosamente, recogieron sus fusiles y salieron a la calle, con las cabezas gachas y los rostros enrojecidos de vergüenza. Ellos mismos fueron y se entregaron prisioneros en el cuartel.

El teniente Caldera tuvo que ser acogido en un hospital de campaña y dos semanas más tarde abandonó el teatro de la guerra y regresó a Chile. Jamás pudo olvidar este trágico episodio.

El Derrotero del Gringo Loco

Existe una vieja tradición ariqueña que narra el caso de un extraordinario inglés que en dos ocasiones diferentes vivió en aquel lugar. Pero lo más importante de su paso por esta vida fue la estela de leyenda que dejó tras de su muerte. Sepultado ya, fueron muchos los que quisieron desentrañar el misterio de lo que se dio en llamar «El derrotero del gringo loco».

Allá por los años 1883 o 1884 llegó a establecerse en Arica un simpático inglés llamado Thomas
O'Ryan.
Se suponía que era médico o algo parecido. Se trataba de un hombre bondadoso y cordial que exhibía un profundo sentido religioso. Oía misa casi todos los días y le gustaba conversar con el cura. Explicaba él su devoción relacionándola con los padecimientos que le provocaba una antigua herida recibida en la última rebelión de Irlanda. Pues bien, «míster Tommy», como lo llamaban los pilluelos de Arica, se vio obligado un día a tomar una resolución. Le habían hablado maravillas de unas aguas termales curativas que existían en el sur, en las proximidades del Tinguiririca. Esas termas se llamaban y se llaman Los Baños del Flaco y están en plena cordillera.

Esperanzado en que un tratamiento con esas aguas termales aplacaría definitivamente sus dolores, «míster Tommy» liquidó todas sus pertenencias en Arica, empaquetó sus efectos personales y se embarcó rumbo al sur. Los ariqueños imaginaron que no volverían a verlo, pero no fue así.

Mientras tanto, el británico arribaba al pequeño caserío,

polvoriento y barroso, que era Tinguiririca y se disponía a partir hacia las termas. Un viaje en aquella época a Los Baños del Flaco constituía una verdadera expedición y, por lo tanto, «míster Tommy» debió contratar un par de arrieros con sus mulas y proveerse de víveres suficientes como para subsistir durante dos meses.

Habiendo establecido su campamento junto a las termas, inició su tratamiento de aguas.

Al cabo de diez días comenzaba a sentirse un hombre nuevo y, habiendo trabado gran amistad con los arrieros, obtuvo de ellos informes sobre la geografía de los contornos. El paisaje era para él de maravilla, y el aire cordillerano, una bendición. Poco a poco, a medida que se iba sintiendo mejor de su dolencia, la relativa soledad en que se encontraba comenzó a pesarle. La vida monótona y sedentaria del campamento no se avenía con su temperamento activo y emprendedor, por lo que decidió dedicarse a efectuar excursiones por los alrededores. Paulatinamente, fue alargando el radio de sus paseos, hasta que una mañana salió del campamento anunciando a los arrieros que no regresaría hasta la puesta del sol.

—Quiero llegar hasta la cumbre de esa montaña —les dijo señalándoles la que tenían enfrente—. No se preocupen por mí, que llevo cocaví para todo el día.

Al anochecer, los arrieros lo esperaban con la comida lista, pero «míster Tommy» no apareció. Los dos hombres comenzaron a inquietarse, pero no se decidieron a salir a buscarlo, porque la noche estaba especialmente negra y fría. Pensando en que al día siguiente lo iban a encontrar desbarrancado en alguna quebrada, permanecieron casi toda la noche insomnes. Despuntó el alba y «míster Tommy» continuaba ausente. Los dos arrieros se dieron a buscarlo abnegadamente, en forma afanosa, por todos los cerros vecinos, sin encontrar huella alguna de él. En estos rastreos transcurrieron cinco interminables días, hasta que se resolvieron a afrontar los hechos.

—Oye, Pedro —dijo uno de ellos—, tenemos que volver a Tinguiririca para dar cuenta de la desaparición de este gringo. ¡Buena cosa en la que nos vinimos a meter! Nadie nos va a creer que se murió solo.

—Mejor será que nos aguantemos un par de días más —opinó el

otro—. Mira que es seguro que se van a imaginar que nosotros lo asaltamos y lo dejamos escondido en alguna quebrada. Echemos otra *registrá* por esas montañas del fondo; *pa* allá salió rumbeando el gringo del demonio.

Los arrieros hicieron una última búsqueda, en forma agotadora, y, a los postreros rayos del sol, cuando ya perdidas las esperanzas se disponían a regresar al campamento, vieron un pequeño bulto que avanzaba penosamente por la ladera de la montaña. No podía ser otro que «míster Tommy».

Ambos hombres corrieron a su encuentro, justo a tiempo para recibir en sus brazos el cuerpo completamente exhausto del inglés. Sus ojos hundidos, su cara macilenta delataban la dura prueba a que había estado sometido. A las ansiosas preguntas de los arrieros sólo respondió con explicaciones vagas y mal hilvanadas. Dijo haberse caído en una hondonada de la que no podía salir y que sólo se había salvado por un milagro de Dios.

—Pero ¿por dónde fue eso, patrón? Si nosotros hemos recorrido los cerros por todos lados —le insistían los arrieros, pero él apenas respondía:

—Por ahí…, por ahí.

Regresaron rápidamente a Tinguiririca. Los arrieros ya no tenían fe en el inglés.

—El gringo está tragado —comentaban entre ellos—. No nos quiere largar lo que pasó. ¿Adonde diablos estaría metido esos seis días?

Nada pudieron averiguar. En cambio, ya de regreso en Tinguiririca, el inglés los gratificó espléndidamente y regresó a Arica. Pero cuando estuvo nuevamente en las soleadas tierras del Morro, ya no era el mismo. Todos sus amigos notaron que había cambiado ostensiblemente. El alegre y locuaz gringo se veía silencioso y pensativo, como embargado por una gravísima preocupación. Para colmo se dio a la bebida y bajo los efectos del alcohol se desataba su lengua y hablaba incoherentemente de cosas extrañas.

—Yo lo vi…, ahí al alcance de la mano —tartamudeaba—. ¡Un montón de piedras tachonadas de oro! ¡Y allá más lejos, una ancha veta a flor de tierra! ¡Oro, oro por todos lados!

Los que lo oían meneaban la cabeza compasivamente. Ya le

había dado de nuevo por «difariar» al pobre gringo. Pero un día, irritado por las burlas, el inglés sacó del bolsillo dos o tres piedras, que, ante los ojos admirados de los que lo rodeaban, brillaron fantásticamente. Eran piedras incrustadas de oro, claveteadas de oro puro.

—¿Dónde encontró estas piedras, «mister Tommy»? —lo acosaron todos al unísono, y comenzaron a exigirle una indicación precisa—. Usted ha hablado de montones de estas piedras. Pero ¿en qué parte del sur?

—No sé…, no sé… No me acuerdo —se cerró el gringo, inflexible.

La noticia corrió de boca en boca; todo el mundo se hacía conjeturas y trataba de averiguar dónde había estado «mister Tommy». Se supo que no había pasado más allá del Tinguiririca y de Los Baños del Flaco. El interés de la gente por saber dónde estaba el derrotero del gringo loco traspuso los límites de la provincia y despertó la codicia de los mineros de Atacama, Antofagasta y Copiapó. Muchos hicieron viaje especial a Arica para tratar de sonsacar algunos datos al inglés, pero éste se obstinaba en su negativa.

—¡Les repito que no sé dónde está! —gruñía—. No recuerdo. Y no me molesten más. No quiero saber nada del asunto.

«Mister Tommy» continuó impenetrable y la gente llegó a dudar de la veracidad de su historia, porque nunca demostró el menor interés en explotar su descubrimiento. Pero en 1897 un hecho ineludible volvió a poner de actualidad el tema. «Mister Tommy» estaba en trance de agonía e hizo llamar a su amigo el cura de Arica.

—Padre, ¿tiene usted poder para relevarme de un voto que hice en peligro de muerte? —le consultó, y como el sacerdote le respondiera afirmativamente, continuó, acezando—: En ese caso tendré que apurarme, porque siento que las fuerzas me abandonan. Es ese asunto del oro. La realidad no se la he contado a nadie. Una tarde que salí del campamento con la intención de trepar a una montaña, me encontré repentinamente bloqueado por un alto macizo de rocas. Con gran esfuerzo logré escalarlo y, una vez

arriba, me senté a descansar sobre una piedra. Mientras observaba el panorama, mi mirada fue atraída por unos guijarros que brillaban al sol. Cogí uno, me asombró su extraño peso y al examinarlo con más detención, vi…, con escalofríos…, que eran piedras tachonadas de clavos de oro. Mi corazón dio un vuelco y me levanté de un salto —siguió narrando el moribundo al sacerdote—. Recorrí ansiosamente el terreno y advertí que estaba todo sembrado de piedras de la misma clase. Poco más lejos descubrí una ancha veta aurífera que se extendía hasta perderse de vista. Estaba sobre la más fabulosa mina de oro nativo. Dominado por un júbilo delirante, caminaba de un lado a otro, cuando perdí pie y caí rodando hasta el fondo de una especie de cráter de siete u ocho metros de profundidad. Al levantarme, me di cuenta con horror de que las paredes de ese hoyo eran lisas y verticales, siéndome imposible escalarlas por lado alguno. Agoté mis fuerzas intentando salir, hasta llegar al convencimiento de que, si no recibía ayuda de afuera, estaba condenado a morir de hambre y sed en aquel hoyo infernal. Pasaron dos días y dos noches y, sintiéndome perdido, decidí encomendarme a Dios.

Thomas O'Ryan hizo una pausa. Apenas respiraba ya. Pero continuó en su relato. En su invocación a Dios había dicho:

«—Señor, si quieres apiadarte de mi infausta suerte y me sacas con vida de este trance, yo te hago el voto solemne, aquí, de rodillas, de no revelar jamás la ubicación de esta veta, por cuya riqueza la ambición de los hombres puede llegar hasta el crimen o la corrupción».

Al amanecer del día siguiente, de acuerdo con la narración del inglés, comenzó a nevar y pudo saciar la sed que lo quemaba. Poco después un cabrito salvaje, amedrentado por alguna ave de rapiña, cayó junto a él al fondo del hoyo. Devoró su carne cruda y valiéndose de sus huesos fue excavando escalones en la pared del agujero, hasta que al cabo de dos días de desesperado trabajo llegó a la superficie.

—Dios me había salvado —concluyó el agonizante ya al borde mismo de la muerte—. Esta es la historia, padre; y ahora a usted le toca relevarme de mi voto.

El párroco de Arica trazó el signo de la cruz sobre la frente del moribundo y lo liberó de su promesa.

—Ahora, proporcióneme usted los detalles de su descubrimiento y yo se los transmitiré a la persona que usted me indique —le sugirió el sacerdote, recordando perfectamente que el inglés no tenía pariente alguno. Pero éste no poseía ya la claridad mental suficiente para discurrir nada.

—Déme usted lápiz y papel —se limitó a solicitar al cura—, y yo le señalaré el sitio exacto donde encontré la veta.

Con un esfuerzo supremo, comenzó a dibujar un grosero croquis, cuyo punto de partida era el Tinguiririca. Siguió vacilando hasta señalar Los Baños del Flaco. Se detuvo ahí falto de fuerzas y, cuando trazaba una insegura línea hacia el norte, su cabeza se desplomó pesadamente. Thomas
O'Ryan
había muerto, y con él su secreto.

El párroco de Arica se quedó con el croquis inconcluso entre las manos y en un rapto de furor lo arrugó hasta reducirlo a una pelotilla. Pero luego volvió a guardarlo…, por si acaso. Sin embargo, el derrotero del gringo loco no ha sido descubierto jamás. Ahora es apenas una leyenda que se sustenta en un papel semiarrugado que guarda una familia ariqueña. No obstante, el oro está allí, en las proximidades de las Termas del Flaco…, cerquita de la montaña trasera…, un poco hacia el norte. ¿Quién se interesa por ir? Hay oro…, oro a montones. Basta sólo con descubrir «el derrotero del gringo loco», Thomas
O'Ryan.

El Triste Fin del Blanco Encalada

Cuando en las crisis bélicas los hombres son adiestrados en el arte de matar, siendo perfeccionados hasta el grado de que el segar vidas pasa a ser una necesidad profesional, es muy difícil después borrar de sus mentes la cruenta lección aprendida. Retornados al mundo de la paz, les cuesta ímprobos esfuerzos volver a ser ciudadanos pacíficos. Todas las guerras han dejado esta triste secuela; también la del Pacífico, que habiendo terminado en 1884, tuvo como corolario la revolución de 1891.

En la Alameda Bernardo O'Higgins, donde hoy existen jardines que enfrentan al Palacio de la Moneda, se levantaba en 1891 un edificio gris, de dos pisos, en el cual funcionaban la Comandancia General de Armas y el Estado Mayor del Ejército. En la mañana del 7 de enero de ese año sonó el teléfono que estaba sobre el velador del general Orozimbo Barbosa, entonces comandante general de la guarnición de Santiago; el aparato estaba conectado directamente con el gabinete del Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda. Después de escuchar durante unos minutos y hacer algunas nerviosas preguntas, el general Barbosa colgó el fono y, volviéndose hacia su esposa, le dijo con expresión preocupada:

—Corina, la escuadra se ha sublevado instigada por el capitán Jorge Montt. Estamos en revolución.

Era la verdad. Había estallado la revolución. No insistiremos sobre las causas de ella; el motivo principal fue la mantención del monopolio del salitre detentado por el coronel Thomas North, aunque encubierto bajo la máscara de una razón política, que era el antagonismo entre el Parlamento y el Presidente. Es decir, en apariencia la revolución pretendía el sometimiento del Poder Ejecutivo al Poder Legislativo. Se argumentaba que el Presidente había alcanzado una omnipotencia que lo convertía en un dictador.

Los parlamentarios pretendían intervenir directamente hasta en el nombramiento de los Ministros de Estado, pese a que la Constitución de 1833 expresaba explícitamente: «Son atribuciones especiales del Presidente de la República nombrar a su voluntad a los ministros del despacho».

Inútiles fueron los esfuerzos del Ministro del Interior, don Claudio Vicuña, para equilibrar la autoridad de ambos poderes. El Congreso extremó la tensión beligerante negando su participación para el despacho de la Ley del Presupuesto que debía regir durante el año 1891 y también para la aprobación de la ley que fijaba las fuerzas de mar y tierra.

Colocado ante el dilema de tener que paralizar la administración pública, despedir a los empleados, licenciar a los soldados y marinos, suspender los pagos de la deuda exterior, el Presidente Balmaceda, forzado por la conveniencia nacional, dictó el 5 de enero un decreto ordenando poner en vigencia aquellas leyes. Fue la ruptura definitiva con el Poder Legislativo y la primera chispa de la revolución.

Al día siguiente, el vicepresidente del Senado, don Waldo Silva, y el presidente de la Cámara de Diputados, don Ramón Barros Luco, pusieron en marcha la máquina que habían venido preparando con todo sigilo desde hacía varias semanas; y el 7 de enero, al amanecer, la escuadra, mandada por el capitán de navío don Jorge Montt, y compuesta por los blindados *Blanco Encalada* y *Cochrane* y las corbetas *Esmeralda*, *O'Higgins* y *Magallanes*, izaba el pabellón rojo de la revolución y desfilaba frente a Valparaíso hacia el norte, dejando frente al puerto sólo al «Blanco».

El intendente de Valparaíso, contralmirante Viel, fue el primero en percatarse de la rebelión de la flota y la comunicó por telegrama al Presidente. El señor José Manuel Balmaceda tomó su teléfono, llamó al general Barbosa y le resumió su pensamiento en una frase:

—Está bien. Llegaremos hasta el fin.

El general Barbosa se vistió apresuradamente y dijo a su esposa al salir:

—El Presidente me llama y acudo a garantizarle la lealtad del ejército.

Grave error del general. Miles de jefes, oficiales y tropa tenían metido en la sangre el virus de la guerra; en 1879 habían hecho una escuela que no podían borrar de sus espíritus. Los generales más destacados en la Guerra del Pacífico se pusieron unos contra los otros, y el general Baquedano, que hubiera podido reconciliarlos, rehusó intervenir.

Encabezando a los revolucionarios se levantó el general Estanislao del Canto, el héroe de la campaña de la Sierra, en 1881 y 1882; y comandaron las tropas gobiernistas los generales Orozimbo Barbosa y José Miguel Alcérreca, ambos también veteranos ilustres de la guerra del 79.

Los primeros tiros de aquella lucha fratricida se dispararon en Valparaíso. El Ministro del Interior con las fuerzas leales había hecho levantar barricadas y excavar trincheras en las calles del puerto, y el 16 de enero los fuertes Bueras, Valdivia y Andes dispararon sus primeras andanadas contra el blindado *Blanco Encalada*. El vicepresidente del Senado, don Waldo Silva, escapó milagrosamente, pues uno de los proyectiles pasó rozando la litera en que dormía. El acorazado tuvo que alejarse hacia el norte, en pos del resto de la escuadra. Esta se hallaba posesionada de Coquimbo y La Serena, y fue desalojada de allí por un batallón comandado por el coronel Tristán Stephen, después de un corto combate. La escuadra siguió más al norte aún y bloqueó Iquique. Esto equivalía a apoderarse de la Caja Fiscal; en Iquique estaba la mayor riqueza minera del país. Al mismo tiempo, la corbeta *Esmeralda* se tomaba la base carbonera de Lebu.

El Gobierno disponía de un barco solamente: el *Imperial*. Con él, haciendo prodigios de astucia, logró trasladar al norte tropas de refuerzo para apoyar al intendente de Tarapacá, don Manuel Salinas. Estas fueron comandadas por el coronel Eulogio Robles, justamente célebre por sus acciones en la guerra anterior al frente del regimiento «Lautaro». Lo secundaba el también veterano de la contienda contra el Perú y Bolivia, coronel Virgilio Méndez. La primera batalla la libraron en Zapiga, haciendo retirarse hacia el norte a las tropas del general Del Canto. Pero pronto sufrieron su primer desastre en San Francisco. Sin pretenderlo iban siguiendo paso a paso la misma ruta de sangre de la Guerra del Pacífico, pero ahora eran hermanos los que luchaban entre sí.

Iquique cayó en poder de los revolucionarios y la ciudad fue saqueada. No obstante, los gobiernistas obtuvieron aún una victoria más en Huara, pero fue la última. Sitiados en Pozo Almonte sufrieron un descalabro total. El heroico coronel Robles, herido varias veces, fue ultimado y destrozado dentro de la tienda de la Cruz Roja. Igual suerte corrieron los coroneles Virgilio Méndez y Ruminot. Las demás divisiones leales, comandadas por los coroneles Hermógenes Camus y Tristán Stephen, tuvieron que retirarse del desierto, cruzar la cordillera, entregar sus armas en Bolivia y recorrer a pie más de mil leguas, para entrar a Chile por el paso de Mendoza.

Entretanto los revolucionarios completaban su posesión de todo el norte del país y la escuadra dominaba el mar. Pero… hubo una sorpresa para ellos, que paralizó durante unos días su carrera de victorias. Esta ocurrió en Caldera.

Ya hemos dicho que el Gobierno no disponía de otro buque que el *Imperial*, pero éste apenas contaba con un cañón a proa y ametralladoras en las bandas. Carecía de blindaje y de poder combativo. En vista de ello, el Gobierno adquirió lo más rápidamente que pudo dos torpederas, de gran andar y no ensayadas todavía en guerra alguna. Se las bautizó la *Lynch* y la *Condell*. Sólo gracias a su extraordinaria rapidez lograron entrar en el puerto de Valparaíso burlando la vigilancia de la escuadra del capitán Jorge Montt. Se designó como jefes de ellas a los recientemente ascendidos capitanes Alberto Fuentes y Carlos Moraga; y ambos recibieron una misión especial: la de navegar sigilosamente hasta Caldera, donde anclaba el grueso de la escuadra sublevada. El propio Presidente Balmaceda escribía lo siguiente al capitán Moraga, al término de sus instrucciones:

> «Si, como lo creo y lo espero del favor de Dios y de la justicia de la causa, usted y compañeros obtienen resultados felices, habrá cambiado la situación y se abrirá el camino de la paz. Diga a sus compañeros que la suerte de Chile está en sus manos y que de su valor y pericia dependen la suerte del Gobierno y de la República. Dé a todos mi palabra de aliento y de justicia a su lealtad».

Las dos torpederas de alto bordo partieron de la base de

Quinteros en la madrugada del 20 de abril y, desplazando el máximo de su veloz andar, se introdujeron océano adentro, más allá de los rumbos que podían recorrer los barcos de la escuadra y las naves mercantes. Al anochecer del 22 estaban a la altura de Caldera y enfilaban sus proas en derechura hacia la bahía. Las órdenes del capitán Moraga fueron escuetas y precisas:

—Apagar todas las luces. Reducir las máquinas a un cuarto andar.

Su embarcación, la *Condell*, iba adelante. La seguía la *Lynch* a dos cables. Las poderosas maquinarias de las rapidísimas naves ronroneaban como los felinos que se aprestan a saltar sobre una presa desprevenida. Poco después de las once de la noche se avistaron los fanales de posición de los barcos de la escuadra y sus siluetas recortadas contra la iluminación de tierra.

El capitán Moraga precisó mediante sus prismáticos la masa imponente del blindado *Blanco Encalada*. Era la presa elegida y, afortunadamente para los atacantes, se hallaba de guardia y el más adentrado en el mar.

Los capitanes Moraga y Fuentes tomaron personalmente la caña de sus respectivas torpederas, mientras los artilleros aprestaban los tubos de sus torpedos. Ambas embarcaciones llevaban cinco por banda, de modo qué fue preciso realizar una maniobra de flanco girando las torpederas en un amplio semicírculo, como el caballo de pura sangre que va a tomar su pista.

Ubicadas ya al norte de la bahía, el capitán Moraga dio su última orden:

—¡Adelante! ¡A toda máquina! ¡Torpedos de estribor uno, dos y tres, listos para lanzamiento!

Las dos torpederas se encabritaron sobre las olas hundiendo las popas y levantando las proas al violento envión de sus máquinas. Luego, rasgando las olas en dos festones de espumas, avanzaron a toda velocidad, corriendo paralelamente a la costa, a no más de trescientos metros de ella. La masa del blindado *Blanco Encalada* fue agrandándose vertiginosamente; iban a pasar a poco más de cien metros de él. Ya se les presentaba la popa redondeada y alta del buque, luego la banda de babor como el ijar de un paquidermo. Todos dormían en el blindado cuando por su tubo de órdenes el capitán Moraga dijo roncamente:

—¡Torpedos uno, dos y tres…, fuego!

Uno tras otro salieron los formidables proyectiles levantando una pequeña estela de espuma en su veloz marcha. Iban rectamente contra el casco del blindado. Fue entonces que uno de los vigías de éste lanzó un desesperado grito de alarma:

—¡Torpedos por babor!

La guardia de prevención saltó hacia esa banda con sus fusiles prestos y alcanzó a disparar una ráfaga sobre la *Condell*. Casi de inmediato se produjeron las tres terribles explosiones, separadas por fracciones de segundo.

El *Blanco Encalada* se envolvió en una nube de humo y llamas. Alcanzado en mitad del vientre, se abrió como una granada madura. Cuando pasó a su costado la torpedera *Lynch* era absurdo dispararle más torpedos, se hundía irremisiblemente. Desde las barcas atacantes se alcanzaban a oír las órdenes desesperadas de los marinos y los gritos de terror de los civiles que estaban embarcados en el blindado. Enseguida, antes de que se pudieran arriar botes, el «Blanco» se inclinó de proa y se hundió de golpe, arrastrando a gran parte de su tripulación.

Las torpederas se desvanecían velozmente en la negrura de la noche rumbo a alta mar. Habían cumplido su misión. Pero sobre las olas frente a Caldera quedaban flotando centenares de hombres, entre ellos don Ramón Barros Luco, presidente de la Cámara de Diputados y miembro de la Junta Revolucionaria. El señor Barros Luco era un hombre grueso, ya entrado en años. Apenas podía sostenerse sobre la superficie. Estaba a punto de zozobrar, cuando vio pasar cerca suyo a una ternera que nadaba desesperadamente hacia la playa. Sin pensarlo dos veces, estiró su diestra y se aferró desesperadamente de la cola del animal. Dicen las crónicas y los recuerdos de los sobrevivientes de aquella trágica noche que el señor Barros Luco tuvo que hacer una extraña maniobra para impedir que el animal que lo arrastraba se llenara de agua por donde suele ocurrirles a los vacunos. Lo cierto es que consiguió llegar a la playa: se había salvado de tan pintoresca manera.

Conocida la noticia en Santiago, se celebró como una victoria del Gobierno. Dentro del júbilo, el edecán del Presidente, coronel Fernando Lopetegui, se presentó ante el mandatario y le pidió su venia para que la banda de músicos del «Cazadores», que tenía su

cuartel frente a La Moneda, tocara una retreta en la plazuela. Don José Manuel Balmaceda lo miró al fondo de los ojos y negó con la cabeza.

—No —le dijo—. Se trata de una lucha entre chilenos. Nada existe en esta guerra que pueda ser motivo de alegrías.

Así fue el triste fin del glorioso blindado *Blanco Encalada*, que realizara tantas hazañas en la Guerra del Pacífico.

Los Mercaderes de Carne Amarilla

El 15 de agosto de 1863, *El Mercurio* de Valparaíso publicaba el siguiente aviso: «Cargamento de chinos. Anteayer entró el bergantín peruano *María*, con un cargamento de ochenta y tantos *coolies*, habiendo perecido en la navegación cerca de cincuenta. Esta mañana, dicho bergantín siguió su viaje al Perú, adonde son conducidos los que han sobrevivido hasta aquí».

Esta sórdida información refleja pálidamente lo que fue el tráfico de esclavos chinos, pero nada dice de la repercusión que tuvo posteriormente para Chile.

En la década de 1850 a 1860 los puertos de Chile fueron testigos del más infame tráfico que recuerdan los anales del mar. Abolida la esclavitud de los negros en todos los países del mundo, borrados en los registros de los puertos los barcos negreros, surgió inesperadamente un nuevo sistema de esclavitud. Este tuvo su nacimiento en Cuba y el Perú, donde los explotadores de la caña de azúcar en la primera y los guaneros de las islas Chinchas en el segundo, descubrieron cuán pingüe negocio podían realizar usando como mano de obra a los desdichados chinos que pululaban hambrientos en su sobrepoblado país.

Quien dio origen a este pavoroso comercio fue un veloz comerciante llamado Domingo Elías, contratista del Gobierno del Perú para la explotación del guano de las islas Chinchas. Este deshumanizado personaje arrendó concesiones a varios contratistas más pequeños y celebró tratos con los capitanes de los veleros de alta mar que surcaban el Pacífico. Permanentemente había frente al puerto de las Chinchas entre cincuenta y ochenta grandes barcos, descargando chinos y embarcando guano.

Como el Gobierno del Perú no ejercía supervisión de ninguna

especie sobre los trabajos en esas islas, los esclavizadores, capataces y mayorales de la peor calaña humana imponían sus propias normas de trabajo a los desventurados *coolies*, exigiéndoles una extracción mínima de ocho toneladas de guano por cabeza, lo que significaba a los esclavos una faena diaria de dieciséis a dieciocho horas. Agréguese a esto que estaban subalimentados, apenas vestidos con unos harapos, a modo de taparrabos, que laboraban bajo un sol abrasador y envueltos en nubes de polvo de guano que les destrozaban los pulmones. Cada *coolie* recibía un sueldo mensual de cuatro pesos, ignorando todos ellos que habían sido vendidos a las guaneras por la cantidad de trescientos a cuatrocientos pesos y por toda la vida, la que, en las condiciones en que trabajaban, no alcanzaba nunca a llegar más allá de seis meses. De este modo es natural que continuamente se estuvieran necesitando nuevos brazos y que el tráfico de esclavos marchara acelerada e incesantemente. La cuota de muertos por hambre, agotamiento, enfermedades y maltratos era de veinte a treinta chinos diarios; los que se hacía necesario ir reponiendo ininterrumpidamente.

Los mercaderes de esclavos volaban con sus rápidos *clippers*, construidos expresamente para tales fines, hacia los mares de la China. Sus puertos de compra de esclavos eran principalmente Amoy, Namoa, Shanghai, Swautau y Macao.

En todos ellos existían los llamados «corredores de *coolies*», desalmados sin conciencia, que capturaban chinos en los pueblos del interior, los raptaban en los puertos o compraban sus hijos a los aldeanos miserables.

Aquella pobre carga humana era amontonada en sucios barracones próximos a los muelles, en la promiscuidad más indiferente, mezclados hombres, mujeres, niñas, muchachitos. En aquellas barracas sin ventanas, aire ni luz, los desdichados esperaban hasta que llegaban los barcos en que debían ser trasladados a América.

La mortalidad de los *coolies* en la travesía desde China era aterradora. Los barcos tenían varias cubiertas superpuestas de no más de un metro de alto cada una, en donde los chinos iban hacinados, sin poder moverse de sus lugares, debiendo permanecer sentados o tumbados durante los tres largos meses que duraba el viaje. Quinientos a ochocientos seres apretujados de tan despiadada

manera, alimentados apenas con unos puñados de arroz, casi sin agua, y sin medios higiénicos de ninguna especie, eran presa segura para toda clase de epidemias. La disentería, el cólera y la viruela hacían estragos en ellos. Añádanse a esto los azotes de los caporales que los vigilaban y será posible explicarse que más de la mitad de los esclavos murieran en cada viaje.

A veces eran tan infernales las condiciones a que se los sometía, que, enloquecidos, trataban de amotinarse. Esos motines terminaban en verdaderas masacres, ya que los marineros barrían las estrechas cubiertas con fuego de fusilería y ametralladoras, sembrándolas de muertos y heridos, los que eran dejados en los mismos lugares para que se pudrieran.

En algunas ocasiones los chinos lograban provocar incendios en las bodegas, con la esperanza de que, por salvar el barco, los capitanes los dejaran salir un momento al aire libre. Pero en la mayoría de los casos los jefes de los barcos cerraban las escotillas herméticamente para ahogar el fuego y en las bodegas perecían los esclavos a centenares, asfixiados por el humo o quemados vivos.

La inhumanidad espantosa de este tráfico llegó a tales proporciones, que las potencias europeas que tenían condominio en China decidieron intervenir para prohibirlo. No fue fácil implantar tal prohibición. A través de varios años se libraron verdaderos combates navales entre los barcos de guerra y los veloces *clippers* de esclavos.

Finalmente, en 1860, se logró terminar con el infame comercio en China. Pero esto trajo como consecuencia que los mercaderes de esclavos fueran a buscarlos a la Polinesia; y las apacibles islas del Pacífico vieron recalar en sus pintorescas caletas los tétricos barcos de los corredores de esclavos, cuyos capataces bajaban a tierra, atraían a los nativos con baratijas y abalorios, que extendían sobre la playa, y cuando ya habían reunido un número conveniente, los aturdían a garrotazos o los forzaban a subir por sus propios pies pinchándolos con sables y bayonetas.

Estas perversas redadas iban siendo repetidas isla tras isla por toda la Polinesia, hasta Tahití y las Marquesas. Tan fructífera resultaba la captura de nativos polinésicos y su explotación posterior, que los plantadores de caña de azúcar, de cáñamo y de arroz del norte del Perú empezaron a comprarlos también para sus

haciendas.

Robustecido en esta forma el mercado de esclavos, se formaron verdaderas organizaciones para abastecerlo. La más conocida de todas y que se llamó «Los Seis Amigos» tuvo su centro de operaciones en el Callao.

Al mismo tiempo, naves de todas las banderas comenzaron a participar en la captura de infelices polinésicos. Varios barcos chilenos actuaron en el tráfico de esclavos. El *David Thomas*, de matrícula de Valparaíso, por ejemplo, capturó alrededor de doscientos nativos en la isla Penrhyn, los que fueron vendidos en el Callao. Las goletas *Bella Margarita* y *Elisa Masón* secuestraron ciento cuarenta hombres, ochenta y seis mujeres y doce muchachas en la isla

Pay-pay.

El capitán de la *Elisa Masón*, Juan Bautista Suasategui, informó a la *maffia* de «Los Seis Amigos» que en el viaje se le murieron ciento veintiún cautivos, entre hombres y mujeres; al mismo tiempo elevó una protesta oficial porque en la isla

Pay-pay

había sido interrumpido en su recolección de nativos por cuatro buques esclavistas peruanos, que lo habían ahuyentado a tiros de culebrina y de fusilería. No obstante, la *Elisa Masón* alcanzó a hacer todavía catorce viajes más para los traficantes enmascarados como «Los Seis Amigos».

El Gobierno de Chile, escandalizado por el atroz comercio que veía pasar frente a sus puertos, envió órdenes especiales a través de su cónsul en el Callao, señor Bernardo Cantuarias, para prohibir a los barcos chilenos intervenir en él, agregando que «todo ser humano por el solo hecho de pisar tierra chilena (en este caso navios con bandera de Chile) recobraba automáticamente su libertad, si es que antes la había perdido».

No bastó la medida. La barca chilena *Carlota* cambió de bandera para poder proseguir en el tráfico. El bergantín chileno *Ellen Elisabeth*, de propiedad del armador de Valparaíso José Tomás Ramos, que poseía numerosos buques, se escondió en los puertos del norte del Perú, continuando en su comercio de carne humana como pirata. El *clipper Manuela* partió hacia el Oriente y,

habiendo comprado esclavos chinos en
Hong-kong,
fue capturado en el estrecho de Mozambique por la fragata de guerra británica *Brisk*.

Pero no bastaron estas determinaciones para concluir con el inicuo comercio de *coolies*.

La isla de Pascua aún no había sido tocada por ninguno de los barcos esclavizadores, gracias a su aislamiento en medio del Pacífico. Su vida transcurría con la serenidad de un pequeño paraíso, desparramándose por sus volcanes y llanos las pintorescas casas de sus dos mil quinientos habitantes.

Pero en la mañana del 2 de enero de 1863 asomaron frente a su costa oriental las amplias velas de las goletas peruanas *Hermosa Dolores* y *Virreina*, las cuales maniobraron frente a la bahía de Hanga Pico y, como vieran que el roquerío les impediría aproximarse cómodamente a la estrecha playa, fueron a echar anclas en la rada de Anakena.

Las esbeltas canoas pascuenses las siguieron en su evolución, cantando sus bogadores las dulces melodías de su tierra, mientras por la costa corrían mujeres y niños haciendo señales amistosas a los marineros.

En la playa de Anakena, la marinería descendió a tierra en grandes barcazas, en cuyo fondo ocultaban sus fusiles y largas cuerdas. Siguiendo el procedimiento habitual, el capitán de las naves esparció sobre coloridas mantas gran número de collares brillantes, de pulseras, de espejos y peinetas, e hizo señas a los isleños de aproximarse. Éstos le obedecieron sin temor y, a medida que los contramaestres les iban entregando obsequios, su número fue aumentando hasta agruparse en la playa cerca de novecientas personas.

De acuerdo con una práctica establecida, los marineros fueron rodeándolos cautelosamente, y cuando el cerco estuvo cerrado, a un culatazo que el capitán propinó al jefe de los isleños, empezaron a repartir golpes a diestro y siniestro, aturdiendo al mayor número de pascuenses, mientras otros amenazaban con bayonetas al resto.

La emboscada no pudo ser más fructífera. Las dos naves

cargaron de una sola redada cerca de mil cautivos, a los que se apresuraron a trasladar a las islas Chinchas. Pero no contaron con un factor psíquico propio de los isleños de Pascua. Éstos, heridos en su altiva independencia, preferían dejarse morir de hambre y melancolía, sin importarles los latigazos con que los caporales les desgarraban las carnes.

La intervención del Gobierno de Chile puso fin a ese martirio. Habiendo formulado su Ministerio de Relaciones Exteriores una protesta violenta por el secuestro de más de la mitad de la población de la isla de Pascua, el Gobierno del Perú creyó llegado el momento de poner fin al tráfico de esclavos, rescatando a los pascuenses y a todos los polinésicos en general, mediante el pago a los armadores y traficantes de ochenta soles por cada cautivo.

Pero la medida llegó tarde en lo que se refiere a los pascuenses. Del millar capturado sólo quedaban vivos ciento tres y en el viaje de regreso murieron otros más; de donde a su isla llegaron apenas cincuenta y cuatro, y la mayor parte de ellos contagiados con la lepra que habían contraído de los esclavos chinos que aún sobrevivían en las Chinchas.

Fue una tragedia que indignó a todos los gobiernos americanos; pero aún los traficantes de esclavos habían de dar una nota más amarga. Habiendo sido pagados por el Gobierno del Perú para que retornaran a los esclavos a sus islas de origen, se alejaban apenas unas millas mar adentro y, a fin de evitarse el largo y fatigoso viaje hasta la Polinesia, se deshacían de su cargamento humano echando por la borda a sus desventurados cautivos, hombres y mujeres. Así el mar ponía un piadoso fin al pavoroso martirio de los esclavos, pero no conseguían sus aguas límpidas borrar las estelas de infamia dejadas por los barcos que guiaran por espacio de trece años los bárbaros mercaderes de esclavos.

El Espanto de los Barcos a Vapor

Que fácil resulta hoy acercarse a una oficina de turismo o a una agencia de vapores y comprar un pasaje para hacer una gira en los grandes transatlánticos que surcan el Pacífico. Sin embargo, qué diferente era esto hace nada más que ciento cincuenta años, pese a que los galeones españoles o los rápidos bergantines de los corsarios, de los piratas, de los contrabandistas y de los balleneros venían surcando el Pacífico desde 1550. La implantación del tráfico de vapores fue una gesta esforzada y pintoresca que forma un jirón importante de nuestra historia.

No vamos a referirnos al *Santiago* ni al *Santiaguillo*, que fueron los dos primeros veleros que llegaron a Valparaíso siguiendo a las huestes de Almagro y de Valdivia; tampoco ahondaremos en la historia realmente heroica de los veleros que vinieron posteriormente del Callao, los que demoraban cinco o seis meses en el recorrido, luchando contra las corrientes adversas y los vientos contrarios. Estos no llevaban ni siquiera anclas, por serles innecesarias, ya que navegaban sólo de día y en las noches se guarecían al amparo de cualquiera caleta, amarrándose con cuerdas a las rocas de la costa.

Posteriormente, un marino visionario, Juan Fernández, a quien sus contemporáneos apodaron «El Brujo», tuvo la osadía de lanzar su barco mar adentro y, navegando de altura, realizó el mismo trayecto en apenas un mes.

Descubierta la ruta de Juan Fernández, por arte de hechicería como se dijo entonces o por perspicacia marinera, el Pacífico pasó a ser el callejón de tránsito de corsarios de todas las naciones, como

Sir Francis Drake, Richard Hawkins, Oliveiro de Noort, Joris Spielbergen, William Sharpe y tantos otros que cruzaron nuestro mar como si fuese casa propia.

Hacia la mitad del siglo XVII se realizó ya en forma más regular el tránsito marino entre el virreinato del Perú y Chile. Se hacía éste en grandes y pesados navíos, piloteados por maestres españoles que, como anotan las crónicas de la época, «eran los únicos que dormían en catre, en tanto que los pasajeros alojaban sobre la cubierta bajo tabladillos de madera, revueltos con cerdos, vacunos, caballares y gallinas que iban en corrales vecinos». Los pasajeros, junto con pagar su pasaje, debían embarcar sus colchones, los almofrejes de cuero de vacuno, en donde éstos iban guardados, y las correspondientes sábanas y frazadas. También debían llevar sus ollas, platos y víveres para cocinar individualmente su comida. Sin desmedro de lo anterior, el maestre o capitán del barco poseía sobre cubierta algo semejante a una tienda de comestibles, denominada el bodegón, en donde los pasajeros podían comprar el charqui, la harina, el azúcar, la yerba mate y el tabaco, que constituían lo esencial de su cocaví durante la travesía.

Este sistema de viajar por barco subsistió a lo largo de todo el siglo y era tan poca la seguridad que tales naves ofrecían que todas ellas llevaban un altar a popa con el santo de la predilección del maestre, además de un capellán de gran autoridad y, por último, todas las naves tenían nombres de santos para protegerlas de las furias del mar. Famosos fueron el *San Juan Bautista*, que zozobró frente a Pacocha; el *San Pedro Alcántara*, que naufragó a la vista de Peniche, y el *San Fermín*, que fue echado tierra adentro por una formidable salida de mar en el Callao. Los primeros barcos netamente chilenos se llamaron *El Santo Cristo de Lezo* y el *Sacra Familia*.

La navegación a vapor asomó a nuestras costas en 1822, año en que Lord Cochrane trajo consigo un pequeño barco, que había sido quitado, de las rutas a las regiones del Artico, para con él realizar el ensayo de colocarle un motor a caldera y dos grandes ruedas de aspas, una a cada costado.

Lord Cochrane tenía cifradas todas sus esperanzas en este barco, al cual bautizó *Rising Star* y trajo a Chile haciéndolo cruzar el Atlántico a vela. Sólo hizo funcionar sus máquinas frente a Río de

Janeiro para pasmar a los cariocas con su extraordinaria fuerza de navegación.

Llegado a Chile, quiso hacer una demostración de las bondades de su barco, haciéndolo navegar a vapor desde Valparaíso a Quintero. En tal oportunidad, invitó al general
O'Higgins,
a las principales autoridades gubernamentales y navales del país, sin olvidar por cierto a la viajera María Graham, que se encontraba de paso y con quien Lord Cochrane mantenía un apasionado romance.

Quiso la mala suerte del orgulloso escocés que tan pronto el *Rising Star* se adentró en el mar y se pretendió hacer funcionar sus máquinas, éstas fallaron lamentablemente y la nave hubo de realizar su excursión a la vela, en un mar arbolado y con el natural mareo de todos sus pasajeros.

Tres años más tarde, en 1825, otro visionario, esta vez colombiano, intentó nuevamente la navegación a vapor. Este marino se llamaba Mitrovic y residía en Guayaquil. Ateniéndose a los vagos cánones mecánicos de la industria de los «botes a vapor», como se los llamaba entonces, acondicionó un pequeño barco de trescientas sesenta toneladas, con un motor a caldera y las consabidas ruedas de aspas laterales. Llamábase este barco el *Telica* y a comienzos de 1825 logró realizar la travesía entre Guayaquil y el Callao valiéndose solamente de sus máquinas.

Pero quiso su mala suerte o el mal carácter de su patrón que el viaje de regreso no fuese afortunado. Efectivamente, navegaba el *Telica* a la altura del puerto de Huarney, cuando uno o varios de los pasajeros comenzaron a hacer burlas al capitán Mitrovic por la escasa velocidad de su barco. El patrón bajó personalmente al fogón y lo repletó con cuanto combustible halló a mano. Como al volver a cubierta los pasajeros siguieran encontrando escasa la velocidad y uno de ellos se atreviera a exclamar: «¡Gua, este bote a vapor navega más lento que una balsa a palo seco!»…, el capitán Mitrovic enfurecido sacó su pistola y disparó sobre el atrevido, con tan mala puntería que el proyectil dio en un barril de pólvora, cuyo estallido hizo volar al *Telica* con todos sus pasajeros y tripulantes. Sólo salvó la vida, para contar esta historia, el marinero inglés Thomas Jump, quien debió ser el primero en saltar, ya que su apellido significa

precisamente eso.

Los comienzos de la navegación a vapor en el Pacífico no podían ser más desalentadores. Desde 1821, un ciudadano norteamericano llamado Daniel Grisnold venía pechando por conseguir del gobierno de

O'Higgins

que se le concediera un privilegio exclusivo por quince años para establecer la navegación a vapor. Había presentado un informe destacando la conveniencia que tendría para Chile establecer una línea entre Coquimbo y Concepción, para intercambiar los ricos minerales del norte por los productos agrícolas y la madera del sur.

Esta solicitud fue sometida al examen del fiscal don Benjamín Vial, quien dictaminó que la proposición de Grisnold era perjudicial para el país por tres razones: primero, porque quitaría de manos chilenas la actividad del cabotaje nacional; segundo, porque, debiendo la navegación a vapor ocupar poca gente de mar para la maniobra, dejaría a muchos marineros sin ocupación, y, tercero, porque, como los buques a vapor no dependían de los vientos y corrientes, sino que necesitaban de leña o carbón, podrían con ese pretexto, verdadero o supuesto, atracar en todas las caletas de la costa y hacer allí el contrabando de pastas minerales y manufacturas europeas.

El proyecto de Grisnold murió por inanición.

Catorce años pasaron antes de que alguien volviera a presentar un nuevo plan sobre la navegación a vapor. Quien lo hizo fue William Wheelwright. Este ciudadano estadounidense, de origen muy humilde, había llegado a Buenos Aires a los veinticinco años y por un azar milagroso. Siendo piloto de un barco de su país, salvó a nado al zozobrar su nave en el río de la Plata.

Trasladado a Chile, se empleó como piloto de un marino piamontés llamado Pedro Alessandri, dueño de una pobre goleta a la cual había bautizado con el impresionante nombre de *La Terrible*. Era este Pedro Alessandri un verdadero innovador, ya que había instalado en su embarcación diez camarotes a popa y doce a proa. Realizaba la carrera regular entre Valparaíso y el Callao, pagando los pasajeros tres onzas de oro a proa y seis onzas en la popa. Además había eliminado el bodegón para expendio de menestras y anunciaba en *El Mercurio* de Valparaíso que en su

barco se daba almuerzo en común a horas fijas, con postres y una botella de mosto o de Burdeos, y por las noches té y otras frioleras. ¡Ah, olvidábamos que los pasajeros de proa tenían derecho sólo a media botella de vino! Este barco, posteriormente, fue llamado *El Volador*, pero ya Wheelwright no servía en él, sino que había alquilado una goleta propia, con la que viajaba entre Cobija y Valparaíso transportando minerales.

En junio de 1835 Wheelwright dio rienda suelta a un viejo anhelo que venía incubando desde hacía años. Contagiando con su fe en el futuro de la navegación a vapor al respetado hombre de negocios de Valparaíso Joshua Waddington, reunió en casa de éste a un grupo de comerciantes y hombres de Estado, entre los que se contaba don Diego Portales, y les expuso su plan. Solicitaba del Gobierno el privilegio de establecer una línea de vapores en las costas chilenas durante un período de diez años. Posteriormente, obtuvo igual privilegio de los gobiernos de Perú y Bolivia.

Infatigables fueron las vagancias de Wheelwright para conseguir el capital necesario para su plan. Las puertas de los Estados Unidos le fueron cerradas y sólo al cabo de tres años consiguió fundar en Liverpool, Inglaterra, la que se llamó «Pacific Steam Navegation Company». La sociedad tenía un capital autorizado de doscientas cincuenta mil libras esterlinas, distribuido en cinco mil acciones de cincuenta libras cada una.

Fueron necesarios más de dos años para que la sociedad lograra vender apenas la quinta parte de sus acciones. Pero, entretanto, Wheelwright había contratado con los armadores de Londres «Curling Young & Co.» la construcción de dos cascos de madera de setecientas toneladas cada uno. Ambos fueron botados al agua el 18 y 21 de abril de 1840 y se los bautizó simbólicamente con los nombres de *Chile* y *Perú*. Casi simultáneamente zarparon hacia Sudamérica y llegaron a Valparaíso el 15 de octubre de 1840, en donde fueron recibidos con música de bandas, salvas de cañones y repiques de campanas.

«Las dos enormes moles», como las calificó *El Mercurio*, comenzaron su carrera regular a los pocos días de su arribo. El vapor *Perú*, que lo hizo primero, estando por arribar al Callao, fue avistado desde la caleta de Chilca por el subdelegado del lugar, quien al verlo empenachado de espeso humo, con la conmiseración

más profunda, envió a mata caballo un soldado a Lima, pidiendo socorro para el barco incendiado que el viento arrastraba despiadadamente hacia el norte.

Posteriormente, como se corriera la voz en Lima de que el motor de aquel barco era de cien caballos de fuerza, un coronel de caballería que captó la noticia al pasar exclamó:

—¡Qué bueno! Ya se acabaron las revoluciones, porque con ese escuadrón me comprometo a aplastar todos los motines desde Túmbez al Loa.

El buen coronel creía que los caballos eran vivos y que iban encerrados en el casco del barco, uncidos a las ruedas de paletas.

Podía considerarse que la navegación del Pacífico estaba definitivamente asegurada. Pero faltaba un detalle que no se había previsto. Este se manifestó en uno de los viajes de regreso del vapor *Perú*. Navegaba un poco al sur de Paposo cuando se acabó el carbón en sus carboneras y fue preciso que su comandante, el capitán Peacock, hiciera echar a las hornillas hasta los mástiles y las barandas del barco para poder llegar a Valparaíso.

Las dos flamantes naves quedaron inmovilizadas en el puerto y la compañía inglesa llegó a ordenar a Wheelwright que las hiciera remolcar por veleros hasta Australia, para liquidarlas allí a cualquier precio.

Cuatro meses duró aquella paralización, hasta que el ingenioso Wheelwright recordó que, cuando los soldados de don García Hurtado de Mendoza se hallaban en la Quiriquina, no encontrando leña con la cual encender sus fogatas, hicieron arder cierta especie de piedra parecida al carbón con resultados maravillosos. Igualmente sabía, por los manuscritos del historiador Diego de Rosales, que a orillas de la bahía de la ciudad de Concepción, caminando hacia un cerrillo verde, se descubrían en la barranca de un cerro vetas llamadas de carbón de piedra.

Ante el desesperado dilema en que se encontraba, el norteamericano viajó apresuradamente a Talcahuano y, como es lógico adivinarlo, encontró el precioso carbón de piedra. En dos años explotó más de cuatro mil toneladas de él, que no sólo sirvieron para alimentar las hornillas del *Chile* y el *Perú*, sino también las de otros dos nuevos barcos a vapor, esta vez de hierro, que se llamaron *Ecuador* y *Nueva Granada*.

La compañía de navegación del Pacífico extendió sus carreras a Panamá y Magallanes en 1847 y circunvaló todo el perímetro de la América del Sur en 1867. El buque a vapor había vencido por fin y sus penachos de humo ya no espantaban a nadie en ningún puerto americano.

JORGE INOSTROSA CUEVAS, escritor chileno, (Iquique, región de Tarapacá; 30 de marzo de 1919 - Santiago; 5 de enero de 1975)

Nació en Iquique, en 1919, de padre abogado y madre profesora. Estudiante pobre, pues su padre muere cuando él tiene 3 años, se las ingenia en el Internado Barros Arana para obtener unos pesos escribiendo las cartas de amor de sus compañeros. Es la primera señal de su vocación de escritor.

Ya bachiller, ingresa al Instituto Pedagógico a estudiar matemática e historia. Quiere ser profesor, como su madre. Pero ésta enferma y queda hemipléjica, por lo que él y sus cinco hermanos deben abandonar los estudios para ganarse la vida.

Hace toda clase de trabajos: kinesiólogo, camionero, retratista… Y tras la muerte de su madre empieza a recorrer los pueblos ofreciendo retratos al pastel, para los que tiene gran facilidad. «Aprovechaba esto», cuenta el propio Inostrosa, «para realizar uno de mis mayores anhelos. Les contaba largas historias, cuentos, anécdotas arregladas por mí, que yo había aprendido rebuscando en la Historia de Chile». Era agnóstico, carrerista y amante del boxeo. A fines de la década de 1930, conoció en San Bernardo a Violeta Wood, con quien se casó y tuvo dos hijas: Verónica y Francisca

Javiera.

Mas tarde ingresa a la Agencia Havas como reportero y luego a la radio Cooperativa Vitalicia, primero como sonidista, pronto como libretista de radioteatros, y después como director de éstos.

En Radio Corporación, creó y transmitió *El Gran Teatro de la Historia* con una compañía de actores que bajo su dirección y con sus libretos dio vida a episodios de la historia de Chile y a sus héroes en radioteatros.

En esa radioemisora en 1948, estrenó su obra *Adiós al Séptimo de Línea*, uno de los programas más exitosos de la radiofonía chilena. Posteriormente, fue convertida en la novela homónima e inspiró una historieta, creación de Isidro Arteaga en 1960, una pieza musical, el álbum ¡*Al 7.º de Línea*! del grupo Los Cuatro Cuartos en 1966, y una serie de televisión en 2010.

Aunque el programa fue un éxito, tres años después de su transmisión Inostrosa estaba en mala situación económica. Siguió entonces el consejo de un amigo: «¿Por qué no llevas tus libretos a Zig-Zag y propones transformarlos en novela?».

El enorme éxito de la obra detonó definitivamente al talentoso escritor que había en Inostrosa. En 1955 publicó su libro más conocido, *Adiós al Séptimo de Línea*, una novela en cinco tomos —*La frontera en llamas, Las cruces del desierto, Los infantes de bronce, Los batallones olvidados y El regreso de los inmortales*— basada en el guión para radioteatro que se había transmitido con mucho éxito en la radiofonía chilena a fines de los años 1940. Siguieron las novelas históricas *Hidalgos del mar, Prat y Grau* (1959), *El corregidor de Calicanto* (1960), *La justicia de los Maurelio* (1961), *Los Húsares trágicos* (1965), *Bajo las banderas del Libertador* (1966) y ¡*Se las echó el Buin*! (1970). A las que hay que agregar los volúmenes de relatos históricos *El rescatado por Dios* (1962), *Fantasmas y retratos de la tradición* (1963) y *Huella de siglos* (1966), ademas de *Siempre una mujer* (minibiografías, 1974) y *El ministro Portales* (1976).

Para facilitarle las investigaciones que se propuso hacer cuando

escribió la biografía de Simón Bolívar (*Bajo las banderas del Libertador*), el gobierno de Chile le dio un cargo diplomático en Colombia y Venezuela.

Jorge Inostrosa falleció de un accidente vascular a los 56 años en Santiago el 5 de enero de 1975.

Según señaló *El Mercurio* el día de su muerte, *Adiós al Séptimo de Línea* vendió «más de cinco millones de ejemplares, con lo cual el libro constituyó uno de los más grandes best-sellers de la historia literaria del país». Diversos medios de prensa han estimado el número total de copias vendidas entre cinco y siete millones.

Jorge Inostrosa Cuevas dejó un legado importante en la literatura chilena, siendo reconocido por su contribución a la divulgación histórica y su capacidad para acercar la historia al público de una manera entretenida y agradable. Su trabajo sigue siendo valorado y apreciado hasta la actualidad.

OBRAS:

Adiós al Séptimo de Línea, 5 tomos, 1955.

Bajo Las Banderas del Libertador, 3 tomos, 1959.

Hidalgos del Mar, Prat y Grau, 1959.

El Corregidor de Calicanto, 1960.

La justicia de los Maurelio, 1961.

El Rescatado por Dios, 1962.

Fantasmas y Retratos de la Tradición, 1963.

Los Húsares Trágicos, 4 tomos, 1965.

Huella de Siglos, 1966

¡Se las echó el Buin!, 1970.

Pueblo de los Techos Negros, Madrid, 1971.

Hotu, el oceánico, Madrid, 1971.

Siempre Una Mujer, 1974.

El Ministro Portales, póstuma, 1976.